



*D*esesperada
Novias 2

Eva Alexander

Desesperada

Serie Novias 2

Eva Alexander

Derechos de autor © 2021 Eva Alexander

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Diseño de la portada de: Eva Alexander
Foto portada: Beatriz Perez Moya(Unplash)

Contenido

<u>Página del título</u>
<u>Derechos de autor</u>
<u>Desesperada</u>
<u>Capítulo 1</u>
<u>Capítulo 2</u>
<u>Capítulo 3</u>
<u>Capítulo 4</u>
<u>Capítulo 5</u>
<u>Capítulo 6</u>
<u>Capítulo 8</u>
<u>Capítulo 9</u>
<u>Capítulo 10</u>
<u>Capítulo 11</u>
<u>Capítulo 12</u>
<u>Capítulo 13</u>
<u>Capítulo 14</u>
<u>Capítulo 15</u>
<u>Capítulo 16</u>
<u>Epílogo</u>
<u>Desesperada</u>

Desesperada

Capítulo 1

Ni la mitad.

Estaba recorriendo la carretera que me llevaba a mi ciudad natal y no sentía ni la mitad de la felicidad que debería sentir, esa felicidad que era un sueño para mí. Mi primer recuerdo era de la entrada a la ciudad, el camino rodeado de árboles verdes y altos hasta el cielo. Recuerdo que iba sentada en el asiento de atrás sosteniendo un muñeco de Mickey Mouse, mirando por la ventanilla del coche y escuchando a mis padres hablar.

Sé por lo que me contaron mis padres y por las fotos que llenaban cada pared de nuestra casa que ese día volvíamos de Disneyland, que me llevaron para celebrar mi tercer cumpleaños, pero lo único que yo recuerdo es que estaba muy feliz, que mientras el coche iba por esa carretera era la niña más feliz del mundo.

Mi madre decía que era porque era la primera vez que salía de la ciudad y que nada se puede comparar con la felicidad de volver a casa. No digo que no tenía razón, pero no he vuelto a sentir esa felicidad, ni ahora ni en las otras veces que he vuelto a casa. Tal vez tiene algo que ver con el hecho de que mis padres ya no están.

¿Tal vez? Seguro que sí.

Estaba volviendo a casa, mejor dicho, estaba corriendo de vuelta a casa. He conseguido hacer un desastre de mi vida y todo por buscar esa felicidad que ahora me doy cuenta de que no existe para mí.

Años y años de búsqueda para nada, tiempo perdido, esfuerzo y lágrimas en vano. Él nunca llegó. Él, el hombre que me haría tan feliz como mi padre hizo a mi madre. Sé que estás pensando, que estoy persiguiendo un sueño que no es mío, que si algo fue bueno para mi madre no necesariamente será bueno para mí. Que estoy buscando algo para sentirme cerca de ellos, de tenerlos a mi lado a pesar de que llevan veinte años muertos.

Debería saber mejor que eso, ¿verdad? Al fin y al cabo, soy psicóloga, sé todo lo que hay que saber sobre traumas. ¡Dios! A cualquier paciente le diría que debería olvidar el pasado, le ayudaría a encontrar algo más en que centrar su atención.

Pero ¿lo hago? No, yo sigo adelante con la búsqueda de ese hombre sin importar las consecuencias y eso es lo que me ha llevado a este momento, a volver a casa llorando. Abandoné mi consulta, mis pacientes, mis amigos, para ir a casa a llorar, a curar mis heridas.

Lo que no sabía era si iba a conseguirlo, nunca en mi vida estuve tan herida, tan humillada y avergonzada. Nunca sentí ese dolor tan atroz en mi corazón. La última vez que pasé por algo parecido conseguí sobrevivir aquí, en casa, tuve ayuda, mucha, y por eso estaba volviendo.

Kent Village, mi ciudad natal, la ciudad de mis padres, la ciudad donde nacieron mis abuelos y bisabuelos. Un pueblo pequeño en la montaña rodeado de bosques, donde la gente vivía tranquila y eso era justo lo que necesitaba.

Soledad, tranquilidad.

Quería ir a pasear por el bosque, respirar el aire fresco y aclarar mi mente. Quería poner orden en mi vida y este era el lugar perfecto.

Poco después de entrar en el pueblo giré a la derecha echando un vistazo a la señal oculta por las ramas de los árboles.

Mountain Lounge.

¡Dios! Mi padre era el mejor del mundo, pero ahí había fallado y mira que no era muy difícil encontrar un buen nombre para las cabañas. No sé cómo hizo para encontrar clientes, pero lo consiguió. Las cabañas estaban siempre reservadas, invierno y verano, los huéspedes llegaban para pasar un buen rato.

No había mucho que ver excepto la montaña, pero me imagino que eso era lo que ellos buscaban. Soledad, tranquilidad.

Se notaba la falta de cuidados y no solo en los hierbajos que rodeaban el camino, el propio camino era un desastre. Mi pequeño híbrido Lexus de color rojo sólido era perfecto para la ciudad, para la montaña no tanto y solo de pensar en la factura del taller mecánico me entraba un ataque de pánico.

Había ahorrado durante mucho tiempo para comprarme el coche y no pensé que un día iba a tener que hacer un viaje en la montaña por caminos llenos de rocas, baches y socavones que iban a destrozarlo. Era mi culpa por haber salido corriendo de la ciudad y no pensar en el coche, pero la verdad es que no pensé en nada más que no fue correr.

Correr de mi vida. Correr de esa mirada que veía cada vez que cerraba los ojos. Correr de esa palabra pronunciada con tanto asco.

Desesperada.

Ahora tampoco era un buen momento para pensar en lo que me hizo coger el coche y venir aquí, tenía que concentrarme en llegar a las cabañas con el coche de una sola pieza. Muchos minutos después llegué al claro que debía ser el aparcamiento, pero en cambio era solo un mar de hierbajos.

Ni loca iba a dejar a mi precioso coche ahí así que seguí adelante y me detuve delante de la fuente. Justo enfrente estaba la cabaña principal y a los lados las otras cabañas. Tres a la izquierda, tres a la derecha y otras cuatro detrás de estas.

Todas formaban un círculo y en el medio estaba la fuente, una que había construido mi madre con piedras que recogió en el río que bajaba de la montaña y corría detrás de la propiedad. Tenía una forma extraña, piedra sobre piedra con el agua saliendo de un lugar que no podía ver, y de pequeña pasaba horas mirando e intentando averiguar que era.

A veces me parecía que era un elefante, otras que era una nube. Cuando estaba convencida de que había conseguido dar con la forma justa iba corriendo a contarle a mi madre y ella me abraza riendo, diciendo que debía intentar una vez más.

Nunca averigüé lo que mi madre quiso construir y tal vez no está mal, tal vez es así como debe ser, tal vez debería pasar el resto de mi vida sentada en el porche intentando descifrar el misterio de la fuente.

Las cabañas estaban en mal estado y no quería imaginarme como estaban en el interior, con el exterior tenía suficiente. Pintura que una vez fue blanca ahora estaba gris ahí donde quedaba algo, algunas ventanas estaban rotas, el techo de la cabaña Rosa tenía un agujero.

Sí, cabaña Rosa. Mi padre nombró el establecimiento y mi madre las cabañas. Rosa, Blanca, Roja, Azul, Verde, Morada, Gris, Violeta, Amarillo y Turquesa. La verdad es que mis padres hicieron muchas cosas que ahora me cuesta entender, mira que hicieron con los nombres con lo fácil que hubiera sido poner números como en los hoteles.

Bajé del coche y al poner el pie en el suelo maldije. Mis sandalias eran tan ideales para este sitio igual que el Lexus para un camino de montaña. Salir corriendo no fue una buena idea y ahora me tocaba pagar el precio.

Maldije entre dientes mientras caminaba y sentía los tacones hundiéndose en el barro, mientras la hierba raspaba mis tobillos. Me senté en el pequeño banco que estaba enfrente de la

fuente y miré la cabaña principal.

Mi casa.

Yo nací ahí, mi madre se puso de parto durante la nevada más horrible de ese invierno y sobreviví gracias a que mi abuela estaba de visita y ayudó a mi madre. Crecí ahí, dije mis primeras palabras, di mis primeros pasos, hice muchas cosas y me faltaban muchas por hacer.

Este sitio siempre fue mi lugar feliz y ahora solo era uno abandonado, deteriorado por el tiempo y por el dolor. Veinte años cambian un lugar, cambian a las personas.

Cerré los ojos y recordé como estaba antes. Las cabañas blancas, las flores de todos los colores brillando en tiestos en cada porche. El sonido del hacha de mi padre cortando los troncos para la chimenea. El olor a galletas que estaba horneando mi madre. Las risas de los niños que llegaron por la mañana con sus padres y se hospedaban en la cabaña Blanca.

No había soledad o tranquilidad, solo ruido, risas y felicidad. Lo quería para mí, lo busqué sin encontrarlo durante los últimos diez años de mi vida y empiezo a creer que lo estuve buscando en el lugar equivocado.

Abrí los ojos mientras una idea se formaba en mi cabeza, pero no tuve tiempo para dejarla fluir. El sonido de un coche llegó y aun después de tantos años reconocería ese motor entre miles.

Era un milagro que todavía estuviera funcionando y también era un milagro que la persona que lo estaba conduciendo pudiera hacerlo. Me quedé quieta mientras aparcaba el coche, mientras bajaba y caminaba hacia mí y solo cuando se detuvo detrás de mí me levanté.

—Hola, abuela —dije sonriendo.

—Hija.

Eso fue todo, una sola palabra y las lágrimas empezaron a salir a una velocidad increíble como si el tono de la abuela fue la señal de que podrían comenzar.

—Hija —repitió la abuela mientras yo le rodeaba los hombros con los brazos y la abrazaba con fuerza.

Lloré recordando la última vez que lo hice en los brazos de ella. Fue hace veinte años cuando la policía llamó a la puerta y dijo que mis padres habían fallecido en un accidente de coche.

El último fin de semana de cada mes era para mis padres, era su ritual, su tiempo de enamorados como lo llamaba mi padre y el accidente ocurrió justo cuando volvían de uno de esos fines de semana. Nunca supe a donde iban, si iban en coche o en avión, y no me importaba ya que ellos volvían felices. Yo pasaba esos días con los abuelos y hacía todo lo que mis padres me prohibían.

Era feliz hasta ese día, cuando mi padre ignoró los avisos de tormenta y condujo a casa, bueno, debido a la falta de visibilidad y a la carretera mojada condujo hacia un barranco. Cayeron, el coche explotó, se incendió y no quedó nada para enterrar.

Me quedé huérfana a los diez años y gracias a mis abuelos, los padres de mi madre, he sobrevivido. Estaba en su casa cuando me dijeron sobre mis padres y es ahí donde me quedé hasta que me fui a la universidad. Nunca más volví a casa.

Dos días después del funeral la abuela quiso llevarme a casa para recoger algo de ropa y en cuanto tomó el camino que llevaba a las cabañas empecé a llorar y a gritar. Pasó lo mismo semanas después, meses después, hasta que entendieron que no podía, que no quería volver a este lugar que había sido mi hogar.

Ya no lo era, lo que lo convertía en mi hogar eran mis padres y ellos ya no estaban ahí así que no tenía sentido volver. Los abuelos respetaron mi decisión, no vendieron la casa, no la

cuidaron, no la tocaron, la dejaron como estaba qué fue lo que yo les pedí.

Hasta cuando llegó el momento de enfrentar al pasado, de olvidar y de darle una oportunidad al futuro, de darme la oportunidad de ser feliz sin la necesidad de tener lo que ellos tenían.

Sin amor.

La abuela sintiendo que mi crisis había terminado rompió el abrazo y en esos dos segundos que tardé en bajar mis brazos ella consiguió sacar un pañuelo que me entregó. Blanco, planchado, doblado perfectamente y con sus iniciales bordadas. C.A.K.

Caroline Anne Kent, mi abuela que a sus ochenta años tenía una mirada que expresaba vitalidad, confianza y optimismo y eso es algo que yo no había heredado. La confianza la tenía, bueno, en mi vida profesional sí, en lo de privado no tanto.

¿El optimismo? Nunca lo tuve y con cada paciente que no conseguía ayudar me iba más hacia el lado oscuro, ese en el que no había esperanza.

—Has vuelto —dijo la abuela.

—Sí —asentí limpiando mi rostro con el pañuelo que olía a vainilla.

—Vamos a devolverle la gloria a este lugar —dijo ella mirando hacia las cabañas.

¿Cómo diablos sabía que había vuelto para hacer justo eso cuando ni yo misma no lo sabía hasta hace poco?

La miré con los ojos entrecerrados y ella me atrapó. Se acercó, levantó la mano y acarició mi mejilla. Sus ojos azules, y los de mi madre, brillaban con una emoción desconocida mientras que sus labios esbozaban una pequeña sonrisa enseñando sus dientes perfectos.

Ochenta años y tenía la dentadura perfecta, el cutis de una mujer de sesenta y el cabello blanco, pero ni una de esas cosas delataban su verdadera edad. Para cualquiera podría pasar por una mujer mucho más joven y más de una vez me pregunté cómo lo hizo.

Cómo sobrevivió a una infancia difícil, a la pérdida de dos bebés, a la muerte de la única hija que le quedaba y finalmente a perder al que fue su amor durante más de cincuenta años, el abuelo.

—Este es tu lugar, Jane, siempre lo fue. Solo tenías que darte cuenta tú misma —declaró la abuela antes de darse la vuelta y caminar hacia la casa principal.

Me quedé mirándola, extrañada por la agilidad de sus pasos. Parecía que estaba flotando, su chaqueta de punto que le llegaba hasta los tobillos pareciendo la capa de un superhéroe.

Malva, su chaqueta era de color malva igual que la falda y la camisa. El pequeño sombrero era blanco como el cabello que le caía poco por debajo de los hombros. Seguramente olvidó que tenía cita en la peluquería para cortarlo, a la abuela le gustaba el mismo corte desde hace más de cincuenta años. Corte bob a la altura de la mandíbula y le sentaba tan bien que hace años se lo robé, ahora era mi corte de cabello y la única diferencia era que mi color era castaño, un castaño normal y aburrido.

La abuela llegó a la puerta y empezó a buscar en sus bolsillos, en los de la chaqueta, en los de la falda. Nada, la llave no estaba. Sonreí acercándome al pillar del porche, el de la izquierda donde justo a metro y medio de altura había un escondite. Mi padre hizo un agujero en la madera y ahí guardaba la llave de repuesto, mejor dicho, las llaves.

Verás, la abuela es muy olvidadiza en cuanto a las llaves y no es de ahora que ya tiene ochenta años, no. Eso le viene de muy joven, es alguna mierda genética que heredó mi madre y luego yo.

Mi padre, harto de volver de donde estaba para abrirle la puerta a mi madre cada vez que ella olvidaba las llaves tuvo la idea de esconder algunas. Llaves, muchas llaves. Es extraño cómo

funciona la mente humana, mi madre recordaba cada lugar en las que estaban escondidas, pero nunca recordaba coger la llave cuando salía de casa.

A mí me pasa algo parecido, tanto que tengo al cerrajero en la lista de contactos favoritos. Intenté todo lo posible, poner una nota en la puerta para verla antes de salir, colgarla de una cadena a mi cuello como los niños, hice cincuenta copias y las guardé en todos mis bolsos. ¿Y sabes qué?

Pues que en vez de mirar hacia la puerta y ver la nota yo miraba mis zapatos, la cadena me la quitaba cuando llegaba a casa y olvidaba ponerla de nuevo, las cincuenta llaves se acabaron un día y olvidé hacer otras copias.

Al final renuncié y puse una cerradura electrónica ya que el código nunca se me olvidaba. La parte mala es que no es muy barata y para reemplazar todas las cerraduras de las cabañas iba a salir muy caro, tanto que no podía permitírmelo. Voy a tener que seguir el ejemplo de mi padre y encontrar nuevos lugares para guardar llaves fuera de la casa. Recordar hacer copias también era buena idea.

Menos mal que no hay muchos robos en el pueblo que si no los ladrones tendrían una manera muy fácil de entrar a mi casa.

—Jane, la puerta se ve muy floja. ¿Por qué no le das una patada a ver si la abres? —preguntó la abuela.

Miré la puerta después de recoger la llave de su escondite y muy floja no parecía, la verdad es que la madera se veía muy sólida. Y sucia, me armé de valor mientras miraba las telas de arañas y buscaba a esos bichos que me provocaban un miedo atroz.

—¿Por qué romper la puerta si tengo una llave? —pregunté acercándome.

—Esta es mi chica. —Sonrió la abuela.

Metí la llave en la cerradura y la giré, la puerta se abrió haciendo un ruido espeluznante y juro que casi esperé ver una araña gigante en la casa. Pero no, el sonido era algo normal en una puerta que llevaba veinte años cerrada.

Tal vez debería reconsiderar mi decisión. Tal vez.

Seguí a la abuela dentro, pero mientras ella iba hacía la cocina Dios sabe porque, yo me quedé en la entrada. Justo delante estaba el escritorio que usaba mi madre para todo relacionado con las cabañas. Encima estaba el ordenador y la agenda de mi madre con su bolígrafo favorito. Detrás, en la pared, estaba el armario de las llaves con llaveros coloridos para saber a qué cabaña pertenecía.

Amaba ese rincón, de pequeña me sentaba ahí y me imaginaba que era mayor, que este era mi negocio. Pero lo que más amaba era la agenda de mi madre, que no sé porque razón encontraba tan fascinante.

Me acerqué al escritorio e ignorando el polvo cogí la agenda y la abrí. Nombres, fechas, números de teléfonos. Mi madre nunca me dejó tocarla y creía que ahí escondía secretos oscuros, pero lo único que había era la lista de clientes y las citas de mi madre.

Jueves, diez de la mañana, peluquería.

Viernes, ocho de la tarde, cena en el CP.

Sábado, diez de la noche, CP con FP.

Esas eran las últimas notas de mi madre, las últimas citas que hizo y de repente ya no quise recordar. Cerré la agenda y la dejé en el mismo lugar. Limpié el sudor de mis manos en el vestido veraniego que llevaba y caminé hacia el salón.

Era el lugar en el que más tiempo pasábamos como familia, fue mi lugar favorito, pero ahora solo podía sentirme agobiada. Las paredes de un marrón extraño, las estanterías que

cubrían todas las paredes de la habitación, los muebles grandes y feos, los objetos que llenaban cada superficie.

Me estaba ahogando, la habitación parecía que me quería ahogar y tuve que dar media vuelta e ir a buscar a la abuela. La encontré en la cocina. Limpiando.

—¿Abuela?

—Coge un trapo y ayúdame —dijo ella.

Después de seis horas de conducir sin una sola parada para comer o ir al servicio, lo que menos me apetecía era limpiar suciedad de veinte años. Estaba mirando los trapos y buscando la manera de convencer a la abuela de que esto era una mala idea cuando ella se dio la vuelta, puso las manos en las caderas y me miró.

—¿Vas a limpiar o vamos a casa y me cuentas sobre lo que te ha traído de vuelta a casa? —preguntó la abuela.

Suspirando di un paso hacia la mesa y cogí un trapo.

—Voy a limpiar —murmuré.

—Lo sabía.

Claro que lo hacía, ella lo sabía todo y antes de darme cuenta iba a saber la razón de mi vuelta, pero no ahora. Lo que importaba en ese mismo instante era pasar tiempo con la abuela en lo que fue mi casa durante los primeros años de mi vida y lo que esperaba que iba a ser mi hogar hasta el fin de mis días.

En media hora de trabajo no conseguimos nada más que quitar una pequeña parte de la suciedad y sabía que no era posible quedarme a dormir aquí esta noche. Era imposible o eso pensaba mientras aclaraba el trapo en el fregadero mirando como el agua se ennegrecía.

—Abuela, vamos a tardar una semana en limpiar esto. ¿Por qué no vamos a comer algo y empezamos pronto mañana? —pregunté y al darme la vuelta me di cuenta de que estaba sola.

Al mismo tiempo escuché el ruido inconfundible de un coche y caminé hasta la ventana. No era un coche, eran varios y una vez que se detuvieron las puertas se abrieron y empezaron a bajar las mujeres.

Mayores, jóvenes, incluso había un par de niños.

La abuela estaba justo ahí, saludando, sonriendo y abrazando. Fruncí el ceño cuando las vi abrir los maleteros y sacar un montón de cosas. Cubos, aspiradores, cepillos. No me moví hasta que empezaron a sacar las bolsas, esas que me decían que no solo habían llegado a ayudarme, también me habían comprado comida.

Suspirando me dirigí hacia la puerta, era el momento de sonreír y aceptar la ayuda que me estaban ofreciendo sin importar que no lo había pedido. Este era el pueblo y esta era la abuela.

A la gente del pueblo siempre le ha gustado el Mountain Lounge, era un buen negocio para todos, para mis padres, para los dueños de las tiendas del pueblo, para los restaurantes. No hace falta decir que lo querían de nuevo abierto y recibiendo huéspedes.

Y la abuela, pues ella quería a su nieta en casa, a su único familiar que le quedaba. Ahí se iba mi plan para tomarme un tiempo y decidir lo que haría con mi vida. Si salía por esa puerta y aceptaba la ayuda era oficial, les estaba diciendo que he vuelto y que me quedaría.

Ya no podía volver a la ciudad, a mis pacientes, y tal vez no estaba tan mal, tal vez era mejor dejar a alguien más tomar la decisión para mí. Yo daría mil vueltas, pesaría los pros y los contras hasta volverme loca.

Me quedaba en el pueblo, estaba decidido.

Capítulo 2

Sin esforzarme demasiado esboqué una sonrisa en mi rostro, una que parecía genuina, y salí al porche. Antes de poder abrir la boca me encontré que alguien estaba poniendo una bolsa en mis brazos.

—Por Dios, Caroline, esta nieta tuya está demasiado delgada —dijo la persona que me había puesto la bolsa de comestibles en los brazos, una mujer mayor, pequeña, de pelo blanco y con voz estridente—. ¿No hay comida en la ciudad o qué pasa? No me digas que estás a dieta —continuó la mujer.

—Siempre fue delgada, es una maldición —respondió la abuela y junto a la mujer entraron en la casa murmurando algo sobre platos de comida y como debería prepararlos para ver si engordaba.

Me quedé mirando y pensando que a lo mejor no era una tan buena idea volver al pueblo. Que sí, que la gente es muy amable, pero también muy cotilla e involucrarse en la vida de los demás era el pasatiempo favorito de todos.

—No es mala idea.

Giré la cabeza y vi a la persona que había hablado. Sentada en el balancín una mujer joven, morena y muy guapa. Enseguida mis ojos buscaron la prueba de su estado civil, algo que se había convertido en una molestia para mí.

Tengo esa mala costumbre de analizar a mis rivales, a las otras mujeres solteras y especialmente a las más guapas y esta mujer era muy guapa, pero afortunadamente estaba embarazada y el dorado de una alianza brillaba en su dedo.

—¿Qué no es mala idea? —pregunté.

—Correr como alma que lleva el diablo, créeme, una vez que se les mete una idea en la cabeza no van a parar hasta conseguirlo.

Caminé hasta el balancín y me senté al lado de la mujer. Engordar unos pocos kilos no me parecía mal, sería un cambio bienvenido. Llevaba años comiendo ensaladas, almuerzo y cena, cuidando lo que comía y pasando por el pasillo de los dulces en el supermercado con rapidez todo para no caer en la tentación y no comer algo azucarado.

¿Y por qué? Porque a los hombres les gustan las mujeres delgadas, con buenos pechos y buen trasero, pero en cuanto empiezas a tener un poco de barriga ya están mirando hacia otro lado, buscando a una mujer perfectamente delgada.

Y yo, pues yo hice todo lo que pensaba que iba a atraer la mirada de un hombre, que iba a enamorarlo y mantenerlo hasta el fin de nuestras vidas. Que ingenua he sido, buscando el hombre perfecto, buscando el amor, haciendo todo y a veces más de lo que era normal para conseguir cumplir ese sueño tonto.

Así que se terminó, si todas las mujeres del pueblo se empeñaban en engordarme iba a dejarlas hacer lo que pensaban que era mejor. Iba a comer todo y más, iba a ser yo misma y no esa mujer que no hacía ni un movimiento antes de analizarlo detenidamente por si era algo que a los hombres les resultaba indeseable.

¡Maldita sea! Se terminó, la Jane desesperada se quedó en la ciudad y no volverá.

—La verdad es que necesito un par de kilos —dije sonriendo.

La mujer resopló.

—¿Un par? Si crees que esas viejas cotillas van a estar felices con solo un par estás

equivocada. Prueba con veinte —dijo la mujer acariciando su tripa de embarazada.

—¿Veinte? —susurré.

Ella asintió.

—Llegué al pueblo hace nueve meses para romper con mi novio y ahora estoy casada, embarazada y para nada delgada. Así que ten cuidado, aunque creo que no hay ni un hombre soltero en el pueblo. Bueno, excepto si les da por emparejarte con Peter, el de la ferretería.

—¿Con Peter? Pero si es calvo y no tiene dientes —exclamé horrorizada.

Que no, que no soy tan superficial, pero de verdad Peter es un hombre extraño. Fue un chico extraño y se convirtió en un hombre igual de extraño. Fuimos juntos al colegio y más de una vez lo pillé mirándome de una manera escalofriante.

No, gracias.

No quiero decir que no saldría con un hombre calvo, lo haría ya que no hay nada de malo en eso. Además, no estoy buscando un hombre físicamente perfecto. Pero ¿calvo y sin dientes? Prefiero morir soltera. Prefiero no volver a tener sexo.

—Implantes —dijo la embarazada.

—¿De dientes?

Vale, ahora solo es calvo, pero sigue siendo extraño.

—De todo. Tiene un pelazo que hasta Jett siente envidia. Y de los dientes ni te hablo, ese dentista es un hacedor de milagros. Créeme, Peter es el soltero de oro del pueblo.

La verdad es que lo encontraba difícil de creer, la última vez que vi a Peter fue hace cinco años que vine a pasar la Navidad con la abuela. Fui a comprar algo a la ferretería y ahí estaba él. Su padre había fallecido y Peter heredó la ferretería, pero nada había cambiado. Ni la tienda ni el chico.

En fin, si voy a renovar las cabañas veré muy a menudo a Peter. Solo espero que su cambio físico haya mejorado su carácter o que al menos haya disminuido un poco de esa extrañeza que te pone el pelo de punta.

Tenía curiosidad por verlo y más si hasta Jett le tenía envidia... ¿Jett? Miré a la mujer frunciendo el ceño.

—¿Jett Quincy? Dime que no estás casada con Jett Quincy.

—¡Oh, Dios! No tú también —se quejó ella—. ¿Hay alguien en este pueblo que no odia a mi marido?

—Tranquila, no es odio. Es sorpresa, ya sabes algo parecido a ver a Papá Noel bajar por la chimenea a dejar los regalos debajo del árbol.

—Eres muy graciosa, sí señor, pero déjame decirte que Jett es el hombre más cariñoso del mundo, es el mejor esposo, el mejor médico...

—¿Médico? —exclamé poniéndome de pie. Miré a la izquierda, a la derecha, me pellizqué la piel del brazo—. Juraría que estoy soñando.

La mujer siguió sentada tranquila en el balancín y esperó hasta que conseguí ahogar la risa que me entró en cuanto me di cuenta de que era verdad, que Jett Quincy era médico. Por un segundo vi el dolor en los ojos de la mujer y me sentí mal. Me sentí como en el instituto cuando Jett se metía conmigo y nadie salía a defenderme.

—Lo siento, no quise ser...

—No, no tienes por qué disculparte. Jett me lo contó todo, sé que fue un matón, que trató mal a todo el mundo, pero ha cambiado. Ya no es el mismo chico, es un hombre responsable. No sé porque pensé que tú entenderías y le darías una oportunidad —dijo ella sin mirarme a la cara.

Me senté en la barandilla del porche y suspiré enfadada conmigo misma. Ella era una

desconocida y aun así yo debía saber mejor. ¡Por Dios! Mi trabajo es sobre hacer sentir bien a los demás, a ayudarles a ser felices, a cambiar. ¿Y qué hago cuando escucho que alguien lo hizo? Soy mala persona, tiene razón la abuela. La ciudad me ha corrompido.

—No nos han presentado —dije suavemente—. Soy Jane.

—Lo sé. Jane Klein, la mejor psicóloga de Nueva York. El alcalde es tu paciente, ese pintor que vende sus cuadros con un millón la pieza es tu paciente. Lo sé, eres la mejor y yo soy April Quincy, profesora de yoga casada con el matón del pueblo.

—Encantada de conocerte April, ¿sabes qué más eres? —pregunté y eso la hizo mirarme a la cara—. Eres mi siguiente paciente, porque chica, esta manera tuya de menospreciarte necesita trabajo.

—¡Dios! Jane, necesito una amiga, una mujer de mi edad, normal, que ha visto algo más que este pueblo, que sabe lo que es un Cosmopolitan, que no me mira horrorizada si le digo que he pagado mis estudios trabajando en un club de striptease, ¿vale? Quiero una amiga y no una terapeuta.

—Vale, yo también necesito una amiga —dije sonriendo, ignorando el pinchazo que sentí en el corazón al recordar a Aria.

Mi amiga.

Mi ex mejor amiga y todo por mi culpa.

—¿Os vais a quedar ahí a charlar todo el día, chicas? —preguntó la abuela desde el interior de la casa—. Esta casa no se va a limpiar sola.

April me miró encogiéndose de hombros.

—A mí no me mires, tengo prohibido levantar peso —dijo ella.

—¿Y a qué has venido? —intervino una mujer que apareció de la nada detrás de mí.

—La señora Davis me dijo que habrá cotilleo y tarta de manzana —dijo April y puso los ojos en blanco al ver mi expresión—. Tú espera y lo verás, en dos semanas estarás tan aburrida que incluso el paso de un turista por el pueblo te parecerá interesante. Y tu llegada es algo como la Navidad.

¿Qué puedo decir? April tenía razón. La vida en el pueblo era tranquila, pero aburrida y era algo a lo que tenía que acostumbrarme. Aquí no hay mil tiendas a las que ir solo para echar un vistazo y probar ropa que nunca compras. No hay restaurantes donde te puedes sentar en la terraza y mirar a la gente paseando mientras disfrutas de un cappuccino. No hay bares donde entrar a tomar algo y conocer a todo tipo de hombres. No hay discotecas donde los hombres te golpean solo porque te atreves a decir que no.

Sí, el pueblo será aburrido como el infierno, pero por lo menos tendré tranquilidad, paz y estaré lejos de los hombres que piensan que soy una desesperada. Mejor dicho, del hombre ya que solo hay uno.

¡Maldito hombre!

Claro que estoy desesperada, no todos tenemos la suerte de enamorarnos a primera vista cada vez que somos solteras como le pasa a Aria y no todos somos tan guapos y perfectos que el resto de la población se queda hechizada con nuestros ojos verdes y nuestro cabello moreno.

Algunas somos delgadas solo porque no comemos o pasamos horas en un gimnasio. Algunas mentimos cuando nos preguntan sobre nuestros pasatiempos favoritos porque leer o coser es algo tan desagradable para los hombres. Algunas fingimos, escondemos quien somos en realidad solo para tener una segunda o tercera cita. Algunas somos personas normales, con el cabello de color castaño y ojos café, con un carácter tranquilo.

Algunas somos normales y no es bueno ya que todos buscan algo más, buscan la

perfección, esa perfección que inunda las redes sociales, esa que es solo un engaño. Una persona es perfecta solo en los ojos de la persona que la ama.

Y a mí no me ama nadie.

Me asusté cuando de repente vi a April de pie a mi lado, no había notado que se había levantado del balancín y con su embarazo tan avanzado debió de hacer bastante ruido, pero yo estaba sumida en mis pensamientos.

—Creo que tú necesitas más que yo un trozo de tarta de manzana —declaró April.

Asentí y juntas entramos dirigiéndonos hacia la cocina donde la abuela nos esperaba con tarta y café. Ella siempre sabía lo que necesitaba sin importar si eran unas palabras, un abrazo o simplemente un trozo de tarta.

¿Por qué diablos no vine antes a casa?

Después de la tarta la abuela me asignó la tarea nada envidiable de limpiar mi antigua habitación. Las otras estancias de la casa estaban en pleno de proceso de limpieza y no quise ser malagradecida y decir que era en vano, que no quería guardar nada.

Sí, todo lo que había en la casa pertenecía a mi pasado, a una vida que fue increíblemente bonita y perfecta, pero el presente no lo era. Además, necesitaba empezar de nuevo y no podía hacerlo si cada objeto de la casa me recordaba a mis padres.

De todos modos, subí a mi habitación y puse manos a la obra. Sin darme cuenta mi mente se vació de todo pensamiento, del pasado y del presente, de las preocupaciones del futuro. Limpié el polvo, sacudí la cama, guardé la ropa del armario en bolsas para llevar a la iglesia.

Por mí tiraría a la basura todas esas prendas, pero la abuela no creía en desperdiciar. Ni ropa, ni comida. Así que todo lo que no quería iba a parar en casa de otra persona. Hice una mueca cuando me di cuenta de que tenía que revisar muy bien todas las cosas que iba a regalar. Lo último que quería era entregar algunas de las cosas privadas de mis padres a la gente del pueblo.

Hace veinte años no dejé a la abuela hacer nada con la casa, ni vender, ni cuidar. Ella vino a recoger mis cosas y a poner en orden algunas cosas, pero nada más. La casa y todo lo de dentro estaba igual que ese viernes por la mañana que me fui al colegio y mis padres a pasar el fin de semana fuera.

Unas horas después cuando ni siquiera había conseguido limpiar la mitad de la habitación la abuela me llamó para comer. Mi vestido blanco estaba sucio, el cabello estaba atado con un coletero fucsia y había perdido tres uñas en la batalla con la suciedad. Aun así, bajé y me encontré en la cocina con todas las amigas de la abuela.

Que sí, que todas eran las amigas de abuela y pronto serán mías. Comimos bocadillos, algunas sentadas a la mesa, otras directamente en el suelo (April, yo y los niños, los nietos de la señora Davis) y un par se quedaron de pie.

Comimos, reímos. No, ellas lo hicieron. Yo no participé en las conversaciones, excepto cuando me preguntaron directamente. Normalmente soy bastante sociable, pero hoy el nudo que sentía en la garganta no me dejaba hacerlo. Ese nudo que apareció cuando me di cuenta de que estaba en la casa y que estaba feliz.

Por un tiempo, cuando era pequeña, creí que la casa traía mala suerte y que nunca más podría ser feliz ahí. Pero hoy lo estaba y en lugar de estar contenta había dejado a las preocupaciones invadir mi mente.

¿Y si pasaba algo?

¿Y si me esperaba una tragedia como la muerte de mis padres?

—Jane, ¿vas a comer eso? —me preguntó April asustándome.

Sacudí la cabeza y cogí el tenedor, comer no me apetecía nada, pero contestar preguntas sobre por qué no lo hacía tampoco.

El sol se estaba poniendo cuando cerré la puerta de la casa. Respiré aliviada al notar como me envolvía el silencio. Después de pasar todo el día limpiando y escuchando a las mujeres la tranquilidad estaba más que bienvenida.

Estaba cansada, tan cansada que si no sentiría la piel pegajosa por todo el polvo que limpié seguramente me tumbaría en la cama y me quedaría dormida en un instante.

Estaba agradecida por la ayuda de las vecinas y mientras subía al piso de arriba estaba pensando en cómo de bien había quedado todo. No se había tirado nada, pero la casa estaba limpia y olía bien, a limpio, a fresco.

Casi me dio pena la bañera reluciente cuando me metí para bañarme, pero necesitaba quitarme de encima todo el polvo y la transpiración del día. Después caminé envuelta en la toalla hasta mi habitación donde solo una mirada a la cama me convenció de dar media vuelta y entrar en la habitación de mis padres.

Ya no era una niña y mi cama rosa era demasiado pequeña, pero la de mis padres era perfecta. Me tumbé y tardé dos instantes en dormirme.

No fue hasta la mañana siguiente cuando me desperté y me di cuenta de que no había traído mis cosas del coche, ni teléfono móvil ni ropa. No tenía nada que ponerme y aunque esto era un pueblo pequeño y era muy poco probable encontrarme con alguien no iba a arriesgarme y caminar vestida con una toalla hasta mi coche.

Al final cogí una bata del armario de mi madre y descalza salí a recoger mis cosas. Y claro que olvidé la llave y tuve que buscar otro de los escondites de mi padre. Mientras lo hacía me pregunté por qué mi padre instaló esa puerta, por qué sabiendo cómo era mi madre no compró una puerta que no necesitaba una llave para abrirse.

¿Por qué no lo hacía yo? El pueblo era tranquilo, la criminalidad era tan baja que el sheriff del pueblo ni siquiera iba a la comisaría, se quedaba en su casa trabajando en el huerto o Dios sabe qué hacía Nate con todo ese tiempo libre. Podía simplemente dejar la puerta sin cerrar, nadie entraría a robar.

Bueno, tampoco tenía nada que robar. El ordenador, el televisor llevaban veinte años sin encenderse, dudaba mucho de que alguno funcionaba en condiciones. ¿Dinero? De ese tampoco tenía mucho. Vale, tenía mis ahorros, pero no en casa.

Tengo una cuenta de ahorro con algo de dinero para días negros, tengo mi fondo de pensiones, una cartera de acciones que lleva una amiga, pero todo ese dinero es más o menos imposible de tocar. Así que no, entrar a robar en mi casa sería una pérdida de tiempo.

Llevé dentro la maleta, el maletín con el portátil, el bolso y solo después de guardar la ropa en un cajón me atreví a mirar el teléfono móvil. Tenía diez llamadas perdidas y cinco mensajes de voz de Aria, dos llamadas de él, ese hombre insufrible, y otras tres de mi secretaria.

Borré los mensajes de Aria y le devolví la llamada a Edwina. Sí, mi secretaria se llamaba Edwina y todo el mundo la odiaba. Mis pacientes, mis compañeros, bueno, mis excompañeros, Aria, todos. Pero yo no, yo la amo.

Lleva las tareas de la consulta de manera irreprochable, tiene un modo de organizarlo todo que me tiene loca por ella. No la cambiaría por nada en el mundo y si no fuera una mujer de cincuenta años creo que le juraría amor eterno.

Claro, ¿por qué no? Es organizada, amable (solamente conmigo, pero es todo lo que necesito), sabe cuándo callar, es respetuosa, recuerda mi cumpleaños, recuerda como me tomo el café y podría seguir con todo lo que le convertiría en la pareja perfecta para mí.

Pero, y siempre hay un pero, ella no es un hombre y yo no soy lesbiana.

Me senté en el asiento de la ventana, ese que construyó mi padre para mi madre, y la llamé. En diez minutos me contó todo lo que estaba pasando con mis pacientes, quién decidió seguir durante un tiempo con el psicólogo que les recomendé, quién se enfadó y decidió buscar por cuenta propia a otra persona.

El plan original era quedarme durante un tiempo aquí, unas semanas, tal vez unos meses y por eso Edwina estaba consiguiendo otros médicos para mis pacientes. Ahora el plan ha cambiado y le di instrucciones para cerrar la consulta definitivamente.

Sí, era precipitado, solo llevaba un día aquí y tomé la decisión de quedarme, de poner fin a mi vida en la ciudad. Era arriesgado, sí. Estaba renunciado a mis pacientes, a mi buena reputación, ¿por qué?

¿Por empezar de nuevo en un pueblo en las montañas? ¿Por seguir con el sueño de mis padres? Pero si eso fue lo que me metió en problemas la primera vez. Por querer lo mismo que tenían ellos, por anhelar ese amor dulce y perfecto, esa complicidad, esa manera de comunicarse solo con una mirada, esa seguridad de saber que hay alguien sosteniendo tu mano en los malos momentos.

Quería todo eso e hice lo imposible para conseguirlo, pero fue en vano. Fui demasiado desesperada en mi búsqueda y fallé una y otra vez hasta que toqué fondo.

Y ya no más, no quiero luchar más, no quiero buscar más. No hay amor para mí, pero si hay un nuevo proyecto. Mountain Lounge será el hombre de mi vida, lo que me mantendrá despierta y preocupada por la noche, lo que me dará alegrías.

No me dará amor, ni besos. No me dirá palabras de ánimo cuando las necesitaré. No me mantendrá caliente en las largas y frías noche de invierno. No me dará hijos. No me humillará, no me insultará, no me pegará.

No, Mountain Lounge no era un hombre, pero era justo lo que necesitaba.

Capítulo 3

—¿Rosa? —preguntó Peter.

—Sí, rosa. ¿Cuál es el problema? —espeté mirando las muestras de pintura.

Ese rosa me parecía muy bonito y lo quería para la Cabaña Rosa. Estaba decidida a renovar las cabañas y hasta ahora las cosas han ido, pues no muy bien, vamos a decir regular.

De las diez cabañas tres necesitaban una buena reforma, arreglar el techo, alguna pared y otras cosas que iban a costarme más de lo que quería gastar. Pero, en total no estaban tan mal. Solo necesitan una buena mano de pintura, algunos cambios en la distribución, muebles nuevos y poco más.

Los cuartos de baño, los que eran mi preocupación más grande (y más cara) sorprendentemente estaban bien según la inspección del fontanero que era nada más y nada menos mi primer novio. Pues sí, volver a vivir en un pueblo pequeño iba a traerme más de esto, más recuerdos buenos y malos.

Por lo menos, mi primer novio es uno de los buenos y seguía igual. Will estaba casado, tenía dos hijos y junto a sus hermanos era el propietario de la única empresa de reformas del pueblo, de hecho, de toda la zona.

Will dijo que estaban a tope, pero como la apertura del Mountain Lounge iba a ser buena para el pueblo él y sus hermanos iban a darse prisa en acabar las obras pendientes y después se pondrán con lo mío.

No podrían empezar hasta dentro de tres semanas y pensé que mientras tanto podía arreglar yo sola las cabañas que no necesitaban muchos arreglos. Pintar no podía ser tan difícil, ¿verdad?

Por eso estaba en la ferretería de Peter comprando pintura y déjame decirte que April tenía razón, Peter estaba para pedirlo como regalo para Navidad. Ese cabello, esa sonrisa, ese cuerpo musculoso.

La primera vez que lo vi me quedé mirándolo embobada, estaba sorprendida con el cambio que no fui capaz de articular palabra. Lo más extraño era que incluso esa mirada suya tan espeluznante había desaparecido dejando en el lugar a una penetrante y alegre.

Pero yo no quería líos, había terminado con los hombres y me daba igual si Peter parecía sacado de un calendario de bomberos. Así que ignoré sus sonrisas y miradas, rechacé su invitación a cenar y dejé muy claro que no quería nada con él, excepto amistad.

Justo ahora, viendo la manera en la que me miraba y en cómo se esforzaba para no reír estaba reconsiderando esa amistad.

—Es rosa, igual que el nombre de la cabaña y las pintaré todas según el nombre. No veo nada divertido en eso —espeté.

—En primer lugar, ese no es rosa, es fucsia y Jane, la gente que quiere venir a descansar y disfrutar de la montaña no quiere una cabaña fucsia. Créeme, sé de lo que estoy hablando.

Hice una mueca y bajé la mirada a las muestras. Tal vez estaba tan mala en esto de llevar el negocio igual que lo fueron mis padres. Ellos nombraron las cabañas y yo quería pintarlas con el mismo color.

Sí, mala, mala.

Suspirando miré a Peter.

—¿Blanco?

—Este —dijo mostrando un color en el folleto, era un blanco, pero no tan blanco—. Si no sabes lo que haces y no te puedes permitir ayuda profesional es lo mejor que puedes hacer.

—Vale, pues me llevo un bote —dije y Peter me devolvió una mirada que de nuevo me hizo suspirar—. Me llevo lo que tú creas que necesito para pintar dos cabañas.

Y Peter se fue para preparar mi pedido que después de echar un vistazo a las cajas y botes decidí que necesitaba entrega a domicilio. Todo eso no cabía en el maletero de mi coche, no cabía y no quería arriesgarme a mancharlo con pintura o arañarlo con la escalera. ¿Escalera?

—Peter, ¿necesito una escalera? —pregunté.

—Jane, necesitas tantas cosas que estoy pensando seriamente en mover la tienda a tu casa.

Bueno, entonces es que necesito todo eso si eso es lo que dice Peter. Él es el experto. Tendré que volver a casa y echar otro vistazo a mis cuentas, luego hablar con mi asesor y ver si hay alguna manera de conseguir más dinero. El fondo de pensiones no iba a tocarlo, pero las acciones las podía vender.

¿Para qué tener ese dinero ahí si lo necesitaba ahora?

Después de pagar y organizar el envío con Peter me subí al coche y puse rumbo hacia el pueblo vecino. Necesitaba comprar algo que no tenían en el nuestro. Necesitaba un colchón nuevo, bueno, necesitaba once colchones, pero primero iba a comprar uno para mí.

Me había acostumbrado a mi colchón viscoelástico y después de pocos días durmiendo en el de mis padres mi pobre espalda estaba sufriendo. Conduciendo me di cuenta de que no estaba preocupada. A pesar de empezar un nuevo proyecto, uno muy importante y costoso, estaba respirando con facilidad.

Estaba feliz.

Estaba sonriendo constantemente incluso cuando miraba las fotos de mis padres o cuando tuve que guardar su ropa y las otras pertenencias.

Pero lo mejor era que me iba a la cama y despertaba pensando en mí misma. Ni un pensamiento sobre lo que iba a ponerme para salir a cenar. Ni para donde ir para poder conocer a hombres que pensaban en algo más que en echar un polvo. Ni en cómo mantener el interés de mi novio.

Estaba libre y me encantaba.

La presión, esa de la que yo era la única culpable, había desaparecido.

Estaba feliz y por primera vez en mi vida subí el volumen y canté mientras conducía. No tenía ni voz ni nada, pero el ritmo de esa canción veraniega, la voz del cantante que me invitaba ir a la playa era demasiado pegadiza para poder ignorar.

Llegué a la tienda y estaba de tan buen humor que la dependienta me miró extrañada, pero se le pasó cuando le dije que quería comprar su mejor colchón y por el cambio de su actitud deduje que trabajaba a comisión.

Me llevó hasta el fondo de la tienda donde me presentó el último modelo, el recién bla, bla, bla. Dejé de escucharla en cuanto me senté para probarla. Ni suave ni duro, de hecho, era el colchón perfecto.

Un cliente se acercó solicitando ayuda y estuve más que encantada con esperar si eso significaba que iba a poder tumbarme y seguir probando.

Y eso fue lo que hice. Me tumbé y cerré los ojos. La felicidad que sentía de camino a la tienda no había desaparecido, seguía ahí, pero de repente un presentimiento se coló en mi mente echando a perder todo.

En un momento estaba feliz y luego llegó esa duda de que algo iba a pasar, de que algo

malo iba a suceder y me quitaría todo. Lo sabes, ¿verdad? Es como una maldición, eres feliz y luego ya no. Por lo menos yo lo sé, me ha pasado siempre.

Tenía una infancia feliz y bum, fallecen mis padres.

Conocí a un hombre guapo y me enamoré a primera vista y bum, apareció Aria para conquistarlo en un instante.

Tenía una buena oficina y bum, un paciente se volvió loco y la quemó.

Tenía un buen novio y bum, de hecho, estaba casado. O drogadicto, o adicto al juego, o vivía con su madre y su exmujer.

La historia de mi vida, nada bueno dura más de unos días o a veces unas horas. Y hoy mi felicidad estaba a punto de acabar. Lo sabía cómo sabía que mi nombre era Jane Klein.

Abrí los ojos mientras mi corazón latía con fuerza, mientras ese miedo tomaba control de mi mente. Y ahí estaba, ese presentimiento tenía forma humana y me estaba mirando a los ojos.

Trent maldito, maldito Gallaway.

¿Alguna vez has odiado a alguien a primera vista? Yo sí, solo una vez y déjame decirte que es una sensación extraña. Tienes todos esos sentimientos, todos los sentimientos malos, hacia una persona y no sabes la razón.

Durante mucho tiempo odié al chico que me empujó cuando tenía siete años. Por su culpa al caer me rompí dos dientes y fui el hazmerreír de la clase durante meses. Luego odié a mi primer novio que me engañó. Hay una lista no muy larga de personas que he odiado u odio en mi vida, pero ni una como Trent.

Ese sentimiento de rechazo lo siente él también, el odio a primera vista fue mutuo. Algo debo haber hecho mal en la vida si en lugar de amor yo recibo odio. Y no es fácil ver ese sentimiento tan feo en los ojos de un hombre como Trent.

¿Cómo es Trent?

Alto.

Cabello moreno.

Cuerpo musculoso.

Mirada penetrante.

Hombros anchos.

Cintura estrecha.

Piernas fuertes.

Sé lo que estás pensando, ¿cómo puedo odiar a un hombre que si no fuera por las miradas de odio que me echa sería el hombre que cualquier mujer desea? No lo sé, lo que siento, lo que los dos sentimos no tiene sentido y da igual cuantas veces he recordado ese día que nos conocimos no hay manera de descifrar lo que pasó.

¿Qué pasó?

Nada, mi amiga Aria me invitó a celebrar su cumpleaños a un club. Bebimos, bailamos, lo pasamos muy bien, incluso conseguí una cita para el próximo día y teniendo en cuenta que Aria era una belleza que enamoraba a cualquier soltero fue un milagro.

En fin, todo fue genial hasta la hora de irnos. Aria discutió con su novio y las dos estábamos demasiado borrachas para conducir, era tarde, estaba lloviendo y ella llamó a su primo. Y llegó, vaya si llegó.

Estábamos las dos esperándolo en la entrada del club, vi un coche que se paraba enfrente y luego vi al hombre que bajó. Alto, vestido con uniforme militar, el cabello un poco largo y bastante ondulado lo que me hizo preguntarme cuantas mujeres le envidiaban por tener ese cabello.

Caminó hacia nosotros, dando pasos tan grandes que en pocos segundos se comió los metros que nos separaba y a pesar de que venía a rescatarnos me sentí de todo menos a salvo. Recuerdo que me echó un vistazo y me descartó en un instante, como si fuese una cucaracha o cualquier otro bicho molesto.

Le hizo un gesto con la cabeza a Aria hacia el coche y ella tomó mi mano y juntas corrimos a través de la lluvia para refugiarnos del frío, lluvia que parecía que no tenía ni un efecto sobre el hombre que había llegado a llevarnos sanas y salvas a casa.

Cinco minutos más tarde vomité en su coche.

—Eso me lo vas a limpiar —dijo él—. ¿Dónde encontraste a esta chica, Aria? Mira que te he dicho que tengas cuidado con tus amistades.

Esas fueron las primeras que me dirigió.

Eso me lo vas a limpiar. Lo hice, al día siguiente con una resaca horrible y con la ayuda de Aria le limpié el coche. La relación fue condenada desde ese momento y no sé si fue el vómito porque la verdad no tiene sentido.

No puedes odiar a alguien tanto tiempo, no puedes guardar rencor tantos años solo por algo que le pasó a una chica durante su primer año de universidad. Mi amistad con Aria aguantó el paso de los años a pesar de mi mala relación con su primo.

Fue un calvario, pero gracias a Aria conseguí evitarlo. Ella fue la que organizó los eventos de tal manera que nunca coincidíamos. Cumpleaños, fiesta de graduación, Navidad. De vez en cuando nos encontrábamos por casualidad en algún restaurante, pero ni siquiera nos saludamos.

Él me miraba de esa manera suya que parecía que me estaba diciendo algo, pero que nunca conseguí descifrar. Aunque, tengo que confesar que nunca fui tentada a intentarlo. Lo que sea que le molestaba a Trent, el problema que tenía conmigo era su problema. Yo ni siquiera iba a molestarle a preguntarme.

La última vez que nos vimos dijo unas palabras feas y malas, unas que me abrieron los ojos y me hicieron correr de la ciudad. Era su culpa que estuviera aquí comprando un colchón nuevo en un pueblo perdido en las montañas.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó.

—Probando el colchón.

—¿Sí? Lo estás haciendo mal —dijo Trent.

—Estoy tumbada que es como suelo dormir, ¿cómo es eso mal?

—Pero dormir no es lo único que se hace sobre un colchón, lo sabes, ¿no? Si quieres puedo ayudarte...

—¡No, gracias! —espeté levantándome y bajando de la cama.

Esto no estaba pasando. La última vez que vi a Trent su comportamiento fue horrible y lo que menos me apetecía era hablar con él por no mencionar lo que me proponía. Probar el colchón con él, ¡que estupidez!

Sin hacerle caso a Trent me dirigí hacia la empleada que justo estaba terminando con el otro cliente.

—Me lo llevo, ¿me lo pueden enviar esta noche?

—Claro que sí —dijo la mujer.

Esperé apoyada contra su mesa mientras me cobraba y rellenaba el formulario de envío a casa. Fingí no saber que Trent estaba justo detrás, fingí, pero eso no significa que no sentía su presencia con cada célula de mi cuerpo. ¡Dios! Era tan difícil no darme la vuelta, coger el jarrón que tenía la empleada sobre su mesa y estrellárselo en la cabeza.

Trent Gallaway no era una de mis personas favoritas, de hecho, si me dan a elegir en quedarme en una isla desierta sola o con él pasaría el resto de mi vida sola. O si el futuro de la humanidad dependería de nosotros dos pues te digo que la extinción de la raza humana estaría más cerca de lo que pensábamos.

—Jane, necesitamos hablar —dijo el demonio.

Sí, me falta imaginación en lo que se refiere a apodos, pero se lo puse la primera vez que lo vi y de verdad parecía un demonio en ese momento. A lo largo de los años no me demostró que era otra cosa excepto eso, un demonio del infierno, uno que quería lejos de mí.

Lo ignoré y miré a la empleada que había parado de escribir solo para comerse con la mirada a Trent.

—Necesito ropa de cama para ese colchón, ¿sabes de alguna tienda cerca?

Con dificultad la mujer apartó la mirada de él y cuando me miró en sus ojos había tanta lujuria que creo que si le dejaba un minuto más podría estallar en llamas.

—Algodón egipcio, quinientos hilos...

—Para —interrumpí a la mujer—. Algodón egipcio suena genial, pero justo ahora cuando necesito comprar otros diez colchones para mis cabañas lo que necesito es algodón normal. ¡Dios! Ni siquiera eso, dame algo barato, lo que sea.

—¿Diez colchones? —preguntó la mujer, sus ojos brillando con interés—. He oído que estaban reformando Mountain Lounge, tu debes ser Jane, la nieta de Caroline.

A pesar de que estaba contenta con la respuesta de la gente a la reforma de las cabañas no me gustaba que todos sabían quién era y que planes tenía. Debía acostumbrarme así que ¿qué momento mejor que este? Le sonreí a la mujer.

—Yo soy Paula y este es mi pequeño negocio —dijo la mujer levantando la mano y haciendo un gesto hacia la tienda—. Si quieres te puedo hacer una oferta para los colchones, el modelo Lujo Suave sería perfecto para las cabañas y créeme, nadie tendrá alguna queja.

—Paula —dije sin saber cómo decirle que, aunque me encantaría comprar lo que ella me estaba ofreciendo estaba imposible, ni siquiera vendiendo un riñón podría permitírmelo.

—Lo sé, es caro, pero te lo dejaría a precio de fábrica. Los pedí porque es el mejor modelo del mercado, pero a la gente de por aquí no le gusta mucho el cambio ni siquiera si eso significa que dormirán mejor.

—¿Cuánto es el precio de fábrica? —pregunté mientras hacía cálculos en mi cabeza y mientras empezaba a sentir la irritación de Trent. Era como una fuerza que salía de su cuerpo y me envolvía instándome a cumplir su deseo.

Paula sonrió y mis ojos casi se salieron cuando me dijo el precio. No era barato, pero teniendo en cuenta de que era lo mejor y que al mismo precio podía comprar algo no tan bueno decidí que podía hacerlo. Ya veré luego de donde sacaré más dinero.

—¿Aceptas cheques? —pregunté.

Diez minutos más tarde era la dueña de diez colchones más el mío, más un juego de sábanas de algodón egipcio que Paula me regaló. Por lo visto sus padres solían pasar su aniversario de bodas en el Mountain Lounge y estaban encantados con la próxima apertura.

Mi estado de felicidad había vuelto a sus niveles de antes y caminaba casi saltando de alegría hacia mi coche hasta que me agarraron del brazo y me detuvieron. Suspirando miré los dedos largos y fuertes que rodeaban mi brazo, luego levanté la cabeza hacia los ojos verdes que echaban chispas, mejor dicho, pretendían incinerarme.

—¿Todavía estás aquí? —le pregunté a Trent, ignorando el cosquilleo que sentía ahí donde me tocaba—. Si esto es por no contestar a las llamadas de Aria vuelve a casa y dile que la

llamaré en cuanto pueda.

Era mentira, pero él no lo sabía, ¿verdad?

No quería hablar con Aria ni con su primo, por mí los dos se podían ir al infierno. Que no, eso es el enfado que habla. Aria era y es mi mejor amiga desde hace años, dentro de nada se me va a pasar el cabreo que siendo sincera ni siquiera es culpa de ella.

Es de él.

—No es sobre eso, pero de eso también hay que hablar —dijo acercándose.

El espacio entre nosotros era mínimo, un centímetro más y nuestros cuerpos se tocarían. Y no quería estar cerca de él, no quería ver el verde como la hierba de sus ojos, o la mandíbula cuadrada, ni quería olerlo. ¡Dios! ¿A qué olía? Sándalo y extraño, algo extraño que me hacía la boca agua.

¡Maldito demonio!

¿Por qué debía ser tan guapo? Pero, lo más importante era, ¿por qué me importaba a mí? ¿Por qué me sentía de esa manera al tenerlo cerca?

Hacía calor, ¿por qué hacía tanto calor? ¿Y dónde diablos estaba todo el aire? De repente era como si todo mi mundo se hubiera vuelto al revés, como si nada era como antes, todo estaba cambiando. ¿Qué me estaba pasando?

Di un paso atrás y luego otro esperando poner algo de distancia entre nosotros, pero fue en vano. No solo me siguió, también choqué contra algo, creo que era un coche, y paró toda mi intención de escapar de la telaraña que estaba tejiendo Trent.

Eso era, me estaba hipnotizado, algo me estaba haciendo y no iba a caer en su trampa. ¿Qué trampa?

¡Jane! ¡Respira y cálmate, es un hombre normal y corriente, no un demonio que viene a por tu alma!

—¿Qué quieres, Trent? —pregunté mi voz sonando tan débil como mis piernas que amenazaban con dejar de sostenerme.

—Quiero saber por qué no me llamaste cuando ese bastardo te golpeó.

Ese bastardo era un hombre que conocí en una discoteca. Hablamos, tomamos unas copas juntos, congeniamos bastante bien y bailamos. Todo fue bien hasta que apareció Trent, dijo lo que dijo, lo que no quiero recordar, y cuando se fue me dejó tan trastornada que ya no tenía ganas de seguir hablando o bailando con ese hombre. Ese demostró que de hecho era un bastardo que me dio una bofetada cuando lo rechacé.

Tuve que llamar a Aria para que venga a recogerme. No me dolió tanto la bofetada como las palabras de Trent, pero eso era algo que no estaba preparada para admitir.

—¿A ti? ¿Por qué debería haberte llamado a ti? No eres nada mío, ni siquiera somos amigos. Somos simplemente conocidos.

—Ahí es donde te equivocas, Jane, somos más y lo sabes —dijo Trent.

¿Lo sabía?

Yo no sabía nada, excepto que nada de lo que hacía estaba bien. Si engordaba me decía que debería dejar de comer tanto. Si bajaba de peso me decía que debería empezar a comer más. Si me tenía el cabello de otro color me decía que me veía como un espantapájaros. Si me ponía una falda demasiado ajustada iba a llamar la atención indeseada de otros hombres. Si era una larga decía que nunca iba a conseguir novio su me vestía como una monja.

Trent era como alguno de esos maridos celosos que quieren a sus mujeres en casa, sumisas y embarazadas. Había tenido que tratar a más de uno y podría reconocerlos de lejos. Casi podría decir que era tóxico, por eso me mantenía alejada de él, no necesitaba sus críticas,

sus reproches. Además, solo era el primo de mi amiga, no le debía nada, ni siquiera respeto.

Así que no sabía nada, no había nada más entre nosotros.

—¿Y qué es lo que sé, Trent? Porque déjame decirte que en mi opinión no eres nada más que un idiota, un hombre que cree que las mujeres son unas tontas que no saben hacer nada bueno, que el único que lo sabe todo eres tú, que...

—¡Jesús, Jane! ¿De dónde has sacado esta estupidez? Yo no soy así —me interrumpió él.

—¿Quieres fingir? Bien, allá vamos. Creo que fue la primera vez que me dijiste que era gorda y que debería perder unos kilos si quería atraer a algún hombre. O fue cuando me dijiste que mi cabello de color rubio me hacía verme como una prostituta. Y mi favorita es la de cuando me llamaste una...

—No hace falta seguir, lo entiendo —dijo Trent.

Me soltó y enseguida sentí como si hubiera perdido una parte importante de mí, como si su mano agarrando mi brazo fuera parte de mí. Lo vi pasar las dos manos a través de su cabello y maldiciendo en voz baja. Finalmente, cuando levantó la cabeza vi el tormento en sus ojos.

Lo conocía muy bien, no a Trent, a lo que estaba viendo en sus ojos, lo había visto más veces de las que quería contar en los ojos de mis pacientes. No pude aguantar su mirada, tuve que apartar mis ojos y mirar sobre sus hombros hacia el escaparate de la tienda ahí donde Paula seguía con mucho interés nuestra conversación.

Los pueblos pequeños y el aburrimiento.

En ese momento prefería estar en cualquier lugar menos en este. Que sí, que Trent tenía problemas, todos los militares sufrían de trastornos después del tiempo que pasaron en el ejército, no era el primero ni el último.

Pero eso, esos traumas, y me da igual que las consiguió defendiendo el país, no le da el derecho a tratarme mal, a hacerme sentir inadecuada durante años. ¿Por qué? Porque algo en su mente no funciona bien, pues no.

Debería ayudarlo, vale, como psicóloga lo ayudaré. Eso si pide mi ayuda.

Debería olvidar, pero no, de ninguna maldita manera. Su comportamiento, sus errores son suyos y de nadie más. No puedes herir a alguien y después venir a echar la culpa a los traumas. No, eso no me valía.

—Trent.

—Jane.

Los dos hablamos al mismo tiempo y por un instante nuestras miradas se encontraron de nuevo. ¡Maldita sea! Ahí estaba el arrepentimiento, brillando en sus ojos, iluminando sus ojos como la luna llena el cielo. Y, maldita sea, llámalo defecto profesional, pero no pude impedir la sonrisa que iluminó mi rostro.

—Lo entiendo, no te preocupes. ¿Qué te parece si empezamos de nuevo? Esta vez sin críticas e insultos —sugerí.

—¿Me perdonas años de ser un idiota y a Aria no le puedes coger el teléfono?

—¿Sabes qué? No hay acuerdo, vuelve a casa y déjame en paz —espeté antes de darme la vuelta y caminar hacia mi coche.

Unos metros después me di cuenta de que el aparcamiento estaba vacío excepto tres coches, un todoterreno, un monovolumen y el mío. Mi coche estaba justo donde yo había estado antes de alejarme de Trent.

Suspirando, que no era lo que quería hacer, ¡Dios, no! Yo quería gritar y maldecir y enviar a ese hombre de vuelta al infierno de donde había venido. En cambio, para no dejarle ver cuánto me afectaba, suspiré y volví a mi coche.

—Jane, tenemos que hablar —insistió Trent y poniendo los ojos en blanco me paré delante de él.

—Hablar, ¿qué hay que decir, Trent? Lo que yo entiendo es que hay algo que no funciona bien en tu cabeza y por eso fuiste un auténtico capullo conmigo durante años. Me alegro de que por fin puedo entender cuál era el problema, aunque siempre supe que no era yo, que eras tú. Esto es todo, no hay más.

Durante días me arrepentiré de mi gran boca, de no haber subido al coche, de no alejarme mientras tuve la oportunidad. Porque, verás, tuve que quedarme y llamarle capullo y eso provocó una reacción en Trent, una inesperada que iba a cambiarlo todo.

Pasó en un instante. Dio un paso hacia adelante, forzándome a caminar hacia atrás hasta quedar atrapada entre él y el coche, luego sus manos estaban sobre mí, a los dos lados de mi cabeza, inclinándola.

Y me besó.

Fue como un sueño, como si eso no estaba sucediendo en realidad. Posó sus labios sobre mí y durante unos instantes simplemente se quedó quieto, esperando una reacción mía, pero yo estaba demasiado sorprendida para hacer algo.

Sorprendida por la suavidad de sus labios, por la dureza de su cuerpo que sentía presionado contra el mío, por mi deseo de seguir, de averiguar su sabor, de ver si su beso era tan bueno como prometía.

Como no hice nada, él continuó. Tomó mi boca en lo que consideré que fue el mejor beso de mi vida. Fue perfecto, indescriptiblemente perfecto. No tengo idea de cuanto duró, solo sé que cuando Trent se separó mis manos estaban en su cabello, mi cuerpo pegado al suyo íntimamente.

—Si eso fue una disculpa déjame decirte que no es suficiente, deberías continuar —dije mirando sus labios.

—No es una disculpa, pero hay alguien quien te necesita.

—¿¡Jane!?

Miré por encima del hombro de Trent y vi a April. Estaba a poca distancia de nosotros, su rostro blanco y la boca arrugada en una mueca que no podía significar otra cosa excepto dolor.

Empujé a Trent, mejor dicho, él se hizo a un lado para dejarme pasar, y me apresuré a su lado.

—April, dime que necesitas.

—Castrar, necesito castrar a ese hijo de su madre que me dejó embarazada. Tengamos un hijo, será divertido dijo el idiota. ¿Y quién está en un aparcamiento a mediodía, en medio de la nada, sola y sintiendo el dolor más grande del mundo? ¿Quién, Jane? No lo ves a él, ¿verdad? —gritó Jane.

Bajé la cabeza, mordiendo mis labios para no echarme a reír, pero de todos modos ella se dio cuenta.

—Sí, Jane, ríete, veremos quién se ríe dentro de nueve meses —amenazó April.

—¿Por qué no mejor te acompañó al hospital? Ahí tendrás a mano lo que necesitas, medicamentos para el dolor o los instrumentos necesarios para castrar a tu marido, excepto si quieres tener a tu hijo dentro de la tienda de colchones.

—Mi coche no arranca —explicó April.

—Jane, ayúdala a subir a mi coche —ordenó Trent.

Giré la cabeza y lo encontré detrás, su rostro una máscara de tranquilidad e indiferencia.

—¿Quieres que me arrodillé y besé tus pies también? —le pregunté a Trent y su mandíbula tensa me dijo que no encontraba nada graciosa mi pregunta, yo tampoco.

—¡Jane! —amenazó.

—Ni Jane ni nada, conmigo no uses ese tono del ejército, ¿entendido?

—Jane, cariño, ¿me harías el favor de ayudar a April a subir a mi coche antes de que ese bebé decida que ha llegado el momento de salir y conocer al mundo? —dijo Trent, su voz tan dulce y falsa como un Elvis en Las Vegas.

—Claro que sí, cielo —respondí.

—Caroline dijo que no tienes novio, Peter también —dijo April una vez sentadas las dos en el asiento trasero del todoterreno de Trent.

Él estaba al volante, conduciendo, pero cuando lo miré atrapé su mirada en el espejo retrovisor y era obvio que le interesaba el tema.

—Peter dijo que te invitó a salir y no entendía por qué, es el soltero del pueblo, es guapo y rico —continuó April.

Le eché un vistazo, estaba preocupada por si el dolor le hubiera afectado el cerebro, pero la vi bien, estaría entre contracciones y necesitaba algo para distraerse.

—No sé qué es peor, que Peter ha contado que me negué a salir con él o que ser el dueño de una ferretería se considera rico.

—Te advertí sobre el aburrimiento, ¿recuerdas? —dijo April riendo, dos segundos después su mano agarró la mía mientras gritaba con toda su fuerza, bueno, la fuerza que le quedaba tomando en cuenta que me estaba agarrando con tanta que temí por mi mano.

La parte buena fue que después de eso April estuvo demasiado ocupada con su dolor para seguir hablando sobre Peter, que ahora será guapo, pero se había convertido en un cotilla y no había nada que odiaba más que un hombre que hablaba de su mujer, de su relación con cualquier persona dispuesta a escuchar.

La malo fue que ese mismo dolor convertía a April en un demonio que gritaba e insultaba y lo hizo durante los veinte minutos que duró el viaje hasta el hospital.

Cuando por fin llegamos creía que podría volver a mi casa, tranquila y olvidando que alguna vez deseé ser madre, pero Jett estaba en una urgencia e iba a tardar. No pude dejar a April sola y tuve que acompañarla a la sala de partos.

Estoy acostumbrada a ser la mala de la película, una parte de mis pacientes primero buscan a un culpable de sus problemas y casi siempre soy yo antes de mostrarles el camino hacia la curación. No todos lo consiguen, para algunos es difícil aceptar que el único culpable de sus problemas es uno mismo.

No siempre se puede echar la culpa a los padres o a las parejas, la mayoría de las veces nosotros somos los que tomamos las decisiones que al final terminan por destruir nuestras vidas.

April fue una historia diferente, durante esas dos horas que parecieron sacadas del infierno fue otra persona. Llegué a conocerla un poco y era una mujer jovial, amable, que no tenía ni una pizca de maldad en todo su cuerpo.

Pero hoy ni siquiera la epidural consiguió calmar sus dolores y la única manera que encontró de manejarlo fue insultando. Nunca, en toda mi vida había escuchado tantas palabras malas de una mujer.

Yo no, pero la matrona y la doctora se lo estaban pasando en grande, bromeando mientras la ayudaban a traer al mundo a esa pequeña que según las amenazas de April iba a ser huérfano de padre en cuando el culpable llegaría al hospital.

Casi estuve tentada de llamar a Jett y advertirle, pero luego recordé que de verdad todo eso era culpa suya y que lo menos que podía hacer era estar aquí para su esposa. Pero no, él estaba en una urgencia y espero que haya sido algo de vida y muerte no cualquier tontería de

escribirle una receta a algún vecino del pueblo.

Llegó, el culpable llegó treinta segundos antes del nacimiento de su hija. La pequeña era una cosita pequeña roja y arrugada, que gritó desde el mismo instante en que nació demostrando que era hija de su madre.

Antes de salir conseguí un vistazo rápido de la familia feliz, Jett y April sonriendo y llorando al mismo tiempo y la pequeña tranquila sobre el pecho de su madre. Nunca dejaba de asombrarme la mente humana, como una vez cumplido el deseo, una vez llegado al destino, era capaz de olvidar todo el dolor, todas las malas y simplemente ser feliz.

Eso era lo que les decía a mis pacientes, después de la tormenta siempre llegaba la calma. Siempre.

Capítulo 4

En cuanto salí de la habitación de April lo vi.

Trent.

Sentado en la sala de espera, en una silla que a pesar de verse muy incómoda a él no parecía importarle. Tenía las piernas extendidas delante de él, una sobre la otra y la mirada sobre sus botas. Eran normales, de color negro, no parecían tan interesantes que era lo que pensé al verlo mirarlas con tanta intensidad.

O tal vez solo se hacía el interesante, detrás del escritorio de las enfermeras estaban cuatro, no, cinco mujeres susurrando y mirándolo. Claro, ese aire de hombre absorto en sus pensamientos, preocupado por el bien del mundo, siempre conseguía llamar la atención de las mujeres.

Lo sabía, yo también caía por lo mismo y lo hice más de una vez. ¿La parte mala? Todo era un acto, un juego. Los hombres saben lo que quieren las mujeres y lo usan para llevarlas a la cama.

Y Trent era un experto, de eso no tenía dudas. Lo que me preocupaba a mí era que yo sabía eso sobre él. ¿Cómo es que lo sabía si nunca me interesó más allá de no encontrarlo y de no escuchar sus críticas? ¿Cómo es que ese beso que me dio fue mejor que cualquier otro que recibí?

Las enfermeras siguieron murmurando mientras yo estaba ahí parada, decidiendo cuál sería mi siguiente movimiento. Tenía dos opciones, caminar hasta él y hablar o podría aprovechar que no estaba atento y desaparecer.

Eso no era de cobardes, ¿no?

¡Que sí!

Con los pies pesando más que nunca me dirigí hacia Trent y me senté a su lado.

—Nunca voy a tener hijos —confesé, sin saber por qué elegí justo esas palabras para iniciar una conversación.

—Eso es justo lo que yo pensaba —dijo Trent.

Lo miré y juro que por primera vez veía a otro hombre, no era el demonio que me torturaba con cada oportunidad, no era el demasiado bueno y guapo primo de Aria que me odiaba y que yo odiaba. Era un hombre y por lo que me decían sus ojos era un hombre que estaba interesado en mí.

¿Lo quería?

¿Quería una relación con Trent? Olvida eso, ni siquiera sabía si él pensaba en una relación. Tal vez solo quería pasar una noche juntos y luego volver a su vida porque yo seguramente no iba a volver a la ciudad.

—Dime, Jane, ¿todas las mujeres amenazan con la castración durante el parto? —continuó Trent aclarando sus razones por las que no quería ser padre.

—No lo sé, tendré que investigar, pero puedo asegurar que el dolor saca lo peor de cualquier persona, hombre o mujer.

Mi estomago rugió en ese momento y agarré la mano de Trent, le di la vuelta para echar un vistazo a su reloj y entendí porque me sentía de esa manera. Eran las nueve de la noche. Era el hambre. El hambre era culpable de mi subida atracción por Trent.

Que no, que no estoy buscando culpables, pero en mi caso era verdad. El hambre me

debilita, hago cosas que nunca haré, tomó decisiones que son malas para mí a pesar de saber que son malas. El hambre es mi talón de Aquiles.

—Ven, vamos a comer algo —propuso Trent.

—¿Por qué estás aquí, Trent? —pregunté imitando su movimiento y poniéndome de pie, quedando uno frente al otro.

—Necesitas que te llevé a casa, ¿recuerdas que no tienes coche?

—¿Por qué estás aquí, Trent? —repetí.

Él era alto, más que yo, y en ese momento cuando repetí la pregunta tuve que inclinar mucho la cabeza para poder mirarlo a los ojos. Fue un error, después de tantos años me di cuenta de que sus ojos tenían el poder de hipnotizarme.

Los miré y ni supe cuando puso la mano sobre el lado izquierdo de mi cuello y despacio acercó su cara a la mía.

—Sabes por qué estoy aquí —susurró.

Hechizada o no, esas palabras me enfurecieron y di un manotazo a su brazo. Una vez que estaba fuera de su alcance giré la cabeza. Él me estaba mirando, no preocupado, diría que estaba divertido.

¡Divertido!

—Me voy a comer, tú te puedes ir de vuelta a casa, al infierno —espeté.

Caminé rápidamente hacia la salida del hospital, incluso tomé las escaleras para no tener que estar encerrada con él en el ascensor porque tal vez no sabía qué diablos buscaba aquí, pero sí sabía que iba a seguirme.

Llegué a la salida, vi las puertas abrirse y salí afuera solo para detenerme un segundo después. Estaba lloviendo y no una lluvia cualquiera, una maldita tormenta de esas con truenos y relámpagos.

—¿Quieres acompañarme?

La voz de Trent justo en mi oído me sobresaltó, mirando la lluvia olvidé que pretendía poner distancia entre nosotros, si eran unos dos pueblos mejor. Pero la suerte no estaba de mi lado hoy.

—¿Podré conocer a Satanás, tu jefe? —pregunté dulcemente.

—No lo sé, ¿estás preparada para entregarle tu alma?

—No lo sé, tendré que ver lo que me está ofreciendo. Si es tu cabeza estaría interesada —declaré.

Trent se echó a reír y agarró mi mano. Antes de darme cuenta estábamos corriendo hacia el coche que estaba a unos cien metros, distancia suficiente para mojarme hasta los huesos. Tuvo el detalle de abrir mi puerta y esperar hasta que estuve dentro para cerrarla antes de rodear el coche y subir él también.

—Sé que nos conocemos de hace diez años y que a pesar de eso no sabes nada de mí, así que no lo tomaré en cuenta —dije tiritando—. Me encanta la lluvia, pero solo cuando estoy dentro y si tengo un buen libro y un café es incluso mejor. Pero odio caminar o correr bajo la lluvia. Lo odio, Trent, ¿lo entiendes?

—Odias la lluvia, entendido.

—Y a ti también te odio, ¿entendido? No me gustas —declaré enfurecida por su actitud tranquila.

¿Qué diablos le pasaba a este hombre que estaba siempre tranquilo? Estaba medicado, eso es. Tendría algún tratamiento para su trastorno que le convertía en esa persona amable.

—Yo no te odio —dijo él.

—No me importa... espera, ¿qué? ¿Desde cuándo? —pregunté sorprendida.

—Nunca te odié, pero creo que no es el mejor momento para hablarlo.

—Tienes razón, tengo hambre y frío. Una combinación que me puede llevar a cometer locuras, aunque tal vez no es tan mala idea. Podría enterrar tu cadáver en el bosque y nadie lo encontraría. Sin cadáver no hay crimen.

Trent arrancó el coche ignorando mis amenazas y escondiendo su sonrisa. Sí, matarlo no sería tan mala idea. Incluso podía llevarlo arriba en la montaña, arriba del todo hay un lugar que sería perfecto.

Un precipicio que está escondido y solo lo conocen los de la zona, cada vez que alguien desaparecía cuando era pequeña todos decían que nunca iban a encontrarlo, que seguramente había caído ahí. El precipicio estaba tan profundo y estrecho que era imposible ver algo dentro, de llegar al fondo ni siquiera se podía hablar.

—¿Qué estás maquinando? —preguntó Trent.

Me giré hacia él sonriendo y me incliné poniendo la mano sobre su muslo.

—Encontré el lugar perfecto para tu cadáver, ¿quieres verlo ahora? —susurré en su oído.

—Depende, ¿tendré derecho a un último deseo?

—Vale, teniendo en cuenta que es el último —dije contenta.

Por la mirada que me echó entendí que era mejor no saber cuál era su deseo así que me recliné de nuevo en mi asiento y quité la mano que tenía sobre su pierna. Ni había conseguido levantarla bien cuando Trent la agarró y la colocó de nuevo sobre su muslo y por lo visto sí me conocía bien ya que mantuvo la suya sobre la mía. Sabía que iba a quitar mi mano de ahí en un instante y se aseguró de que no lo hiciera.

No protesté, pero solo porque delante vi el cartel de un restaurante y el hambre predominó en mi mente.

—Para ahí —dije y dos segundos después Trent paró enfrente del pequeño restaurante.

No era mucho, si no recuerdo mal los dueños eran una pareja mayor, eran mayores cuando yo era una niña así que me imagino que ya no estarán por aquí.

—Espera aquí —dijo Trent antes de bajar y puse los ojos en blanco, con lo mojada que estaba y con la lluvia que no había perdido ni un ápice de su intensidad me parecía una tontería esperar a que abriera la puerta.

Estaba equivocada, cuando Trent abrió la puerta llevaba un paraguas abierto y en la otra mano una cazadora que colocó en mi regazo.

—Póntela —dijo, usando ese tono autoritario que empezaba a odiar.

—Ya estoy mojada, pero gracias —espeté dejando la cazadora en el otro asiento.

—Jane, si no lo haces por ti hazlo por mí.

—¿Por ti? —pregunté frunciendo el ceño.

—Por mí, puedo ver tu sujetador rosa a través de tu vestido mojado, puedo ver tus pezones y aunque puedo ignorar el efecto que tiene sobre mí no seré capaz de ignorar las miradas que te echarán los otros hombres una vez que entremos en ese restaurante. Hazlo por mí o por ellos si no quieres tenerlos en tu conciencia.

Aunque quería bajar la mirada y convencerme del efecto que tenía sobre él no lo hice. Tragué en seco y me puse la cazadora. En silencio. Mirándolo a los ojos. Con el corazón latiendo a mil por hora. Con otra parte de mi cuerpo que hasta ahora estaba seca, pero ya no.

Abrigada por su cazadora, con su mano sobre mi hombro, protegida por su abrazo y paraguas caminé junto a él los pocos metros hasta la entrada del restaurante. Le respondí a la camarera que nos saludó, pero mi mente estaba en una niebla que no me permitía nada más que

seguir a Trent y a la mujer hasta una mesa.

Me senté manteniendo las manos en los bolsillos de la cazadora y la mirada en el rostro de Trent. Esto no estaba pasando. Tal vez me había desmayado durante el parto de April y ahora estaba inconsciente en una cama del hospital. O tal vez ni eso, hubo una fuga de gas y me estaba muriendo despacio en la cama de mis padres.

—Jane, ¿vas a echarle una mirada al menú? —preguntó Trent.

Parpadeé y vi el menú en la mesa, un café y a la camarera al lado esperando. ¡Dios! ¿Cuánto tiempo perdí pensando en tonterías?

—La especialidad de la casa, por favor —dije.

Escuché a Trent resoplar mientras la camarera apuntaba mi pedido y el de él.

—¿Tienes un problema con la especialidad de la casa? —le pregunté.

—He trabajado en un restaurante y normalmente eso significa que el cocinero ha echado en un plato todas las sobras, pero si a ti no te molesta a mí tampoco. De hecho, yo quiero lo mismo —le dijo a la camarera sin apartar la mirada de la mía.

—Tiene razón, es lo que se hace —intervino la camarera que era una mujer de unos cuarenta años, con un rostro y una sonrisa amable—. Pero en nuestro restaurante la especialidad es lo que sea que hemos recogido hoy del huerto. Os garantizo que el quiche de verduras es muy fresco y ecológico, nada de sobras y nada de fertilizantes.

Te lo dije.

Lo pensé, no lo pronuncié, pero Trent lo sabía y me sonrió. Fue una sonrisa a medias, la parte izquierda de su boca se elevó un poco mientras que la diversión brillaba en sus ojos. Fue una sonrisa que estaba destinada a hacerme perder la cabeza y tenía miedo de hacerlo.

Podría perder la cabeza por Trent.

Podría perder mi corazón por él.

Podría perderlo todo.

Podría pasar el resto de mi vida preguntando qué habría pasado si no hubiera sido tan cobarde.

Cenamos en silencio, yo estaba demasiado hambrienta para mantener una conversación y Trent, pues él estaba demasiado ocupado mirándome de una manera que hacía mi piel hormiguear.

Por fin, cuando estaba disfrutando de una tarta de manzana con helado me atreví a preguntar lo que estaba dando vueltas en mi cabeza.

—¿Por qué ahora?

Trent me miró con una ceja arqueada y tuve que ahogar un gemido, el maldito era demasiado guapo y más con su cabello mojado que se había rizado. Parecía un dios, uno de esos que bajaban a la tierra para enamorar a las mujeres y después romperles el corazón.

—¿Por qué ahora? —repitió.

—Sí, Trent. Ahora. ¿Por qué de repente parece interesado en mí? Has tenido años a disposición y no has hecho nada, no has dicho nada. Nada, Trent. Ni una maldita señal de que estás interesado.

—No era el momento adecuado, ni yo estaba preparado ni tú tampoco —dijo él.

—¡Dios! ¿No estaba preparada? Pasé los últimos cinco años de mi vida buscando desesperada como tú has dicho, a un hombre con el que pasar el resto de mi vida y tienes las agallas de decirme que no estaba preparada. Trent, en serio, deberías verificar la dosis de lo que sea el tratamiento que estás tomando, algo no está funcionando.

—Eso estuvo fuera de lugar, no debería haberlo dicho y lo siento. Estaba furioso y...

—No, Trent, no estamos hablando sobre esa noche. Ni ahora ni nunca —espeté.

Me puse de pie y caminé hasta la salida. La lluvia no había cesado y no me quedó otra opción que quedarme ahí y esperar a Trent. No tardó en seguirme y enseguida empecé a caminar hacia el coche, pero no llegué demasiado lejos.

Trent me adelantó y se paró delante de mí.

—No te gusta la lluvia, entendido. Nunca te haré salir de casa si está lloviendo y me aseguraré de que tengas café o vino y un buen libro, pero, Jane, hay algo que a mí no me gusta y apreciaría si no volverías a hacerlo —dijo Trent. La tranquilidad de su voz no cuadraba con la tensión que podía vislumbrar en su rostro—. Tres veces estuvimos hablando y tres veces te has ido cuando no has recibido la respuesta que esperabas, cuando has decidido que tenías algo más importante que hacer. No me gusta que me ignoren, que me dejen con la palabra en la boca, así que te estoy pidiendo que no lo hagas. Entiendo que me odias, que estoy pidiendo algo que no tiene sentido para ti, pero, Jane, prometo que si me das una oportunidad no te vas a arrepentir.

—¿Una oportunidad, Trent?

—Sí, Jane, y no hay mejor manera de hacerlo que empezar de nuevo. Yo soy Trent —dijo él alargando la mano.

—Jane —susurré, mi mente alucinando con lo que estaba pasando, con las posibilidades, con la promesa de algo, de una relación entre Trent y yo.

¿Podría hacerlo?

¿Seré capaz de darle una oportunidad al hombre que nunca tuvo una buena palabra para mí?

Había solo una manera de averiguarlo.

—Soy una mujer desesperada por casarme, por tener un hombre en mi vida, por alguien que esté a mi lado durante lo bueno y lo malo. Quiero hijos, quiero una vida aquí, justo aquí en este pueblo lejos del ajetreo de la ciudad. No me gusta que me hablen por la mañana antes de tomar por lo menos una taza de café. Me gusta cocinar, pero la repostería se me da fatal y soy capaz de arruinar incluso la receta más básica.

Estuve mirando a Trent y vi el cambio en sus ojos, vi cómo se formaba la sonrisa en su rostro, cómo levantaba la mano para posarla sobre el lateral de mi cuello. ¡Jesús! ¿Cuándo me había vuelto adicta a ese toque, a sentir sus dedos, su calor justo ahí donde latía mi pulso?

—Te gusta el chocolate en todas sus formas, las tortitas con sirope de arce y el café negro. Odias el quiche de verduras y el color azul bebé. Te gusta nadar y correr, pero odias el gimnasio. Diez años, Jane, he tenido diez años para conocerte y sé más de lo que piensas. Sé lo que quieres de la vida, del futuro y no estaría aquí si no estaría preparado —dijo Trent.

Escuché sus palabras y luego a mi corazón que gritaba con todas sus fuerzas: *dale una oportunidad*. Luego escuché a mi cerebro que me estaba advirtiendo que de una manera u otra esto iba a terminar mal y ni mil horas de terapia iban a curarme después.

¿A quién crees que escuché?

—Nunca he besado a un hombre que acabo de conocer —murmuré.

—Yo tampoco —respondió él.

—Pero, creo que siempre hay una primera vez para todo —continué.

—Claro, por ejemplo, para un beso en la lluvia —sugirió Trent.

Un beso.

No fue suave, no nos miramos a los ojos durante minutos y nuestros labios no se acercaron con la velocidad de la tortuga. No. Fue rápido, nuestras bocas se unieron en un beso salvaje, duro. Uno de esos besos que te deja deseando más y ni siquiera han pasado treinta

segundos.

Y deseaba más, vaya si lo deseaba. De nuevo era el lugar equivocado, el momento equivocado, pero lo más importante era que era demasiado pronto. Si iba a hacer eso iba a hacerlo bien. No iba a lanzarme de cabeza en una relación con Trent, no antes de asegurarme de que los dos queríamos lo mismo.

—Apuesto a que ahora ya no odias tanto la lluvia —dijo él cuando separó nuestros labios.

—¡Dios, no! Ahora la odio más, imagínate que hubiera pasado si en lugar de estar en un aparcamiento en medio de la noche con una tormenta infernal hubiéramos estado dentro, con un fuego en la chimenea, calientes y sin esta ropa mojada.

—Algún día recuérdame que te cuente sobre Navidad —dijo Trent tomando mi mano y dirigiéndose hacia el coche.

Subimos, de hecho, él subió después de buscar algo en el maletero.

—Toma, ponte esto.

Esto era una camisa blanca que no iba a hacer mucho para calentarme. El vestido estaba mojado y no iba a tardar mucho en mojar la fina tela de la camisa. Se lo dije a Trent y él sacudió la cabeza.

—Lo normal sería quitarte la ropa mojada y ponerte la camisa, pero si quieres tentar la suerte y pillar una neumonía es tu decisión.

Pues sí que sabía mucho sobre mí, incluso el hecho de que una bajada de temperatura, un baño en la piscina con el agua templada o un poco de corriente de aire era suficiente para tenerme en la cama durante días con un resfriado horrible.

¿Pero sería capaz de quitarme la ropa delante de él?

No, ese no es el problema. Lo que pasa es que antes lo hubiera hecho en un instante, antes hubiera hecho todo para conseguir la atención de un hombre y no quería eso. No con Trent, no ahora cuando quería empezar de nuevo, cuando la desesperada Jane se quedó en ese club en la ciudad.

—Estoy bien así, gracias —dije girando en el asiento para poner la camisa sobre el asiento trasero.

—Jane, estamos en un aparcamiento a oscuras, está lloviendo y no hay un alma en la calle. Nadie te verá en los dos minutos que tardarás en cambiarte.

—¿Y tú? —pregunté.

—Toca en la ventana cuando hayas terminado —dijo segundos antes de bajar del coche.

No me di tiempo para analizar qué pasó. Sabía que Trent estaba fuera en la lluvia y que debía darme prisa. Tardé menos de dos minutos y después de echar un vistazo a mis piernas desnudas que la camisa de Trent no cubría, toqué la ventanilla.

Trent subió y sin mirarme puso el coche en marcha. Sin hablarme. De repente me sentí nerviosa. No, nerviosa no, me sentí asustada como de alguna manera su silencio era un castigo por haberlo hecho bajar del coche. Años y años de intentar agradar a los hombres me han jodido la cabeza, me han condicionado y ahora ya no sé ni quien soy.

—No soy tímida, ¿sabes? —pregunté sin mirarlo, manteniendo mi cabeza baja mientras jugaba con la cremallera de su cazadora que tenía en mi regazo.

—Lo sé, Jane.

—No es timidez —continué como si él no hubiera hablado—. Esa fui yo, la mujer que no quería ser, la que no quería comportarse de nuevo como una desesperada. Hace unas semanas no tendrías que haberme preguntado, yo misma habría fingido temblar de frío, quitado la ropa e incluso te habría pedido abrazarme para calentarme. Pero ya no quiero ser esa mujer, lo que sea

que estamos empezando, lo que sea que será entre nosotros quiero que sea de verdad. Sin mentiras, sin engaños.

—Jane, no tenía, no tengo ningún problema con tu desesperación. Mi problema era que no estabas desesperada por estar conmigo. Esa noche entré en ese club y te vi enseguida, entre tantas personas que estaban ahí te reconocí. Odié verte en brazos de otro hombre, odié sus manos sobre ti y reaccioné como un marido celoso. Lo era, celoso quiero decir, celoso de no tenerte en mis brazos, de no recibir tus sonrisas.

—Trent, pero eso no tiene sentido —dije.

Antes de esa noche habían pasado meses sin verlo, seis o más. Lo que estaba diciendo era imposible, quería creerlo, pero era demasiado bueno para ser verdad. No sientes celos así de repente.

—Lo tiene y te contaría lo que sentí la primera vez que te vi, pero estoy conduciendo durante una tormenta. La carretera está mojada, la visibilidad es un infierno y quiero llevarte a casa sana y salva. Te lo contaré pronto y lo entenderás.

Uno de mis defectos era dar la vuelta a una situación mil veces, de ponerme en el lugar de la otra persona, de imaginarme lo que estaba sintiendo. Era de gran ayuda en mi trabajo, pero en mi vida personal era horrible ya que eso me convertía en una persona insegura. Como ahora, que miré a Trent conduciendo, pero en mi cabeza estaba recordando la primera vez que lo vi. Y no, seguía sin tener un maldito sentido.

Renuncié y volví mi atención al camino. Justo estábamos entrando en mi pueblo.

—Trent, mi coche. Tenías que llevarme a la tienda para recoger mi coche no a casa — dije.

—Jane, hay una tormenta. Es difícil para mí conducir, para ti sería aún más difícil.

—Porque soy mujer —dije.

—Porque odias la lluvia y me imagino que no estás acostumbrada a conducir con la carretera mojada. Pero si prefieres puedo confesar que quería verte llegar de una sola pieza a casa y si hubieras sido un hombre no lo haría. ¿Eso me convierte en qué?

—En un buen hombre —susurré.

Pronto llegamos a la casa y Trent aparcó justo enfrente, en dos pasos estaría en el porche a salvo de la lluvia, pero la verdad era que no quería irme. Quería seguir en ese coche con él, seguir un poco más con el sueño.

Era un sueño. Más de una vez Trent me dijo que quería algo serio conmigo y hoy me ha demostrado que es diferente al hombre que pensaba que era. No quería entrar, irme a dormir, despertar y averiguar qué todo fue una ilusión.

—Necesitas luces —dijo Trent.

Miré fuera y la única luz venía de la bombilla que estaba en al lado de la puerta de la entrada. Todo lo demás estaba a oscuras, en una noche normal podrías ver perfectamente las cabañas y los pequeños caminos que llevaban a cada una, pero con el cielo nublado era imposible.

—Luces —murmuré, preguntándome cuánto me costará.

—Luces —repitió divertido Trent.

Fruncí el ceño sin entender que encontraba tan gracioso, pero me di cuenta de que me daba igual. Estaba demasiado cansada para importarme así que me incliné y lo besé en la mejilla.

—Gracias —dije y después de quitar la cazadora que cubría mis piernas abrí la puerta y salí corriendo.

En un minuto estaba dentro, la puerta cerrada con llave. Estuve ahí unos minutos y no

subí hasta que no escuché su coche arrancar y alejarse. Solo entonces subí y al entrar en el dormitorio vi el nuevo colchón.

No el colchón, las sábanas llamaron mi atención, esas con flores rosas que no pegaban nada con el resto del dormitorio, y me di cuenta de que la abuela había estado aquí para recibirlo.

Eso era lo bueno del pueblo, que no necesitabas llamar y pedir ayuda, ya lo sabían. También era lo malo, mañana antes de las diez de la mañana todos sabrán que fui a cenar con Trent.

Era lo que era, no podía y tampoco quería cambiar nada. Mañana era un nuevo día y lo mejor que podía hacer era dormir para poder afrontar lo que sea que iba a traerme, bueno o malo.

Después de la ducha me metí en la cama y antes de quedarme dormida pude apreciar la suavidad de las sábanas, la suavidad y el olor. El mismo olor de la ropa recién lavada que usaba la abuela desde que tengo memoria.

Estaba en casa.

Estaba empezando algo con un hombre guapo, inteligente, más atractivo de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Estaba reformando Mountain Lounge.

El futuro era más que prometedor y no podía esperar a vivirlo.

Capítulo 5

La montaña era un lugar tranquilo, todos lo saben y por eso van, para descansar del ruido de las ciudades. Tranquilidad y aire fresco. Pero todos olvidaban un pequeño detalle.

Los pájaros.

Pequeños pájaros, medianos y grandes. Pequeñas cosas ruidosas que despiertan con la salida del sol y cantan sin parar. No les importan que he dormido poco y que no quiero bajar de la cama, que quiero cerrar los ojos y seguir soñando.

No, no soy tan mala como para odiar a los pájaros, solo estoy cansada y el olor a bacón me estaban matando. Una mirada al despertador me aseguró de que tenía razón, era demasiado temprano.

Seis de la maldita mañana.

Yo nunca me despertaba tan pronto, mi horario empezaba a las nueve y mi oficina se encontraba a cinco minutos andado de mi apartamento. Aunque es increíble de creer solía despertar a las ocho y en cincuenta minutos salía por la puerta bañada, maquillada, cabello arreglado y con el desayuno tomado.

Las ocho no las seis.

Suspirando bajé de la cama y después de pasar por el cuarto de baño me dirigí a la cocina. Mi cerebro no había tenido suficiente la noche anterior con torturarme con sueños eróticos, tenía que hacerlo por la mañana con el olor del desayuno.

Olía el café, el bacón, incluso a magdalenas recién hechas. Sacudí la cabeza justo antes de entrar en la cocina cuando me di cuenta de que mi cerebro solo estaba cansado, no había intención malvada de su parte.

Era la abuela que por alguna razón había decidido invadir mi cocina y no es que me quejara, que no, le estaba agradecida, pero ella es esa persona que sonrío desde que se despierta por la mañana.

Si la abuela encuentra que durante la noche ha estado nevando y no puede salir de casa aprovecha y lee u organiza los armarios. Lo sé porque he vivido con ella y encuentra lo bueno en cada situación. Una vez que hubo una avería en las tuberías de agua me llevaba al río a bañarme cada día y a lavar la ropa.

Siete largos días duró esa avería, siete días de una primavera invernal, siete días que según ella fortalecieron mi cuerpo y mente. Siete días de quejas mías y sonrisas de ella.

Ella es feliz y yo no, estoy de tan malhumor cuando me despierto que es mejor no quedarse a dormir conmigo.

—¡Buenos días, cielo! —saludó la abuela—. Ven, siéntate, toma tu café para poder charlar.

¿Qué dije?

La abuela estaba feliz, sonriente y completamente inmune a mi malhumor. Se acercó a besarme en la mejilla y luego me dio un empujón suave hacia la mesa. Me senté y probé el café, era mejor que ese que compraba en la cafetería de la esquina de mi oficina, ese que costaba el triple que uno normal.

Pero esta era la abuela, ella lo hacía todo mejor incluso conseguía animarme antes de terminar mi café.

—La pequeña no es muy guapa —dijo ella y cuando la miré sin entender puso los ojos en

blanco—. La hija de April y Jett, Nina me envió las fotos anoche y aunque dije que era muy guapa a ti no te puedo mentir. Muy guapa no es, ni siquiera normalita.

—Abuela, es una bebé recién nacida. Tuvo que salir por un lugar estrecho, abandonó ese ambiente cálido donde se sentía a salvo solo para encontrarse con un lugar ruidoso, luminoso y frío. Es normal que esté un poco roja —defendí a esa pequeña que demasiado pronto se había convertido en el tema de los cotilleos mañaneros.

—Puede que tengas razón —dijo ella empujando el plato de magdalenas fuera de mi alcance—. Ahora cuéntame cómo fue tu cita.

Sabía que este momento iba a llegar, pero la verdad es que no sabía qué y cómo contar. La abuela lo odiaría en cuanto escucharía sobre todos esos años en los que me criticó por cualquier cosa.

Miré el plato pensando que otro bocadito dulce iba a darme las fuerzas necesarias y la abuela no me defraudó, acercó de nuevo el plato. Nada como un chute de azúcar para darte valor.

—Es el primo de Aria, ¿la recuerdas? —pregunté y ella asintió, se habían conocido un día que la abuela vino a verme a la ciudad—. Nos conocimos poco después de conocer a Aria y ese primer encuentro no le dejó una buena impresión a Trent. Vomité en su coche.

—¿Estabas enferma?

—No, solo borracha. La primera y la última vez, odié perder el control y la resaca, nunca más volví a beber más una cerveza. Él se quedó con la impresión equivocada y durante años se comportó como si yo fuera esa chica joven y tonta.

—Entonces es más tonto que el nieto de Olive, ese chico que fue al huerto y se comió un calabacín pensando que era un pepino.

Sonreí recordando esa historia, ese pobre chico no sabía que se había convertido en el medidor de tontos de la abuela. Solo era un chico de la ciudad que nunca había visto un huerto.

Se sentía bien tener a alguien de mi parte, Aria lo estuvo al principio, pero con el tiempo llegó a decir que la culpa era de los dos y solo porque no me quedaba callada cuando él me insultaba.

—Nunca pensé en él como en un hombre, siempre fue ese idiota que no podía aguantar. Ahora llega de la nada y me dice que está preparado, que es el momento de darnos una oportunidad. Y, abuela, no sé qué hacer.

—Yo creo que si lo sabes. Más, creo que ya has tomado una decisión y ahora solo necesitas escucharme decir que has elegido bien —declaró la abuela.

—Tengo miedo a perder mi corazón —confesé.

—Cielo, el amor es sobre felicidad y dolor. ¿Cómo sabrás que eres feliz si antes no has sido infeliz?

—Abuela, eso...

—Hazme caso, hija. Un día me darás la razón. Cuéntame más sobre este hombre, ¿en qué trabaja?

Me encogí de hombros, Aria mencionó que hace unos años Trent se retiró del ejército, pero como se ganaba la vida estos días era un misterio. La abuela no estuvo muy contenta con mi respuesta y me advirtió sobre ello.

Debía averiguarlo ya que un hombre sin un trabajo estable no era un hombre de fiar. Que necesito un hombre fuerte y trabajador que sea capaz de sostener la familia.

Verás, la abuela decía que era una mujer moderna. Tenía Facebook e Instagram, en este último tenía más seguidores que yo, sabía usar el ordenador sin problemas, los teléfonos móviles no tenían ningún misterio para ella. Eso llamaba ella ser moderna.

En lo que se refiere a las relaciones entre un hombre y una mujer la abuela mantenía alguna que otra cosa antigua. Ni siquiera parpadea cuando se hablaba del sexo antes del matrimonio, pero para ella el hombre era el que tenía que sostener la familia, proteger, cuidar de todas las necesidades de la mujer e hijos.

Así lo había visto en casa de sus padres, así lo vivió en su propia casa junto al abuelo, así enseñó a mi madre y a mí. Podrías ser una mujer con un trabajo, con pasatiempos y amigas con las que salir a pasarlo bien, pero era mandatorio tener un hombre en tu vida.

—Vale, la próxima vez que lo veo se lo preguntaré, ¿contenta?

—Muy contenta, acaba de desayunar y recoge la cocina, tengo que hacer unos recados —dijo caminando hacia la puerta.

Desapareció de la misma manera en la que entró y pensé en lo que me dijo mientras tomaba otro café. Y otra magdalena. Como no tenía planes llené una vez más mi taza de café y después de coger una manta del cuarto de estar y ponerla sobre mis hombros salí al porche.

Sentada en el balancín admiré lo que me rodeaba, las cabañas que después de la lluvia no se veían ni mejor ni peor, pero el lugar tenía otro aire. El verde de las hojas parecía más verde, los árboles más altos y el aire más puro. ¿Cómo no amar este lugar?

Les estaba pidiendo perdón a los pájaros por odiarlos esta mañana cuando vi el coche acercarse. Había dicho que volvería, pero no hicimos planes y deseé no haber salido al porche. Debería haber subido, duchado y puesto algo presentable, pero en cambio yo llevaba un camisón corto y una manta de cuadros.

Muy a la última moda, ¿verdad? Y sí, he dicho que no quería engaños ni nada de lo que solía hacer, pero vestirme bien, peinarme, ponerme guapa no era un engaño. O tal vez sí, porque cuando estoy sola arreglarme no es lo primero que hago por la mañana y él necesita verme normal.

Él.

Trent que-ya-no-era-un-demonio Gallaway caminando hacia mí. Más alto, más guapo que nunca incluso con el ceño fruncido. Al parecer él tampoco era una persona madrugadora.

—¿Mala noche? —pregunté a modo de saludo.

—Malas varias cosas —dijo Trent cuando se acercó al balancín.

—¿Varias?

—Malas noticias del trabajo, mal colchón en el motel, mal café —enumeró sentándose a mi lado en el balancín.

Le entregué mi taza y la cogió, la llevó a su boca mirándome a los ojos de una manera que hizo cosquillear a varias partes de mi cuerpo.

—Creo que este es el mejor café que he tomado en mi vida —declaró Trent mirando con el ceño fruncido la taza—. ¿Cuál es el secreto?

—Ni idea, la abuela se niega a revelarlo.

—Será que no has preguntado de la manera correcta —dijo él después de tomar el resto del café.

—Ahora es cuando me dices que en el ejercito te enseñaron como conseguir información de una mujer de ochenta años.

Trent no respondió y mis palabras que eran una broma trajeron de vuelta el ceño fruncido, la tensión y se llevaron la diversión de sus ojos. O sea, el ejercito era un mal tema de conversación.

—Si no has desayunado todavía me sobra un poco de lo que la abuela preparó —ofrecí.

—Me gustaría, pero debemos darnos prisa en ir a recoger tu coche. Tengo que volver a la

ciudad, me necesitan en el trabajo.

Y ahí se terminaba el sueño. Ya sabía yo que no iba a durar.

—No te preocupes por el coche, la abuela me llevará —dije cogiendo la taza de su mano y poniéndome de pie.

—Jane, lo estás haciendo otra vez —advirtió Trent cuando mi mano estaba a punto de empujar la puerta. Tuve que darme la vuelta y mirarlo.

—¿Qué estoy haciendo? —pregunté.

—Corriendo, Jane, corriendo cuando escuchas algo que no te gusta. ¿No quieres que me vaya? Dímelo y te diré que yo tampoco quiero ir, pero es el trabajo y es importante. No voy a dejarlo, ni siquiera por ti.

—No te lo he pedido. Si tienes que ir pues te vas y punto. Da igual lo que yo quiero.

—¡Dios! ¿Cómo es que después de todo lo que te dije sigues sin entender que quiero estar contigo? —gruñó Trent.

Se puso de pie y cuando el dio un paso adelante yo di uno hacia atrás. Eso no le gustó nada, cerró los ojos, maldijo, se dio la vuelta y se encaminó hacia su coche.

Bueno, fue bonito soñar, ¿verdad?

Hubiera sido perfecto. El hombre alto, moreno, fuerte, protector, guapo y listo. Con trabajo, eso era el doble de puntos. Y esos ojos que seguramente los hubieran heredado los niños, un pequeño bebé con ese verde espectacular o una pequeña con los rizos morenos.

Perfecto, pero como nada es perfecto en la vida esto tampoco lo fue y no pasaba nada. La vida seguía y yo tenía una cabaña de pintar. Pero mientras miraba a Trent alejándose me arrepentí de no haberle besado como Dios manda.

Ya sabes, un beso de ese que te quita el aliento, de que te deja con las piernas débiles... espera, ese beso que me dio él fue increíble. Era una pena que no se iba a repetir, ¿verdad?

¡A la mierda!

Antes de saber qué estaba pasando mi mano dejó caer la taza y mis piernas echaron a correr. Alcancé a Trent justo cuando llegaba al coche y como no fui exactamente silenciosa se dio la vuelta. Con eso no conseguí tomarlo por sorpresa, pero cuando me tiré a sus brazos y lo besé sí.

En mi prisa por llegar a él había perdido la manta, pero no sentía el frío, sentía solo el calor del cuerpo de él ahí donde lo tocaba. Me tomé mi tiempo para besarlo, para saborearlo, para pasar mis dedos por su cabello y averiguar el tacto de su cabello, para pasar mis manos por sus hombros donde sentí la misma dureza que se sentía en su pecho, la misma que sentía entre mis muslos desde el momento en que salté a sus brazos y lo rodeé con mis piernas.

Él no opuso resistencia, fue muy benévolo y me ayudó en mi tarea de besarlo hasta quedarme sin aliento. Claro que estaba tan inmersa en mi tarea que no me di cuenta de que Trent me había empujado contra el coche y que estábamos tan pegados que entre nosotros no cabía ni una hoja de papel.

Sentir sus manos agarrando mi trasero, las sentí, eso no había manera de ignorar. Y luego estaba la otra parte más dura de su cuerpo que me hacía llorar de rabia por no poder ver y disfrutar por lo menos una vez.

¿No?

Rompí el beso y lo miré.

—¿Cuánto tiempo tienes antes de tener que estar en el trabajo? —pregunté casi sin aliento.

—No suficiente para lo que estás pensando, maldita sea, no suficiente —gruñó Trent—.

Volveré, Jane, promete que no lo olvidarás, que no dejarás tu mal genio liar tu cabeza, que estarás justo aquí cuando volveré. ¿Puedes hacer eso por mí?

—Voy a ignorar tu mención sobre mi mal genio y siento decirte que no puedo hacer eso por ti. Esto es un sinsentido, esta historia no tiene ni pies ni cabeza. Hace dos días me odiabas, te odiaba y ahora quieres estar conmigo. Y de la atracción que me ha dado de repente ni quiero hablar, es de locos.

—Veo que necesito convencerte —dijo él sin contradecirme.

—Sí, por favor, hazlo y si es posible, ¿crees que podrá ser en la cama?

Que sí, que mi mente decía una cosa, pero la boca la controlaba mi cuerpo y este estaba muy desesperado. Llevaba meses sin tener un hombre en mi cama y por su manera de besar, por lo que podía sentir entre mis muslos, sabía que Trent tenía el poder de volar mi mente.

—No —dijo tranquilamente Trent al mismo tiempo que me bajaba de sus brazos.

—¿No qué?

—No te convenceré en la cama. Primero hablaremos, nos conoceremos mejor y solo después, después cuando estarás convencida de que de verdad quiero esto, de que los dos lo queremos, llevaremos el asunto a la cama. No antes, Jane, antes no.

—Lo que tu digas —respondí enfurruñada.

—Volveré, mientras tanto hazme un favor y se buena —pidió él.

Antes de subir al coche me dio un beso en la comisura de la boca, iba a por uno en la boca, pero mi mal genio me hizo girar la cabeza en el último momento. Fue una pequeña venganza, innecesaria, pero algo satisfactoria.

Y se fue.

Subió al coche, me miró una vez más antes de dar la vuelta y alejarse.

Fin de la historia.

Que no volverá, eso lo sabía yo como sabía que me llamaba Jane.

∞∞∞∞

—¿Dónde está?

Miré hacia abajo y vi a la abuela a dos pasos de mi escalera, sus manos apoyadas en la cintura y su boca arrugada en una mueca de enfado. La abuela enfadada no era algo que podía ignorar, que no debía ignorar, pero llevaba desde las siete de la mañana pintando y estaba cansada, hambrienta, sucia y de mal humor.

Y para ser sincera lo que sea lo que había perdido la abuela yo no era la persona indicada para encontrar, ella sí.

—¿Qué has perdido? —pregunté de todos modos, porque estaba cansada pero no quería escucharla regañándome.

—Yo nada, tú. ¿Dónde está tu novio?

—No tengo novio, ¿recuerdas? —dije introduciendo el rodillo en el cajetín lleno de pintura.

—Trent, ¿dónde está Trent? —insistió la abuela.

—Trabajando o yo qué sé, pero si quieres saber puedo darte su número para llamarlo y así se lo preguntas tú misma.

Sentí su mirada y fui cobarde, no la miré y continué moviendo el rodillo arriba y abajo en la pared. ¡Dios! Estaba tan harta de ese blanco.

Finalmente, la abuela se fue y lo hizo comentando sobre mi educación, o sea sobre mis

fallos y viendo que la vi acercándose a su coche y aún podía escucharla es que eran muchos esos fallos.

Tres días han pasado desde que Trent se fue y aunque me esforzaba con todos mis poderes no pensar en él era imposible. Mi mente recordaba cada minuto que pasé con él, cada palabra, cada caricia.

Era una estupidez, ¿verdad? Lo odio, lo odio desde hace años y un beso no iba a cambiar eso. Ni besos, ni caricias, ni promesas. El problema era que en ese único día mi maldito corazón había tenido la oportunidad de ver un nuevo Trent y decidió que no estaba tan mal, que no sería mala idea pasar nuestras vidas envejeciendo juntos.

Intenté mantenerme ocupada pintando y solo funcionó a medias. Al principio mientras le pillaba el truco al rodillo y miraba videos en YouTube sobre cómo pintar lo conseguí, pero luego la monotonía de llenar las paredes con ese blanco soso le permitió a mi mente volver al maldito demonio que por lo visto no había terminado de torturarme.

Tuve diez años de críticas, un día de sueños y promesas que iban a tardar mucho tiempo en desaparecer. No quiero saber cómo estaría si hubiera tenido más tiempo con él, seguramente ahora estaría en mi habitación llorando.

Porque sí, ese nuevo Trent, si era de verdad, era un hombre que ninguna mujer quería perder. Haría cualquier cosa para mantenerlo a su lado y justo ahora yo decidí que yo no iba a usar trucos y engaños para conquistar así que era el fin.

¡Dios!

¿Qué pasó con Jane, la mujer que solo hace tres días tenía planes en los que no entraba ningún hombre? No podía confiar ni en mí misma, no cuando se trataba de hombres. Tal vez debería hablar con la abuela, ella sabrá que hay que hacer.

Claro que sí.

Abuela, soy incapaz de decir que no. En cuanto aparece un hombre mi sueño de ser esposa, de ser amada, me convierte en una mujer desesperada, capaz de cualquier cosa por ese hombre.

Por otro lado, era mi abuela, ella me vio crecer, me educó, así que probablemente ya lo sabía.

Lo bueno era que había terminado de pintar dos de las cabañas y a pesar de que estaba aburrida del blanco no se veía nada mal. De hecho, estaba bastante bien y no me gustada admitirlo, pero Peter tuvo razón. De esta manera podía permitirme jugar con otros colores para la cama, para los elementos decorativos.

Recogí los utensilios de limpiar, guardé los botes de pintura y satisfecha con el buen trabajo abandoné la cabaña y me dirigí a casa. En cuanto entré escuché el timbre de mi teléfono móvil.

Podía apostar mi vida a que era Aria, podía, pero no lo haría y tampoco iba a verificarlo, mucho menos contestar. He leído alguno de sus correos electrónicos y su historia de amor no me interesaba.

Bueno, fui una mala amiga y le grité. No fue su culpa, pero pedir disculpas y reconocer mi error no era fácil. No quería llamarla y contarle que me sentía como una perdedora cuando ella estaba viviendo el amor de su vida.

Iba caminando hacia la cocina cuando escuché un golpe en la puerta. Por un segundo esperé que al abrir la puerta encontraré a Trent. Maldije en voz baja y eché un vistazo al espejo que estaba al lado de la puerta.

Cabello atado arriba en lo alto de la cabeza, un par de manchas en el rostro y el cuello,

camisa con más de una mancha y pantalones cortos que una vez fueron largos y pertenecieron a mi madre.

Mi atuendo dejaba mucho que desear, pero contaba con eso para asustar al visitante indeseado. Esa era otra cosa del pueblo, nunca sabía cuándo alguien iba a aparecer en tu puerta con una cesta de fruta, con una tarta o con una pierna de cordero.

Al abrir la puerta averigüé que no era nada de comida, era peor.

—¡Hola! Olvidé esto cuando empaqueté tu pedido —dijo Peter, esto siendo un rodillo pequeño que sostenía en la mano.

—Hola, gracias —respondí alargando la mano para cogerlo, pero él lo mantuvo lejos de mi alcance.

—Pensé que tal vez te gustaría probar mi receta de pollo asado —dijo dando un paso hacia mí, por reflejo di otro atrás y fue un error. Peter aprovechó y entró—. Ya verás, es para chuparte los dedos, es la receta secreta de mi madre.

Me quedé ahí como una tonta, con la mano en el picaporte de la puerta mirando como Peter desaparecía en la cocina.

¿Había aterrizado en un mundo paralelo o qué? Esto no era normal, ¿desde cuándo los hombres llamaban a la puerta llevando consigo una cesta de picnic y empezaban a hablar de recetas secretas?

Armándome de mucha paciencia caminé en la cocina y casi la perdí toda cuando vi que Peter se comportaba como en su casa. Abriendo cajones en busca de Dios sabe que, poniendo sobre la mesa el mantel favorito de mi madre, el que guardaba para ocasiones especiales.

—Peter.

—Solo un minuto más, Jane. Ya verás que nunca más vas a querer comer pollo asado de otra manera —dijo el añadiendo los últimos toques a la mesa. Un maldito jarrón pequeño con rosas y dos velas.

No estaba de humor para sentarme y charlar, me daba la impresión de que esta noche iba a terminar mal. Tal vez conmigo en la cárcel por golpear a Peter en la cabeza con esa fuente.

—Peter —intenté otra vez.

—¡Listo! Siéntate, no se vaya enfriando.

Me miró con tanta esperanza en los ojos que no tuve el corazón para decirle que no. Recordé que más de una vez estuve en su lugar.

¡Dios! No estaba desesperada, era el nivel siguiente, casi rozando el acoso. Debería llamar a Trent y darle las gracias por gritarme esa noche, sin él todavía estaría en la ciudad acosando a pobres hombres que lo único que querían eran pasarlo bien.

El matrimonio, la fidelidad, los hijos. Todo eso era mi sueño y había estado equivocada en perseguirlo hasta convertirme en esa persona odiosa. Debería haber tenido paciencia, esperar a que el hombre aparezca y mientras tanto disfrutar de la vida.

Ya era tarde para cambiar el pasado, pero no lo era para mí. Cambiaré, aunque era lo último que haría en la vida. Tal vez incluso renunciaré al sueño.

Hace veinte años abría una revista para mujeres y encontrabas veinte artículos sobre cómo conquistar, cómo cuidar a tu pareja, cómo tener una familia feliz. En cambio, hoy hay más y más artículos sobre cómo la maternidad está sobrevalorada, como que estar en pareja está igual de bien como estar soltera.

Sí, claro.

No lo dudo, para algunos eso sería su presente y futuro, sin pareja y sin hijos, pero yo no era una de esas personas. Yo deseaba la complicidad, el amor, el saber que al llegar a casa tendré

con quien hablar, con quien compartir mi día a día. Deseaba saber que no estaba sola, que si pasaba algo alguien estará a mi lado.

¿Eso era egoísmo? Tal vez, pero como le daría lo mismo a mi pareja no parecía tan egoísta, ¿verdad? Tenía mucho que ofrecer, por ejemplo, ahora mismo en lugar de pegar dos gritos y echar a Peter de mi casa iba a probar su comida y después de unos minutos le invitaré con educación que se vaya a su casa.

Parecía fácil, pero el hombre no paró de hablar. Habló sobre su trabajo, su casa, sus caballos y el terreno que rodeaba su casa. Incluso habló sobre cuánto dinero tenía en el banco. Pero cuando empezó a contarme sobre su estado de salud ya no pude más.

Me puse de pie y por un segundo Peter se calló, pero justo cuando iba a decirle que la cena había terminado se escuchó un golpe en la puerta. Con una sonrisa falsa en la cara me disculpé y fui a abrir.

No esperaba a nadie, pero como Peter llegó de la nada me imagino que otro vecino había decidido que era el momento de hacerme una visita. Lo que no esperaba al abrir la puerta era ver a Trent.

Trent.

De pie en mi porche. Vestido de negro. Un moretón en el pómulo derecho. Un vendaje asomaba por el cuello de su camiseta.

Trent.

—¿Quién es, cariño? —preguntó Peter.

La palabra cariño igual que el tono de Peter me molestaron de tan manera que no fui capaz de notar la expresión de Trent. Debería haberlo hecho.

—Discúlpame un momento —le dije a Trent y después de cerrar la puerta volví a la cocina.

Peter estaba llenando las copas de vino a pesar de que yo ni siquiera había tocado la mía.

—¿Quién era? —repitió.

—Quien era no es de tu incumbencia —dije desde la puerta, Trent estaba justo ahí fuera, pero aun así quería mantener las distancias con Peter. Nunca se sabe cómo reacciona la gente cuando se les dice algo que no quieren oír—. Peter, no soy tu cariño, tu novia tampoco. Si recuerdas dije que no cuando me invitaste a salir y la única razón por la que no te rechacé esta noche fue porque somos vecinos y quiero llevarme bien contigo y con todos. Nos conocemos desde que éramos niños y no quiero mal rollo entre nosotros, pero entiende que no quiero salir contigo. Lo único que te puedo ofrecer es mi amistad.

Terminé de hablar y durante unos largos momentos Peter se quedó sentado a la mesa en silencio. Luego, sin medir una palabra recogió todo lo que había traído, incluso la fuente con el pollo asado, lo guardó y se fue por la puerta trasera de la cocina.

Sacudiendo la cabeza fui a abrir la puerta, lo hice sonriendo pensando en Trent. Pero él ya no estaba ahí.

En el aparcamiento no había ni un coche y a lo lejos podía ver la parte trasera del coche de Peter, pero eso era todo. No entendía porque había venido si luego había desaparecido.

Algo no estaba bien así que decidí llamarlo, pero ahí tampoco tuve suerte. Trent no contestó. No tenía sentido preocuparme por lo que pasó, además tenía una regla: si estás enfadado o enfadada conmigo me lo dices a la cara, no me echas miradas, no me ignoras, no rechazas mis llamadas.

¡A la cara!

Espera, ¿eso no era lo que me había pedido Trent hacer? No debía correr, en cambio

debía quedarme y hablar de lo que sea que me molestaba. ¡Maldita sea! Esto era demasiado complicado para mi cerebro y cuerpo que había pasado hace mucho de la parte en la que caía dormida en un instante.

Ahora estaba en esa etapa en la que me tumbaría en la cama para dar vueltas hasta caer rendida en la madrugada.

Capítulo 6

Era medianoche y cada rincón de la habitación de mis padres, ahora mi habitación, me sacaba de mis casillas. El sillón parecía un gnomo de jardín, de esos que la gente piensa que son muy monos, pero de verdad son espeluznantes. El aire entraba por la ventana abierta moviendo la cortina en un baile demasiado alegre.

Luego estaba el suelo o los muebles o Dios sabe qué era lo que crujía, un sonido áspero y agudo, que me despertaba cada vez que conseguía cerrar los ojos.

Eso era el exterior, el interior era peor. Mi mente se empeñaba en buscar una explicación al comportamiento de Trent y si no hubiera dejado a la desesperada Jane en la ciudad lo habría llamado. O tal vez algo peor, lo habría seguido para pedir explicaciones.

Pero no, estaba decidida a mantener mi promesa y no iba a ir detrás de él, aunque me mataba y créeme, la curiosidad mataba.

Por eso cuando el silencio de la noche fue interrumpido por el sonido de un coche me levanté de la cama y me acerqué a la ventana. A pesar de la oscuridad pude reconocer el coche.

Trent había vuelto.

Prometí no ir detrás de él, pero no hice ni una promesa sobre lo que haría si me lo encontraba cara a cara. Sin echar un solo vistazo a lo que llevaba puesto, un bóxer y una camiseta de tirantes, bajé las escaleras y abrí la puerta justo cuando Trent levantaba la mano para golpear.

—Te fuiste —le reproché, y sin querer mi voz expresó el dolor que ni siquiera sabía que sentía.

—Estabas con otro hombre —dijo Trent y como tardé unos instantes en replicar, continuó—. Un hombre que te llama cariño.

—Sí, y si no te hubieras ido sabrías que era un hombre que me invitó a salir y le dije que no, un hombre que deliberadamente no me entregó todo mi pedido y llegó sin avisar, que me trajo una comida que no pedí.

—¿Ves esto? —preguntó mostrando la puerta—. Es una puerta, su principal uso es mantener fuera a las personas que no queremos en nuestra casa. A mí me la has cerrado en la cara, ¿por qué a él no?

—¡Jesús, Trent! Pareces un niño pequeño —espeté empujando su pecho con la mano—. Este es un pueblo pequeño, todos se conocen, todos se ayudan. Aquí se hacen las cosas de manera diferente y quería rechazar a Peter de una manera amable, una que me permitiría ir a su ferretería sin más líos. No necesito enemigos, ni hombres que se tomen mal mi rechazo y créeme, Peter es de los que peor se llevan un no. Lo sé, él es mi versión masculina, es Peter desesperado.

—Hablaré con él —declaró Trent.

—¿Por qué no hablas primero conmigo? —pregunté.

—Dentro —dijo él, poniendo las manos en mi cintura y empujándome hacia atrás.

Entramos y él cerró la puerta con el pie, la oscuridad cayendo sobre nosotros. Había bajado corriendo y ni siquiera pensé en encender una luz, eso lo estaba pagando ahora. Sí, señor.

Verás, Trent tenía sus manos sobre mí, sus pulgares peligrosamente cerca de la parte de abajo de mis pechos, su duro pecho debajo de mis manos. Hablar era lo último en mi mente, quería algo que involucraba nuestras bocas, pero no era hablar.

—No es una buena idea —dijo Trent, pero su cuerpo decía justo lo contrario. En lugar de alejarse se acercó un poco más, esos pocos centímetros que faltaban para tener su cuerpo pegado al mío.

—Lo sé y no me importa.

—Mírame, Jane —me pidió y levanté la mirada hasta encontrar la suya—. No me conoces, crees que lo haces, pero no es verdad. Te pedí algo y cuando llegué averigüé que no te importé suficiente, que no has podido esperarme tres malditos días. ¿Sabes lo que sentí cuando escuché a ese hombre llamarte cariño? Ganas de matar, Jane, ¿y sabes cuánto tardaría en matarlo? Menos de un minuto, me llevaría más tiempo llegar hasta él que poner mis manos alrededor de su cuello y rompérselo.

—Así que sentiste celos y que sabes matar. Aunque la primera es una sorpresa la segunda no, Trent. El ejército no es exactamente conocido por sus obras de caridad —dije.

Trent sacudió la cabeza ante mis palabras, pero mantuvo su mirada y levanté las manos hasta su cara, acariciando sus mejillas.

—No te tengo miedo si eso es lo que esperabas —declaré.

—Deberías. ¡Dios, Jane! Deberías, ¿por qué crees que me quedé lejos de ti tantos años? No tienes ni idea qué siento, cómo me siento y qué podrá pasar. Esa noche en el club, esas palabras que te hirieron y te hicieron correr es nada en comparación con lo que de verdad puedo hacer.

—Me has perdido, Trent, ¿me harías daño?

—No, no lo sé. Físicamente nunca, pero podría romper tu corazón, podría herirte de tal manera que tu alma nunca se recuperaría.

No lo dudaba, pero nada de lo que valía la pena era fácil de conseguir. Tal vez era capaz de romperle el cuello a un hombre en segundos, pero yo no tenía miedo. Bueno, un poco, pero no por mi seguridad, por la de los demás.

Por la de Peter.

Tenía la impresión de que esto no iba a terminar ahora y no tenía dudas de quién sería el ganador.

—Mi trabajo es curar almas heridas, ¿recuerdas? Déjame a mi preocuparme por eso y tal vez deberíamos hablar antes.

—Eso haremos. Mañana —dijo Trent.

—Mañana —repetí mientras dejaba mis dedos recorrer el borde del vendaje—. ¿Qué te pasó?

—Mañana —dijo él.

—Estoy demasiado agitada para poder dormir, ¿por qué no hablamos ahora y me cuentas cuál es exactamente tu trabajo?

Trent asintió.

¡Trent asintió!

Ni yo misma podía creer que lo había convencido.

Poco después estaba acurrucada en el sofá, una manta cubriéndome y una taza de té en la mano. Trent no estaba tan cerca como me gustaría, pero ni una de mis miradas o indirectas consiguió acercarlo.

—Cuéntame sobre tu trabajo —le pedí.

—¿Mi trabajo? —preguntó él.

—Sí, me imagino que esas heridas son por eso, ¿me equivoco?

—No, trabajo para una empresa de seguridad privada y a veces las cosas no salen como

deben.

—O sea, a veces sales herido —continuó.

—Las he tenido peores —dijo Trent como si eso me haría sentir mejor.

—¿Seguridad privada significa que es tu trabajo es proteger algún famoso o el furgón blindado que lleva millones de dolores en las cajas fuertes de los bancos?

—Las dos y mucho más o menos. A veces es sobre proteger a una mujer en prisión —dijo y viendo mi mirada curiosa continuó—. Mi jefa es un poco peculiar y la mujer en cuestión confesó un delito cuando todos pensaban que el caso estaba cerrado. Mi trabajo fue mantenerla con vida hasta poder sacarla de ahí, no era el lugar para ella.

Sabía de quién estaba hablando, pero no lo dije ya que su voz cambió, sus ojos también se suavizaron e incluso esbozó una pequeña sonrisa. Ese fue el momento en que quise levantarme y volver a mi habitación, no quería estar ahí y escucharlo hablar sobre esa mujer.

No, no estoy exagerando.

Mi trabajo es leer las personas, sus gestos, sus expresiones, y las de Trent dejaban muy claro el hecho de que esa mujer era especial para él. Y sí, los celos son un problema para mí, no tanto como para romper el cuello a la otra en menos de un minuto, pero suficiente para saber que tengo un problema.

Es grave, nunca se lo comenté a nadie, a ninguno de mis novios, a ninguno de mis amigos. Los celos son como una enfermedad, son una enfermedad, una que no te deja vivir. Que te tortura sin darte un respiro.

La primera vez que sentí ese sentimiento tan fuerte fue con mi primer amor, no correspondido, pero amor. Cole Thatcher, era el capitán del equipo de futbol y yo estaba enamorada. Todo fue bien hasta que empezó a salir con Lisa, la presidenta del club de debate.

Recuerdo claramente ese día cuando los vi caminando juntos, el brazo de él sobre los hombros de ella. Recuerdo que mi vista se nubló, que mi primer instinto fue coger algo, lo que sea, y golpearla, a él, a ella. Daba igual, quería hacer daño y no importaba a quién.

Esa fue la principal razón por estudiar psicología, quería entender que me estaba pasando, de donde venían esos impulsos. Estuve tan avergonzada esa primera vez que no se lo conté a la abuela, avergonzada y preocupada.

Por unos momentos pensé que estaba loca, pero luego fui a la biblioteca y empecé a investigar. Claro que a los dieciséis años los libros de psicología hicieron más daño que bien. Trastornos de todo tipo, síndromes, síntomas de enfermedades mentales.

Leí esos libros y supe que no era normal, más tarde averigüé que era verdad. Mis celos, no esos infundados, no tenía el Síndrome de Otelo donde sospechaba de mi pareja por cualquier tontería, los de verdad resultaron ser bastante graves.

No iba por la vida buscando señales de infidelidad, pero los hombres tienen esa manía de seducir a otras mujeres incluso cuando tienen pareja, por lo menos los que tuve yo la desgracia de tener como novios.

Tenía una manera de lidiar con los celos, con cualquier cosa que parecía sospechosa y me funcionaba hasta que recibía la prueba definitiva. Por ejemplo, un día pillé a mi novio besando a una mujer en la puerta de su apartamento.

Ahí no había excusa ni justificación, pero sabía controlarme y me fui de ahí sin herir a nadie, ni a ellos ni a mí. Pero eso no significa que no siento celos, lo siento mil veces peor que otras personas y saber que Trent tiene sentimientos por otra mujer no es bueno, para nada bueno.

Tenía que decírselo, luego iría a mi cama a dormir e intentar olvidar los últimos días de mi vida.

—Estás callada —murmuró él.

—Estoy celosa —confesé y Trent me miró con el ceño fruncido—. Lo sé, no tiene sentido, pero tú escuchaste a Peter y reaccionaste como lo hiciste, yo escuché el afecto en tu voz, lo vi en tus ojos y no puedo. Dijiste que tu primer instinto fue de ir y romperle el cuello, pues el mío también. Eso no es normal, Trent, no lo es.

—Jane —me interrumpió.

—No, te estoy diciendo que para mí los celos son un problema y ni siquiera hemos empezado bien y estoy viendo que tienes sentimiento para otra persona. Eso es lo que no puedo aceptar, Trent, esto no acabará bien para mí y lo siento, pero no puedo arriesgarme.

—Iris, su nombre es Iris. Es una mujer fuerte, aunque ella te dirá que no. Y sí, durante el tiempo que la estuve protegiendo empecé a sentir algo por ella, pero no del tipo romántico. Es como Aria, como mi tía, es una mujer que necesita protección, eso es todo. Hubo un momento en que insinué que estaba interesado en ella, pero solo fue para molestar a su hombre. Ella es una amiga, nada más.

Aparté la mirada y suspiré.

Esto no era un desastre, era la tercera guerra mundial. Ni siquiera tuvimos una cita y estamos hablando sobre celos y otras personas.

—Mi padre —dijo Trent, pero rápidamente sacudí la cabeza.

—No, no vamos a entrar en detalles sobre los padres. De ahí no puede salir nada bien.

—¿Cómo?

—Ya he confesado que tengo un problema, Trent, y si nos metemos en discusiones profundas esto no acabará bien. Vamos a dejarlo para otro momento, si se puede para nunca sería perfecto.

—¿Qué te parece si hablamos del tiempo? Está muy bien aquí, no muy caliente durante el día, un poco fresco por la noche —dijo él haciéndome reír.

Lo nuestro no era normal, no era una historia entre dos personas que se conocen, salen, se enamoran. Empezamos con odio y durante todos esos años fuimos enemigos sin saber muy bien por qué.

No estaba mal, no del todo. Sí, teníamos un pasado no muy favorecedor, pero era algo que mucha gente no tenía. Aunque, él fue muy crítico conmigo con los demás no. Era un buen primo para Aria, era como su hermano mayor, la cuidaba. Era un buen sobrino, excepto para Francisca, su tía y él tenían una relación un poco reservada.

Siempre tuve curiosidad por eso, pero Francisca era como una caja fuerte, guardaba sus secretos como el mejor banco del mundo.

La familia de Trent era un poco extraña, Noah y Zoey eran los padres de Aria, Francisca era hermana de Noah y la madre de Trent era hermana de Zoey. Todos eran una familia feliz y algo extraña por las relaciones entre ellos. Francisca parecía más hermana de Zoey que de Noah, Trent se comportaba como si sus tíos fueran sus padres, para Aria su tía Francisca era como su madre.

Un lio, pero uno que envidiaba por todo el amor que compartían. Aunque, la relación de Trent con su madre era un misterio. A ella, su nombre era Rachel, solo la vi un par de veces. Era una mujer callada, tranquila, que se sentó en una silla durante una fiesta y no habló con nadie.

Trent me habló sobre el tiempo, luego sobre el nuevo novio de Aria. Yo le conté sobre los planes que tenía para las cabañas, sobre la abuela y el pueblo.

No estaba mal, de hecho, se sentía perfecto. Los dos sentados en los extremos del sofá, compartiendo historias. Era la primera vez en mi vida que sentía que todo estaba como debía ser.

Sabía que no será fácil, que tarde o temprano tendremos que hablar de las cosas que no queríamos compartir, que esos celos que yo sentía, que él sentía, iba a traernos problemas. ¿Qué es fácil en la vida?

La abuela solía decir que si no luchas por lo que quieres es que luego no sabes apreciarlo. Tal vez era eso, tal vez pasé todos años saliendo con esos hombres para llegar a este momento y apreciar la sencillez de estar sentada en un sofá y hablar.

Solamente hablar.

En algún momento me quedé dormida y desperté cuando el sol ya estaba arriba. No había ni rastro de Trent, por lo menos no en el sofá. Tampoco estaba en la cocina cuando fui a prepararme un café.

No fue hasta que volví al cuarto de estar para doblar la manta cuando vi la nota. Un trozo de papel sobre el reposabrazos del sofá que contenía solo una palabra.

¿Almuerzo?

Corrí arriba para ducharme ya que no tenía mucho tiempo a disposición y entre una cosa y otra tardé mucho más de lo que planeaba. Llamé a la abuela para cancelar ya que habíamos quedado para ir a una tienda dos pueblos más allá para ver algunos muebles para las cabañas. No contestó.

Llamó April para invitarme a tomar café y aunque lo encontré un poco extraño teniendo en cuenta que tenía un bebé recién nacido en casa, acepté y quedé con ella por la tarde.

Will también llamó para decirme que mañana empezaban las obras y que me necesitaba aquí, tampoco tenía otro lugar al que ir, pero de todos modos le prometí que estaría presente para el comienzo de la renovación de Mountain Lounge.

Entre llamada y llamada, entre las pocas prendas que había traído de la ciudad, ni siquiera estaba vestida cuando escuché el coche. Maldije pensando que era Trent, pero cuando miré por la ventana vi el coche de Peter.

A él también lo vi cuando bajó, caminó hasta el maletero y sacó de ahí dos cubos grandes de pintura que dejó justo ahí. Subió al coche y se fue, me costó mucho aguantar las ganas que tenía de abrir la ventana y decirle un par de cosas.

Volví a mis cosas y poco después bajaba vestida con jeans y una camisa. Tomé otro café mientras llamaba a Edwina para ver si podía pasar por mi apartamento y enviarme algunas de mis cosas, aunque pensándolo bien tal vez debería ir y empacar todo, traerlo todo aquí.

Si quería convertir este lugar en el mejor de la zona debía invertir más dinero de lo que tenía planeado y vender mi apartamento era una manera de conseguir dinero rápido. En eso estaba cuando escuché el coche y esta vez sí que era Trent.

Se había cambiado y afeitado, debería mencionarle que me gusta cuando tiene la barba de varios días. Se ve mucho más atractivo sin contar con el hecho de que quería sentirla sobre mi piel.

Al parecer en mi cabeza solo había una cosa y no sería mala idea hacer algo al respecto. Y pronto.

—Hola, dormilona —saludó Trent cuando abrí la puerta.

—Hola tú —dije ignorando lo que mi mente decía y obedeciendo a lo que quería mi corazón y mi cuerpo.

Di un paso adelante, luego otro hasta quedarme enfrente de él y puse las manos sobre los hombros de Trent. Lo besé. Me besó. Nos quedamos sin aliento, mis piernas se debilitaron y gracias a que él me sujetaba pude seguir de pie, paramos para respirar, empezamos de nuevo.

—Creo que la última vez que tuve una sesión tan larga de besos fue en el instituto —dije

y solo cuando pronuncié las palabras me di cuenta de lo que había dicho—. ¡Dios, no! No es que salto a la cama en la primera cita, pero soy muy maniática con los besos.

—Define maniática —pidió Trent, que no se veía tan falto de aliento como yo.

—Es una tontería, un pequeño trauma desde mi primer beso con lengua. Normalmente paso de la etapa de los besos —dije sin querer entrar demasiado en detalles.

—Tan mal, ¿eh?

—Has dicho algo de almuerzo, ¿verdad? Vamos que me estoy muriendo de hambre — dije alargando la mano para recoger mi bolso de la mesa de la entrada.

Caminé hacia el coche de Trent escuchando su risa que ahogó en el instante que giré la cabeza y lo miré. Era bueno saber que mi mirada funcionaba, hasta ahora nunca lo hizo con él.

Nunca.

Me detuve antes de subir al coche y miré a Trent con los ojos entrecerrados. Él me devolvió la mirada, intrigado.

—¿Ahora qué? —preguntó.

—Todos esos años, todas las veces que te miré mal o te respondí a las críticas con insultos o maldiciones ni siquiera te inmutaste. Y ahora, ahora lo haces. ¿Cómo es eso posible?

—Sencillo, Jane —dijo él acercándose, su mirada en la mía—. Hace años no quería llevarte a la cama.

—Pero dijiste...

—Déjame reformular, quería llevarte a la cama, pero no estaba preparado para admitirlo o para que tú lo supieras. Ahora, sube antes de cambiar de opinión y llevarte dentro.

Dentro sonaba muy bien, pero no había comido nada y quería la primera vez con él que fuera especial, no necesitaba morir de hambre. Así que subí al coche, pero primero me acerqué a Trent y le susurré al oído lo que le dejaría hacerme si me llevaba dentro.

Era mi pequeña venganza por todas sus críticas del pasado y era la primera de muchas. Iba a vengarme, sí, señor. Trent me miró con los ojos oscurecidos por la lujuria.

—Voy a recordar eso y, Jane, tengo muy buena memoria —murmuró él.

Le sonreí ya que contaba con ello.

—Necesito llamar a la abuela —dije una vez sentada en el asiento del coche y sin esperar una respuesta de Trent hice la llamada.

La abuela no contestó y guardé el teléfono, más preocupada que antes.

—¿Está todo bien? —preguntó Trent.

—No lo sé, ella siempre contesta al teléfono. Nunca se separa de él, se lo lleva incluso al cuarto de baño por si le pasa algo o si pierde una llamada importante.

—Vamos a verificar si está bien —propuso él.

Asentí sabiendo que no podría irme a comer tranquila sin noticias de ella. Le di la dirección a Trent y en menos de cinco minutos aparcaba enfrente de la casa.

Respiré aliviada cuando no vi el camión de bomberos o la ambulancia ahí, eso significaba que no tuvo lugar ni un accidente.

—¿Abuela? —llamé después de abrir la puerta.

Trent estaba justo a mi lado, pero ni siquiera me di cuenta de que me había cogido la mano. Lo hice cuando me la apretó con fuerza y me giré para mirarlo.

—¿Qué...?

La pregunta se quedó en el aire cuando Trent me soltó y entró rápidamente en el pequeño cuarto de estar de la abuela.

Entonces la vi. La abuela tumbada en el suelo, sus zapatos favoritos en sus pies. Eso

zapatos de color morado que eran un espanto, que ahora mismo era lo único que podía mirar.

No podía levantar la mirada hacia el pecho de la abuela para ver si respiraba. No podía mirar su rostro y ver si sus ojos brillaban con vida. No podía.

Pero Trent sí. Aunque tenía la mirada fija en los zapatos de la abuela sabía que él se acercó y tomó su pulso.

—Está viva. ¡Llama a una ambulancia!

¿Qué ambulancia? Estábamos a media hora del hospital más cercano y eso si presionabas el acelerador arriesgando una multa. No iban a llegar a tiempo.

Por eso llamé a Jett. Él estaba a dos minutos caminando, uno si venía corriendo.

—Jett, algo le ha pasado a la abuela —dije al teléfono.

Y en un minuto, un largo minuto, Jett llegó. Me bloqueé, simplemente me quedé ahí de pie mirando a Jett y a Trent, mirando cómo ellos dos trataban de salvarle la vida a la abuela. No estaba segura si iban a conseguirlo, ya estaban con la reanimación cardiopulmonar.

Eso era malo y se puso peor cuando Jett sacó de su maletín un desfibrilador. No sé qué pasó, no sé cuánto tiempo pasó, yo solo mantuve la mirada en los zapatos.

—Ven, Jane, tenemos que ir al hospital —dijo Trent y levanté la mirada hacia él ya que los zapatos ya no estaban.

—¿La abuela? —susurré.

—El helicóptero la lleva al hospital, Jett está con ella.

¿Helicóptero?

No pregunté, asentí y dejé a Trent llevarme a donde sea que quería llevarme.

¿Al hospital, al infierno? Daba igual para mí. Sabía que la abuela tenía una edad, que cualquier día podría pasar, lo sabía, pero no estaba preparada.

No tenía a nadie más.

A nadie.

Capítulo 7

La mayoría de las personas odia los hospitales, pero yo no. Trabajé como voluntaria en uno durante la universidad y me encantó. El olor, el ajetreo, el personal. ¡Dios! Los médicos y las enfermeras que salvaban vidas incluso cuando ya no quedaban esperanzas.

Mi trabajo necesitaba un poco más de esfuerzo y tiempo, de paciencia también. Para ellos todo era fácil, podían ver el problema y tratarlo, el cuerpo humano no tenía tantos secretos como la mente.

Ahí necesitaba la colaboración del paciente y aunque ellos entraban en la consulta, se sentaban en el sofá y declaraban que querían ayuda no siempre era verdad. Tenía que esperar hasta cuando ellos tomaban la decisión de dejarse ayudar.

A veces envidiaba a los médicos, ellos lo tenían tan fácil y hoy aún más, solamente tenían que tratar el cuerpo de la abuela ya que su mente estaba bien, ella quería vivir.

Yo la necesitaba viva.

Sentada en otra de esas sillas duras miraba a nada. En la sala de espera no había nada que mirar, excepto sillas, paredes vacías y blancas. No había enfermeras o médicos corriendo de un lado a otro, ni niños gritando o llorando, ni hombres o mujeres esperando.

No había nada, solo yo, solo mi dolor.

Y Trent.

Estaba a mi lado en silencio, sin tocarme ya que la primera vez que quiso coger mi mano no lo dejé. Quité mi mano de la suya tan rápidamente, tan inesperadamente que Trent no volvió a tocarme.

Ni yo misma sabía porque no lo quería tocándome, no, es mentira. Lo sabía. Tenía miedo. Cuando mis padres fallecieron tuve a los abuelos que me amaron y cuidaron, los tuve para amarlos, para ser mi familia.

Casi no sobreviví a sus muertes, pero tuve a la abuela que me abrazó todas las noches mientras me quedaba dormida llorando. Y si la abuela moría ahora no quería a Trent conmigo. No quería amarlo. No quería amar a otra persona que un día morirá. No quería sentir de nuevo ese dolor.

De repente, Trent se levantó y se marchó.

No lo llamé, si quería irse era mejor, me ahorra el momento incomodo cuando le diría que no quería seguir con lo que sea que había entre nosotros. Pero no se fue, volvió poco después con dos tazas de café.

—¿Café? —preguntó y asentí tomando la taza.

—Gracias —murmuré, evitando su mirada.

—¿Quieres que llame a Aria? Sabes que se va a enfadar si se entera —dijo Trent.

—No lo hará si tú no se lo dices.

Eso puso fin a la conversación.

Lo sé, me estaba comportando como una perra cuando él no hizo nada malo, pero no podía permitírmelo. No podía amar, simplemente no podía.

—Deberías irte —dije.

—Irme —repitió Trent.

—Sí, no hay nada que puedas hacer aquí y tampoco conoces a la abuela. No hay razón para ti quedarte.

—¡Jesús Cristo! —exclamó él y agarrando mi barbilla con sus dedos giró mi cabeza—. ¿Sabes, Jane? Es por esto que no hice un movimiento antes, lo vi en tus ojos, en tu actitud, en cada pequeña cosa que hacías. Sabía que necesitabas un hombre fuerte a tu lado y yo en ese momento no era suficientemente fuerte, pero ahora sí. Y si crees que me vas a alejar con tus crisis y traumas te equivocas, así que dime que me vaya cuantas veces te da la gana. No te dejaré.

Había tantas cosas en sus palabras que necesitaban una réplica, pero me quedé con una.

—¿Necesito un hombre fuerte? —espeté jalando mi barbilla de su agarré—. Ahí es donde tú te equivocas, yo no necesito a ningún hombre. ¿Quiero uno? Sí, pero querer no es necesitar.

—¿Estás segura de eso? —preguntó y asentí—. Entonces, dime por qué no reaccionaste cuando viste a tu abuela en el suelo. Dime, Jane.

Eso era un golpe bajo y lo sabía, era algo que el Trent de antes hacía. Me hería con sus palabras, pero esta vez no le saldría.

—Porque pude. Porque tú estabas ahí y sabía que ibas a cuidarla, a cuidarme. Siempre has sido un idiota, Trent, uno que no quise cerca de mí, pero eso no significa que no confío en ti. Sabía que cualquier cosa que pasaría tú sabrías arreglarlo, pero si hubiera estado sola lo habría

hecho igual de bien. Así que no me vengas con...

—¿Jane?

La voz de Jett interrumpió mi discurso y en cuanto lo he visto quise ponerme de pie, pero mis piernas estaban temblando y sabía que no había manera de hacerlo. También me di cuenta de que no quería escuchar lo que Jett tenía que decir.

No quería así que me quedé sentada, callada y mirando al chico que nunca pensé que se graduaría del instituto, al chico que ahora era un hombre, un médico.

—Caroline está bien —dijo él y cerré los ojos con fuerza, respiré profundamente y estaba a punto de echarme a llorar de alegría cuando sentí una mano tocando la mía.

Abrí los ojos pensando que era Trent, pero era Jett que se había agachado enfrente y me miraba preocupado.

—Dijiste que está bien —declaré.

—Lo está, tuvo un infarto más fuerte que el del año pasado. Es grave, Jane. Si pasa de esta noche tendrá que cambiar totalmente su vida, tendrá que seguir mis indicaciones a pie y letra, a tomar sus medicaciones y no ponerme excusas tontas como que le provocan somnolencia y que no puede conducir. Necesitas...

Jett se calló cuando levanté la mano pidiendo silencio.

—¿La abuela tuvo un infarto el año pasado? —susurré.

—Sí, estuvo ingresada una semana, incluso contrató una enfermera durante unos meses y nos contó que tú estabas fuera del país y por eso no podías venir.

Hace un año.

Estuve a punto de perderla y no lo supe. Sé exactamente cuándo pasó, pero me creí sus mentiras igual que lo hizo Jett. No vivimos en la misma ciudad, pero hablamos a diario. Por la mañana nos enviamos mensajes de texto o audio, a mediodía si almuerzo en la oficina hacemos videollamadas, por la noche nos llamamos solo para decir buenas noches.

Un día, era jueves, lo recuerdo porque fue el día que pillé a mi novio besándose con su secretaria, ese día no contestó cuando la llamé a mediodía. Recibí un mensaje horas después en el que me decía que estaba con su amiga horneando galletas para la fiesta de graduación del sobrino de no sé quién.

Durante tres días hablamos solo por mensajes y el primer día que me llamó la noté diferente, pero de nuevo me dejé engañar. Ella solo estaba cansada, no le pasaba nada, no estaba enferma.

Pero sí que lo estaba, tuvo un maldito infarto mientras yo estaba perdiendo mi tiempo, mi precioso tiempo, con un montón de hombres idiotas buenos para nada. ¿Buscando qué? Buscando el amor de un desconocido cuando mi única familia, la única persona en este mundo, sangre de mi sangre, se estaba debatiendo entre la vida y la muerte.

¿Para qué diablos necesito el amor? ¿Para qué?

—Lo siento, Jane, pensé que lo sabías —dijo Jett.

—No, no sabía nada, pero ahora sí y la cuidaré. No te preocupes por eso, la abuela hará todo lo que le recomiendas, te lo prometo.

Era una promesa que no sabía cómo iba a cumplir. Si la abuela no quería hacer algo no había manera de convencerla, mira lo que fue capaz de hacer para impedirme averiguar de su infarto. Mintió cuando mentir es una de las cosas que más odia en el mundo.

—Una enfermera te llevará a verla, pero solo unos momentos. Ve a casa y descansa, a partir de mañana podrás empezar con la labor de cuidarla y ya sabes que será difícil —continuó Jett.

Le agradecí su ayuda y Jett se marchó asegurándome que la abuela estaba en buenas manos. La enfermera no tardó mucho en venir y mientras caminaba detrás de ella hacia la habitación de abuela me preguntaba cómo iba a cuidar a la abuela y renovar las cabañas al mismo tiempo.

Tenía que renunciar a la reforma, la abuela era todo lo que tenía y no iba a desperdiciar el tiempo que nos quedaba. No importaba si eran tres semanas o tres años, las cabañas seguirán ahí.

Cuando vi a la abuela tan frágil, tan pálida en esa cama de hospital me di cuenta de que tal vez tres años era demasiado esperanzador. Toda esa vitalidad, su energía, el brillo alegre de su mirada, todo fue borrado dejando atrás lividez, fragilidad.

Y desesperación, y arrepentimiento, y culpabilidad.

Con lágrimas en los ojos me acerqué a la cama y le prometí que estaré a su lado, que nunca más tendrá que decirme adiós, que volveremos a ser una familia, que la cuidaré. Eso haré, la cuidaré, algo que debería haber hecho mucho antes.

Al salir de su habitación fui directamente a buscar a Trent. Ahora no era el momento de relaciones, no tenía ni el tiempo ni la paciencia. El corazón tampoco.

Él estaba de pie en la sala de espera y se acercó cuando yo me detuve en la entrada sin hablar.

—¿Cómo está? —preguntó.

—Durmiendo.

—Bien. Y ahora es el momento en que me dices que debería irme, ¿verdad, Jane?

Miré sus ojos verdes, su cabello que ahora sabía que era tan suave como parecía, su nariz que nunca sabré como se lo había roto, su barba que nunca sabré como se siente sobre mi piel, si araña o cosquillea.

—Trent, vamos a olvidar por un momento cómo nos conocimos, los años de enemistad, vamos a decir que podemos olvidar todo eso y empezar algo. No eres una persona fácil de conocer y llevar, yo tampoco. Tienes tus secretos yo también. ¿Y traumas? Yo sé que las tengo y metería la mano en el fuego que tú también. Con todo eso una relación está condenada desde el principio, no hay ninguna posibilidad de que esto vaya a funcionar. Luego está la abuela que es mi única familia y quiero pasar todo el tiempo con ella. Lo nuestro es imposible, imposible y una pérdida de tiempo.

—Y crees que la mejor solución es renunciar —dijo él.

Asentí mirándolo con los ojos entrecerrados, algo en su actitud no estaba bien, pero no sabía muy bien qué. Estaba a dos pasos de mí, las manos en los bolsillos de sus jeans y su rostro tenía una expresión indescifrable.

—Vale, ignoramos el pasado, ignoramos la atracción que sentimos, fingimos que no sabemos que lo nuestro será lo mejor que nos ha pasado en la vida, ¿crees que podrás vivir con eso, Jane? ¿Podrás vivir el resto de tu vida sola sabiendo lo que pudo haber entre nosotros? ¿Serás capaz de casarte y tener hijos con otro hombre? Vale, me alegro por ti, pero deberías saber que yo no podré hacerlo, que serás tú y nadie más. Cuida a tu abuela, cástate, haz lo que te da la gana, pero recuerda que para mí eres el amor de mi vida, que te quiero a ti y a nadie más, que nadie puede reemplazarte en mi vida o en mi corazón. Se feliz, Jane, espero que seas tan feliz como yo te hubiera hecho.

¿El amor de su vida?

¿Yo era el amor de Trent?

Mientras lo escuchaba hablar me parecía que estaba soñando, ni una de sus palabras parecían reales y mucho menos cuando se agachó para besar mi boca, suave y corto, o cuando se

alejó.

Se estaba marchando.

Claro, eso es lo que le había pedido. Yo era la que no lo quería en su vida y él me estaba dando lo que yo deseaba. Soledad.

Claro, eso era lo que deseaba. Soledad, tranquilidad para cuidar a la abuela.

¿Pero de verdad quiero eso? Quiero pasar día y noche cuidándola, preocupándome, sin nadie con quien compartir mis miedos y mi dolor. Quiero, no, eso no es lo que yo quiero.

Eché a correr antes de darme cuenta de que había tomado la decisión. Corrí a través de los pasillos del hospital sin encontrar a Trent y no fue hasta que llegué fuera que lo vi. Lejos, al otro lado del aparcamiento a punto de subir a su coche y estaba tan lejos que sabía que no iba a poder llegar a tiempo.

Mi mano fue a buscar mi bolso y no estaba, pero en el bolsillo de los jeans encontré el teléfono y mientras oía el tono de llamada recé. Y recé. Él descolgó y no le di tiempo a decir nada.

—Soy una cobarde y una quejica, soy lo que más odio en la vida. No quiero olvidar nada de estos diez años, ni ese tono de voz tan frío que usas solamente cuando hablas conmigo, ni esas miradas que me echabas cuando creías que no te estaba viendo. No quiero vivir el resto de mi vida preguntándome que hubiera pasado. No quiero vivir sin saber cómo se siente al hacer el amor contigo. No quiero vivir con miedo, Trent, pero está en mí, en mi mente y en mi corazón. Ahora te estoy diciendo que quiero lo que me estás ofreciendo y mañana entraré en pánico y te echaré de mi vida, te diré que no puedo, que hay cosas más importantes que tú en mi vida. ¿Puedes vivir así, Trent? ¿Tendrás paciencia conmigo? Es ahora o nunca, esa soy yo, cobarde y quejica y desesperada. No quiero escucharte decir dentro de unos años que no puedes vivir con una persona así, yo...

El resto de mis palabras fueron ahogadas por el beso de Trent. Mientras hablaba lo estaba viendo caminar hacia mí, el teléfono a su oído, y estaba demasiado oscuro para poder ver sus ojos así que no tenía ni idea a lo que venía.

Pero me besó y eso significaba que sí, que no todo estaba perdido y que nos íbamos a dar una oportunidad, ¿otra?

—¿Quieres escuchar ahora lo que sentí la primera vez que te vi? —me preguntó, su boca dejando pequeños besos sobre mis labios.

—¿Puedo decir no?

—¿No? —inquirió con el ceño fruncido.

—¡No! Quiero poder disfrutarlo y ahora mismo estoy demasiado cansada. Quiero —suspiré.

—Quieres rosas y velas, música. Quieres romance. Te lo mereces y eso es lo que tendrás.

—Sabes que estamos jodidos, ¿verdad? —pregunté.

—Claro que lo sé, tendremos un montón de peleas y drama, pero mucho más de lo bueno. Tendremos risas, caricias, besos y amor. Ya lo verás.

Por un momento lo miré a los ojos y me imaginé nuestra vida juntos. Mi sueño eran las risas, los besos y el amor, no las peleas, el dolor y el enfado. Eso nunca lo había visto con mis padres, su amor era fácil y dulce y eso era lo que había deseado, pero tal vez no era lo que estaba destinado para mí.

Lo tuve un par de veces, no exactamente todo, pero casi todo y no funcionó. Ollie era dulce, tranquilo, tenía un buen trabajo y me amaba. Perfecto, ¿verdad? Durante los seis meses que duró nuestra relación me aburrí de muerte, bueno, al principio no. Fue después de los

primeros tres y aguanté otros tres solo porque estaba siendo cabezota y pensaba que podía cambiarlo.

Con Trent es diferente, ya conozco todo lo malo, he visto su lado más feo y no me he asustado. De aquí adelante solo queda la parte buena y esperar, rezar, para que no se vaya asustando con mis manías.

—Drama y amor, suena bien —murmuré, poniéndome de puntillas para besarlo.

Después del beso caminamos hacia el coche y a la mitad del camino Trent se detuvo y me levantó en los brazos. Según él me estaba quedando dormida de pie y la verdad es que estaba tan bien ahí que no comenté. ¿Para qué hacerlo si me sentía a salvo, si sabía que tenía a mi lado a alguien fuerte que iba a cuidarme?

Ni hace falta decir que no recuerdo ni llegar al coche ni el camino hasta la casa. Recuerdo estar calentita y escuchar a Trent maldecir, al abrir los ojos vi que estaba en los brazos de él y en mi porche.

Trent estaba haciendo algo que mi cerebro adormilado no podía entender.

—¿Trent? —susurré.

—Las llaves, nena, ¿dónde tienes las llaves?

—Ah, eso. Seguramente están dentro —dije.

—Dentro del bolso no están, Jane, créeme, las he buscado.

—Dentro de la casa —rectifiqué e incluso a medias dormida pude ver que estaba perdiendo la paciencia—. En el tercer tiesto hay una llave, en el segundo pillar del porche hay un hueco en la base y vas a encontrar otra llave. Luego...

—Con una tengo suficiente, ¿puedes mantenerte de pie? —preguntó y asentí.

Me puso de pie, encontró la llave en la base del pillar y lo vi sacudiendo la cabeza con incredulidad antes de abrir la puerta. Entramos, pero mientras que yo me dirigía hacia las escaleras Trent se quedó en la puerta.

Me detuve antes de subir y me giré.

—¿Vienes?

—Jane...

Caminé de vuelta hasta él, puse las manos sobre su pecho y lo miré a los ojos.

—No quiero estar sola esta noche, necesito saber que hay alguien más en mi vida aparte de la abuela, alguien a quien le importo. Solo quiero dormir abrazada a ti, pero si eso es algo que no puedes hacer creo que podré aguantar unos tres minutos despierta. ¿Crees que será suficiente para ti? Aunque yo...

—¡Cállate, Jane!

—¡¿Tú?! —Abrí la boca, pero nada más salió. Tampoco tuve tiempo ya que Trent me agarró la mano y me llevó hacia las escaleras.

Lo seguí como un robot hasta llegar arriba y justo al entrar en mi dormitorio me di cuenta de que el cansancio había desaparecido. La idea de tener a Trent en mi cama era más que suficiente para olvidarme de todo.

Recuerdo la primera y única vez que lo vi desnudo, bueno, vestido en bañador. Fue un año después de conocernos en la fiesta de cumpleaños de Aria, era una fiesta a las orillas de un río y todos íbamos en bañador.

Y Trent era para morirte de placer solo con mirarlo. Alto, cuerpo con músculos definidos, delgado con abdominales marcados. Tropecé cuando lo vi ya que me quedé hipnotizada al verlo y no miré por donde caminaba.

Tropecé y rompí mi muñeca. Fue él quien me dio los primeros auxilios, me vendó la

muñeca y me regañó por no prestar atención. Claro que no sentía ni dolor ni nada, sus palabras por primera vez no tuvieron ni un efecto sobre mí, tenía su pecho desnudo al alcance de mis manos y mis dedos hormigueaban con el deseo de tocar su piel y ver si era tan suave como parecía.

Entramos en la habitación y cuando él encendió la luz volví a la realidad, dejando atrás al chico culpable de que mi muñeca dolía cada vez que estaba nublado. Han pasado muchos años y aunque no he vuelto a verlo desnudo su ropa no podía esconder su cuerpo.

Sabía que seguía de la misma manera, músculos duros debajo de la camiseta, y también sabía que no había manera de poder aguantar sin tenerlo ahora.

—Apaga la luz —le pedí mientras empezaba a quitarme la camiseta.

Trent no solo que no apagó la luz, también puso sus manos sobre las mías deteniéndome. Me quedé con la camiseta subida hasta mis pechos.

—Vas a dormir, Jane, y yo también.

—Pero yo...

—Tú nada, vas a dormir y en otro momento, en uno cuando no estarás durmiendo de pie haremos todo lo que te está pasando por la cabeza y recuerda esto: no serán tres minutos.

—Vale, no lo olvidaré —prometí y él sonrió de una manera que hizo mi cuerpo vibrar de una manera que nunca lo hizo.

Ni siquiera quería imaginarme cómo sería más de tres minutos con él, además apostaría a que él era uno de esos hombres que podían seguir toda la noche, esos hombres que parecían un mito.

Terminé de quitarme la ropa en el cuarto de baño y cuando volví al dormitorio Trent no estaba ahí. Me tumbé en la cama pensando que volvería y para ser completamente sincera tampoco me preocupé.

En el fondo sabía que estaba ahí conmigo ya que me había prometido abrazarme mientras dormía y él siempre cumplía sus promesas. A mí no, nunca me lo prometió, pero me lo contó Aria.

Trent era honesto y correcto como casi no quedaban personas en el mundo, será por eso que nunca entendí su manía de meterse conmigo. Por lo visto se quedó en ese momento en el que los chicos se portan mal con las chicas que les gustan, esos niños que te tiran del cabello en el patio del colegio porque no saben cómo decir que les gustan.

Maldita estupidez.

Tuve uno de esos en el colegio, un niño de diez años que pensaba que si me tiraba de las coletas, que si me tiraba la comida o me empujaba por los pasillos iba de alguna manera adivinar que le gustaba y que iba a ser mi pareja para el baile de fin de curso.

La mente de los chicos, de los hombres, siempre fue un misterio, seguía siendo un misterio. A veces pensaba que conseguía descifrar la manera en que funcionaba y luego comprobaba que no, que solo había tenido suerte durante un breve momento para entender qué diablos le estaba pasando por la cabeza.

Me estaba quedando dormida cuando sentí a Trent meterse en la cama y acurrucarse a mi espalda. Me dormí en sus brazos y lo hice sonriendo porque, aunque tenía miedo de lo que podría pasar entre nosotros también sabía que Trent no iba a herirme.

Era extraño, ¿verdad? Tenía más miedo a lo que podía hacer yo porque en la oscuridad, en el silencio de la noche, podía ser honesta conmigo misma y reconocer que saboté cada una de mis relaciones.

Yo.

La mujer que decía alto y claro que quería un amor verdadero, un hombre para empezar una familia y envejecer juntos. La mujer que llegó a hacer cosas que estaban a un paso de ser ilegales solo para conquistar a un hombre.

Sí, yo.

La misma mujer que encontraba razón tras razón, uno más estúpido que otro para romper con su novio.

Que todavía estaba viviendo con la madre. Que tenía un trabajo mal pagado. Que se había estancado en la misma posición en la empresa y ni siquiera se esforzaba para conseguir una promoción. Que al reír hacía un sonido parecido al gruñido de un animal y no quería la misma risa para mis hijos.

Que si eso, que si otro. Al final ni uno fue demasiado bueno para mí. ¿Será porque en el fondo sabía que había un solo hombre para mí? ¿Será que ese sentimiento tan fuerte que sentía por Trent desde el primer momento no era odio?

¿Será que estaba enamorada de él, pero no quería admitirlo?

Capítulo 8

—Nena, despierta.

Abrí los ojos al escuchar la voz de Trent y lo encontré sentado en la cama mirándome. Su pecho desnudo, su cabello despeinado y su boca tan apetecible que en cuanto lo miré quise agarrarlo y besarlo.

Anoche me dormí tan rápido que no tuve tiempo de disfrutar ni siquiera de un abrazo. Me hubiera gustado despertar antes que él y aprovechar por un poco de tiempo de su cuerpo tumbado a mi lado.

Pero él estaba despierto y en mi cabeza ya habían vuelto los eventos de ayer. No importaba cuánto deseaba pasar el día en la cama con Trent debía ir a ver a la abuela. Sabía que estaba bien, de otra manera me hubieran avisado los médicos.

Y luego estaba el ruido.

—¿Qué diablos es ese ruido? —pregunté mirando hacia la ventana.

—Esos son dos camiones, una excavadora, cinco camionetas y una moto —dijo Trent.

—¡Jesús! Olvidé que hoy empiezan las obras —dije echando a un lado las sábanas y poniéndome de pie—. Necesito, espera, tengo que ir al hospital. No puedo estar aquí.

—Hey, tranquila —susurró Trent colocando las manos sobre mis hombros.

El peso de sus manos sobre mis hombros desnudos, su calor me distrajo durante un breve momento. Respiré profundamente mientras llegaba a la conclusión de que la reforma tenía que esperar.

—Voy a bajar y cancelar todo —dije triste.

—¿Por qué harás algo así? Tu abuela está bien y sé cuánta ilusión te hace reformar las cabañas y reabrir el negocio de tus padres.

—No puedo hacer las dos cosas, Trent, mejor dicho, las tres. La abuela, tú, la obra. Sé que las mujeres somos capaces de muchas cosas al mismo tiempo, pero ese no es mi caso.

—Déjame ayudarte, con Caroline, con la obra —propuso Trent.

¿Podía hacerlo? Sí, podía decir que sí y condenar a nuestra relación que ya estaba bastante condenada. He perdido la cuenta de las parejas que vinieron a la consulta después de reformar la cocina, parejas que llevaban tres, trece o treinta años juntos.

Las obras en pareja eran una maldición, no había camino más rápido hacia un divorcio que una obra. A veces incluso pintar o colocar unas nuevas cortinas desencadenan ese trágico final.

La pregunta era si quería arriesgar la relación.

—Puedo ver cómo tu mente gira y gira —dijo Trent acariciando con su índice mi ceño fruncido—. Todo saldrá bien, me has contado lo que quieres hacer y estoy seguro que lo tienes todo planeado y organizado. Lo único que tengo que hacer es seguir tus instrucciones y asegurarme de que los obreros hacen lo mismo. No voy a meterme en nada más, tus cabañas, tu plan, tu obra.

—Me gustaría saber cómo es que puedes leer mi mente —murmuré.

—Es mi poder secreto, ahora dame un beso mientras voy abajo a preparar café. Luego nos pondremos con los detalles.

Le di el beso pedido que no fue más que un toque suave de labios y entré en el cuarto de baño de donde salí minutos después preparada para afrontar el día. De alguna manera me sentía

bien, tenía confianza en el futuro, en mi misma, en que todo saldrá bien.

Vestida con unos jeans y una camisa bajé a la cocina donde Trent había preparado algo más que café.

—Puedes cocinar, estoy impresionada —dije cogiendo una taza de café de la mesa y tomando un sorbo, era demasiado dulce para mí.

—No deberías, solo sé preparar huevos y tu café está sobre la mesa —dijo poniendo los huevos en los platos.

Dejé la taza en el mismo lugar y lo miré mientras intentaba darme cuenta de que significaba eso. Compartir vasos, tazas o platos es algo normal entre parejas, pero por los hombros tensos de Trent y la mueca que tiene en su rostro diría que él no lo consideraba tan normal.

Me gustaría saber que piensa sobre el sexo oral, porque en serio, ¿puedes hacer una cosa y la otra no?

—Jane, siéntate. Uno de los hombres me dijo que el jefe estará aquí en quince minutos —dijo Trent mientras ponía los platos sobre la mesa. Luego fue hacia la encimera, cogió otra taza y la llenó con café.

Justo lo que yo temía, nada de sexo oral para mí. ¿Podría vivir sin esa parte? Tal vez sí, tal vez no. Suspirando me senté a la mesa y él me echó una mirada confundida.

—Estoy haciendo una lista de las cosas que odias y por lo visto compartir vaso ocupa el primer puesto —dije.

—No es algo con que estoy muy comfortable así que apreciaría si en el futuro no lo hicieras —declaró Trent.

—Ya —murmuré metiendo el tenedor lleno de huevos en la boca para mantenerme ocupada, sabía que me faltaba muy poco para preguntar y en serio, no tenía tiempo de discutir ahora mismo.

Comí rápidamente mientras intentaba asegurarme de que el sexo oral no importaba, de verdad, no importaba. Estaba tan ocupada que no me di cuenta de la manera en la que me miraba Trent.

—Jane —me llamó.

Me había levantado de la mesa y estaba enjuagando mi plato cuando lo escuché y me giré.

—¿Sí?

—Si recuerdas ser ignorado está también la lista —dijo él.

—No te estoy ignorando —me apresuré a añadir.

—Claro, por eso cambiamos justo dos palabras durante el desayuno —gruñó él.

—Han pasado muchas cosas y todavía estoy cansada, será por eso —mentí, aunque era una mentira a medias y lo malo es que él lo sabía.

¿Cómo? Ni idea, pero lo sabía. Lo vi en la manera en la que me miró, en la que se puso de pie y se acercó. Si hubiera podido creo que habría echado a correr. No por miedo, vale, era miedo, pero no de que iba a hacerme daño. Era miedo por la intensidad de su mirada, esa que prometía un castigo por mentir, un castigo que iba a disfrutar.

¿Cómo sabía yo eso?

—Estás cansada y has pasado por muchas cosas, por eso no estás sobre mis rodillas con el trasero rojo —dijo Trent y aunque mi mente estaba horrorizada por la mención de castigo físico, mi cuerpo estaba más que intrigado.

Que sí, lo confieso. Yo también lo probé, tuve mi momento de locura después de leer una

cierta trilogía y quise probar. ¿Cómo diablos se llamaba mi novio en ese momento? Ian algo, ¿o era Dan? En fin, el asunto es que lo intentamos, pero fue un desastre.

Lo único en lo que podía pensar era en incendios, en terremotos y en cualquier otro desastre que podría pasar mientras yo estaba atada ahí desnuda. Mi imaginación tomó el camino equivocado, en lugar de concentrarse en lo que estaba pasando en la habitación justo en ese momento estaba buscando el peor escenario.

Uno que terminaba conmigo atada y desnuda mientras el edificio ardía o se caía, claro que en cada uno de esos escenarios mi novio echaba a correr en el primer momento. Todo el asunto duró poco más de tres minutos y menos de quince. No hace falta decir que al día siguiente estaba buscando otro novio.

Ahora mi cuerpo reaccionó a la amenaza de Trent y mi mente traicionera me envió imágenes de eso, de mí, de él. El temblor de mi cuerpo no le pasó desapercibido a él y tragué en seco al ver como sus ojos se llenaban de lujuria.

—Esto no tiene sentido —murmuré.

—Sí lo tiene, miéntame otra vez y lo verás —amenazó Trent atrapándome entre su cuerpo y la encimera.

—No eso, el otro. Te gusta el sadomasoquismo, pero no el sexo oral. Eso está totalmente fuera de lo normal.

—¿Qué no me gusta? No estoy seguro si quiero saber cómo llegaste a esta conclusión —dijo él.

—Es que no te gusta compartir tu taza y si eso te da asco me imaginé que de lo otro ni hablar.

—¡Jesús! Todos tenemos manías, pequeñas o grandes, y estos primeros días es para eso, para aprender lo que le gusta y lo que no al otro. Deja mis tazas y vasos en paz. Y deja de preocuparte por el sexo, te prometo que no hay nada de qué preocuparse ahí.

—¿Seguro? —pregunté, arrepintiéndome en el mismo momento en que la palabra salió de mi boca.

—Seguro, y si hubiéramos tenido tiempo te lo mostraría, pero creo que te lo puedo contar, ¿quieres escucharlo? —preguntó, y tonta de mí asintió.

Trent acercó su boca a mi oído y me contó. Cerré los ojos hipnotizada por su voz, por las imágenes que tomaban forma en mi mente, por la vibración de mi cuerpo. Mis manos agarraban con fuerza su camiseta, mi frente descansando contra su cuello mientras la excitación devastaba mi cuerpo, mientras mi mente no podía hilar ni un solo pensamiento, solamente podía ser testigo del efecto que Trent tenía sobre mí.

—Te odio —murmuré.

—Lo que tú digas, nena —respondió él.

Pero sí que lo odiaba y ahora más cuando incliné la cabeza y vi que me estaba mirando tan tranquilo como si nada de lo que me había susurrado había tenido ni un efecto sobre él. No era justo y aunque no tenía tiempo y tampoco era el momento oportuno para esto decidí vengarme.

Mirándolo a los ojos solté su camiseta y bajé las manos hacia los botones de mi camisa. Su mirada no se apartó de la mía mientras desabrochaba los primeros botones, pero si lo hizo cuando llegué al último. Al fin y al cabo, Trent era un hombre y ningún hombre era capaz de resistir a echar un vistazo, a apartar la mirada si tenían la posibilidad de mirar. Ningún hombre lo haría.

Trent bajó la mirada hacia mis pechos cubiertos por el encaje negro de mi sujetador y

¿qué puedo decir excepto que tenía algo que valía la pena mirar. Cuando un hombre dice que lo que le llama la atención de una mujer son los ojos miente, siempre son los pechos o el trasero. Y yo había ganado la lotería con esas dos partes de mi cuerpo, la copa C era indiscutible lo mejor para atraer la atención y por la manera en la que las manos de Trent se agarraban a mi cintura podía estar tranquila, él no era inmune a mis encantos.

—Una imagen vale más que mil palabras —murmuré empezando a abrochar la camisa, había conseguido mi pequeña venganza.

—Y una caricia más —dijo él.

Trent levantó la mano y acarició el valle entre mis pechos y solo esa caricia suave de un solo dedo me quitó el aliento. Al final, la que estaba de nuevo sin respiración era yo y todo había sido en vano.

—Te odio —murmuré de nuevo, esta vez sintiendo de verdad lo que decía. Bueno, no odiar de desearlo muerto o algo parecido, pero odiar de verlo sufrir por lo menos un poco.

—Vete, haz lo que tienes que hacer y vuelve a mí —ordenó.

Lo miré, la furia brillando en mis ojos, y lo empujé queriendo alejarme antes de enviarlo a dar una vuelta por el infierno, pero cuando me alejaba él me agarró del brazo y me encontré de nuevo en sus brazos. Su boca sobre la mía.

Algún tiempo después con las piernas débiles y la mente nublada subí a mi dormitorio, cogí mis cosas y me largué de ahí. Distancia, necesitaba distancia de la tentación. Antes de subir al coche vi a Trent hablar con Will y me pregunté si debía contarle que fue mi novio. Aunque eso fue cuando no tenía ni idea de lo que significaba tener un novio, fue un tonto inocente de adolescentes.

Sí, yo fui una de esas chicas que perdió su virginidad muy tarde o demasiado tarde según mi compañera de habitación de la universidad. Virgen y viniendo de un pueblo pequeño eran pecados capitales y si quería integrarme debía deshacerme de una y no mencionar la segunda.

No hay mucho que decir en mi defensa, excepto que era joven y por primera vez estaba sola, sin nadie de confianza a mi lado, con quien hablar, alguien que me diga que no estaba bien lo que estaba haciendo. Al menos hasta que conocí a Aria y aunque juntas hicimos algunas tonterías por lo menos las hicimos juntas y sabía que Trent iba a venir a rescatarnos.

Siempre vino, sin importar si era día o noche, si estaba lejos o cerca, siempre llegaba para salvarnos. Y siempre, cada maldita vez, yo era el blanco de su furia, yo era la culpable, yo era a la que regañaba más. ¿Por qué?

Porque me deseaba.

Eso es lo que diría ahora mismo, pero todavía tenía dudas. Siempre pensé que el amor era cosa de verlo o verla y enamorarte, no de pasar años y años y de repente confesar el amor que sentían el uno para el otro.

Durante el camino hacia el hospital pensé en Trent, recordé cada una de nuestras peleas, cada estúpida palabra que dijo para herirme. Cuando llegué a la puerta de la habitación de la abuela me di cuenta de que elegí pensar en el pasado en lugar de vivir el presente.

Tenía miedo y no precisamente de Trent. Tenía miedo de entrar en esa habitación y ver de nuevo a la abuela. Débil. Enferma. Tenía miedo de recordar que nada duraba, que la vida era una hija de perra que en cualquier momento podía arrebatarte a lo que más amabas.

Sí, el pesimismo y la cobardía ocupaban los primeros puestos en la lista de mis defectos. Si hubiera sido posible creo que me habría quedado enfrente de esa puerta durante mucho tiempo buscando el valor que necesitaba para entrar, pero, por desgracia o suerte, una enfermera salió en ese momento y tuve que entrar.

—¡Por fin! —dijo la abuela.

La abuela, esa mujer que ayer estaba tumbada en el suelo de su cuarto de estar hoy estaba en la cama de un hospital y no se veía para nada mal. Un poco pálida sí, pero el brillo de sus ojos había vuelto y sus ganas de comerse al mundo también.

Me acerqué a la cama y ella agarró mi mano, es ahí donde encontré señales de su debilidad.

—Abuela —murmuré.

—Jane, cielo, menos mal que has llegado. Ve y habla con ese médico, dile que estoy bien y que quiero ir a casa.

—Abuela, has tenido un infarto —dije, pero ella sacudió la cabeza.

—Tonterías, fue nada y ahora me siento muy bien. Tengo mil cosas que hacer en casa, la nieta de Rita puede nacer en cualquier momento y no he terminado de tejer su manta.

Acerqué una silla, me senté y suspiré.

—No hablaremos sobre tu primer infarto, ¿vale, abuela? Hablaremos sobre este y como durante horas pensé que nunca más te volvería a ver. Hablaremos sobre lo importante que es que te cuides. Hablaremos sobre cómo vendrás a casa conmigo y me dejarás cuidarte.

—Caylie Jane, de ninguna manera —espetó la abuela—. No quiero vivir contigo, tú necesitas tu espacio, tú y Peter.

—¿Qué tiene que ver Peter conmigo? —pregunté olvidando que la abuela había estado a un paso de la muerte.

—Es un buen hombre, soltero y guapo, es un pilar de la comunidad. Créeme, es lo mejor que hay en esta zona y está interesado en ti. Deberías darle una oportunidad, Jane. ¿Sabes en lo que pensé justo antes de desmayarme? En ti, en que ibas a quedarte sola —dijo la abuela.

No podía creer que estaba usando esas tácticas conmigo, con su propia nieta. Lo he visto antes, era la casamentera del pueblo y era buena en lo que hacía, todas y cada una de las parejas siguen juntas, felizmente juntas.

Pero que lo intentará conmigo me parecía demasiado fuerte y más cuando me quería casar con Peter. Algo estaba mal con ese hombre, podía apostar mi vida, pero antes de llegar a eso tenía que quitarle de la cabeza a la abuela esa idea de que necesitaba un hombre en mi vida.

—Abuela, no pasará, créeme —dije usando mi voz tranquila en lugar de gritar que ni muerta iba a tener algo con ese hombre.

—¿No? Tienes razón, cielo. Mi mente ya no es lo que era, olvidé que tienes novio.

—¿Lo tengo?

—Sí, un hombre guapo y atractivo, ese que salvó mi vida. Jett me contó sobre él y Jane —dijo ella haciendo un gesto para acercarme y cuando lo hice habló en voz baja—. Las enfermeras también hablan sobre él, una de ellas en especial. Es joven, rubia y guapa, dijo que hará lo imposible para conquistarlo así que deberías tener cuidado.

Maldito pueblo chismoso.

Maldito Jett que no podía mantener su boca cerrada, ¿por qué tenía que contárselo a la abuela? Ahora estaba obligada a decirle que no... ¿o tal vez sí? Si la abuela era capaz de mentirme en la cara yo también podría hacerlo.

Ella quería verme casada y haría lo que sea por mí. Bajé la cabeza mientras buscaba alguna excusa plausible, algo para convencer a la abuela que la necesitaba en mi casa y que sin ella no podría conseguir a Trent.

¿Pero qué?

—Abuela, no es tan fácil —dije bajando el tono de mi voz y si podría llorar lo haría

también, pero como no era muy buena actriz bajé la cabeza y jugué con el extremo de las sábanas —. Es Trent, ¿recuerdas que te hablé sobre él? Pues cree que soy una mujer frívola, que nunca seré una mujer de casa, una buena madre y esposa. Justo esta mañana me dijo que soy incapaz de llevar al cabo la renovación de las cabañas.

—¿Qué dijo qué? —espetó la abuela y las maquinas empezaron a pitar.

—Tranquila, abuela, no quiero que te de otro infarto.

—Vale, vale, estoy tranquila, ¿pero ese hombre no te conoce?

—No, la verdad es que nunca pasamos mucho tiempo juntos y ahora dice que volverá a la ciudad. Yo no puedo, no quiero volver, pero no sé cómo retenerlo aquí que es donde quiero vivir para el resto de mi vida.

Me atreví a mirar a la abuela a los ojos y gracias a Dios ella no me estaba prestando atención, me estaba mirando, pero no viendo. Seguramente estaba planeando algo, algo que iba a sellar el futuro, el mío y de Trent.

—Vete a tomar un café y tráeme algo para desayunar, pero sin que te vea esa enfermera rubia —ordenó la abuela.

Me fui a tomar un café a la cafetería, me senté en una mesa que daba hacia la calle y mientras tanto llamé a Trent.

—¿Cómo está tu abuela? —preguntó en vez de saludar.

—Bien, buscando la manera perfecta de mantenerte en el pueblo —dije.

—¿Disculpa?

Le conté nuestra pequeña discusión y durante unos momentos no me llegó nada más que silencio de su lado. En esos momentos me lo estaba imaginando correr hasta su coche, subir y nunca más volver.

Es lo que yo haría, lo que cualquier persona normal haría, ¿verdad? Pero dos segundos después iba a averiguar que Trent no era una persona normal.

—Dile que te he pedido matrimonio —dijo Trent.

—¿Qué tú qué? —chillé y más de una persona me miró con cara de pocos amigos—. ¡Pero si acabo de decirle que crees que no valgo para esposa!

—Dile que quiero casarme y tener hijos enseguida, que tú también lo quieres, pero tienes dudas, que deberíamos vivir juntos un tiempo antes. ¿Y dónde mejor que en tu casa? Dile que no confías en ti misma, que estás demasiado atraída por mí y que necesitas ayuda, que debería venir a vivir contigo, para aconsejarte. No hay nada que les gusta más a los mayores que involucrarse en la vida de los jóvenes.

—Eso es estúpido, Trent, no tiene sentido —espeté, aunque por un lado sí que tenía razón. En el pueblo no solo los mayores se metían en la vida de los demás, era todo el pueblo.

—Lo tiene, vendrá a vivir contigo porque quiere verte casada y quiere saber más sobre mí. Es perfecto para todos, la tendrás vigilada.

—Para todos dices, ¿para ti también? Tendrás que vivir con nosotros —dije.

—Tu abuela no me asusta.

—Muy gracioso. Trent.

—Jane, confía en mí. Díselo y ya verás que saltará de alegría al escucharlo.

Colgamos y a pesar de que debería volver con la abuela me quedé ahí pensando en la proposición de Trent.

Vivir juntos.

La idea no era mala, era la peor idea que había escuchado en mi vida, pero me gustaba. Me gustaba pensar en los tres viviendo en la misma casa, desayunado y cenando juntos como

una familia. Me gustaba y mucho, el problema era que sabía que un día olvidaría que todo era un engaño, que empezaría a creer que era verdad.

¿Qué pasaría entonces, cuando Trent se dará cuenta de que no soy lo que desea? ¿Qué la vida en el pueblo es aburrida?

Volví a la habitación dudando sobre la idea y al llegar encontré a la abuela dormida. Jett estaba ahí hablando con la enfermera.

—Hola, deberías ir a casa, dormiré todo el día —me informó Jett.

—¿Todo el día?

—Sí, tiene que descansar y por lo que he visto en cuanto se despierta es lo único que no hace. La enfermera la encontró sentada en la cama hablando de que tenía que estar en otro lugar. ¿Has encontrado la manera de convencerla de que se vaya contigo a casa?

—No, lo que tengo es una idea que parece algo que ideó un niño. La abuela no creará una palabra —dije.

—Sigue buscando.

Con ese consejo Jett se fue y lo hizo sonriendo después de verme poner los ojos en blanco. Me quedé con la abuela a pesar de que ella estaba dormida. Leí, me aburrí, charlé con las enfermeras que entraban para verificarla, charlé con las amigas de la abuela que llegaron para verla, arreglé los veinte ramos y cestos de flores que le llevaron hasta que las enfermeras dijeron que eran demasiadas.

La despertaron para comer, pero después de probar la sopa se quedó de nuevo dormida. A la hora de cenar fue más de lo mismo, rechazó la comida y no pude condenarla por ello, tenía un aspecto horrible. Hablamos muy poco y cuando se durmió me fui a casa.

Estaba segura de dos cosas, la abuela estaba más débil de lo que dejaba ver y necesitaba encontrar de una vez la manera de traerla a vivir conmigo. Engañarla y mentirla no era mi estilo, así que decidí que no iba a darle la oportunidad de decir que no.

Iba a ser fuerte y dejarle saber que no había más opciones, era mi casa y mi casa, nada más. No la suya, no el hospital.

Estaba tan concentrada en lo que debía hacer que no me di cuenta de nada hasta que bajé del coche. Por la mañana había visto los coches, camiones y excavadoras, pero ahora eso era peor, mucho peor.

Maquinas que nunca había visto en mi vida llenaban cada espacio entre las cabañas y la casa principal. Cajas y sacos de materiales por todos los rincones. Escombros justo en el centro, rodeando la fuente. Alguien había empezado a cortar los hierbajos y había montones de hierba seca por todo el maldito lugar.

Era un desastre, un sucio desastre y eso que no había visto todavía el interior de las cabañas, pero podía imaginarme lo que había dentro. Una ya no tenía techo, otra ni puerta ni ventanas, otra había sido despojada del porche y de las escaleras.

Cerré los ojos y conté hasta diez esperando que al abrirlos encontraría que todo fue una alucinación, pero ni siquiera contar hasta un millón conseguiría ese milagro.

Capítulo 9

—Tienes un problema —declaró Trent.

Miré hacia atrás, las cabañas que esta mañana se veían mal, pero de alguna manera bien, ahora eran un maldito sitio que parecía sacado de una guerra. Era claro que tenía un problema, pero no lo que había empezado esa mañana.

El problema era el hombre que estaba en mi porche, hombro apoyado contra el pilar, brazos cruzados sobre el pecho. Su camiseta parecía que había sido usada para limpiar el desastre de atrás y sus vaqueros igual.

Normalmente iba vestido con vaqueros, camiseta y cazadora de cuero y era lo que mejor le sentaba. Una vez cuando los padres de Aria celebraron su aniversario de boda incluso lo vi vestido con traje. Pero justo en ese momento, con manchas de polvo en su ropa y en su cabello, nunca lo había visto mejor.

Mi corazón saltó al verlo, mi cuerpo vibró y mi mente me reprochó los años perdidos con tonterías y peleas infantiles. Podría haberlo tenido a él en lugar de esos hombres que no consiguieron provocarme ni un cuarto de los sentimientos que me provocaba Trent.

Subí las escaleras y me quedé en el penúltimo peldaño inclinando la cabeza para mirarlo.

—No necesito otro problema, Trent —dije.

—Bueno, no te está pidiendo permiso. Está aquí y hay que resolverlo.

—¿Y no puedes hacerlo tú y decirme cuando ya esté arreglado? Lo que quiero ahora es algo de comida, una copa o varias de vino y una cama —me quejé.

—Lo haría, pero no es mi decisión, Jane. Tus cabañas, tu decisión.

Giré la cabeza hacia atrás y después de mirar por unos momentos suspiré y asentí.

—Ven —dijo Trent tomando mi mano.

Él se encaminó hacia la cabaña blanca, esquivando maquinaria y escombros. Iba a tener que hablar con Will, sabía que en las obras primero hay que tirar abajo antes de empezar a reconstruir, pero debían hacerlo menos sucio.

El desorden, la suciedad, todo eso me estaba provocando un ataque de ansiedad, luego vendrán las migrañas y lo único que conseguía calmarme era limpiar, pero eso no era posible ahí. No había manera de poder limpiar eso a tiempo, antes de empezar lo que me gustaba llamar el ataque de la obsesión.

Trent me llevó dentro de la cabaña y se detuvo en la entrada. Bueno, lo que había sido la entrada, ahora solo era una pared, solo una. El techo ya no estaba, las paredes, los muebles, ya nada estaba ahí.

—¿Qué diablos? Will dijo que solo iba a arreglar unas pocas cosas, no dijo nada de derribar mis cabañas —espeté.

—Ese es el problema. El techo tenía tantos agujeros que era más fácil deshacerse de él y hacer uno nuevo, pero al retirarlo vieron que había problemas con las paredes, con la estructura. El agua se filtró dentro durante años y todo está destruido.

Podía ver el daño en los ladrillos que estaban tirados en el suelo, en las vigas de madera podridas.

—Vale, ¿y cómo diablos se arregla esto? —pregunté.

—Reconstruyendo, eso es lo que dijo Will, por cierto, tengo que admitir que en adolescencia tenías mejor gusto en lo que se refiere a los hombres. Ese Will no está nada mal.

—¿En serio? No me digas que quieres invitarlo a salir —dije.

—Creo que su esposa tendría algo que objetar, pero volviendo a tu problema tengo malas noticias. Tu presupuesto ahora es dos veces más que al principio.

—¡Dios mío! No hay manera de conseguir ese dinero, ni siquiera si vendo mis órganos.

Todos sí, pero si muero no tiene sentido reconstruir la cabaña, ¿verdad? Estaba el fondo de pensiones, pero algún día envejeceré y necesitaré ese dinero. Dios sabe que pasará en treinta o cuarenta años.

—Hey —dijo Trent suavemente, pero me alejé de él—. Tal vez puedo ayudar, ¿qué me dices?

Caminé hasta donde quedaban restos del cuarto de baño y recordé como cada seis meses mi madre limpia los azulejos con un cepillo pequeño. Mi padre protestaba, que tardaba mucho y que era mejor usar no sé qué solución, pero mi madre no quería escuchar.

Ella decía que esa era su hora de paz y tranquilidad, la hora en la que vaciaba su mente y se relajaba. Que esa relajación no la conseguía ni con dos horas de yoga o masajes. Así que cada seis meses mi madre se encerraba en este baño y limpia cada centímetro de azulejos.

Y ahora ya no estaba, ni mi madre ni el cuarto de baño.

—¿Ayudarme? —pregunté dándole la vuelta y encontrando a Trent justo donde lo había dejado—. No puedes, ni siquiera si me dices que tienes el dinero para pagar esto no puedes ayudarme. No cogería tu dinero. Es mi proyecto, mi responsabilidad.

—Eres muy cabezota, lo sabes, ¿verdad? Pero ya lo sabía y por eso no te estaba ofreciendo dinero.

—¿Entonces qué?

—Yo puedo reconstruir la cabaña, sé cómo hacerlo y Will me echará una mano de vez en cuando. Todo lo que tienes que hacer es pagar por los materiales.

Parecía demasiado bueno para ser verdad y seguramente lo era. Tampoco podía aceptarlo. Trent tenía un trabajo, una familia, una vida en la ciudad y construir una cabaña tomaba tiempo, no era algo que podías hacer en un fin de semana.

—Trent, no. Te lo agradezco, pero no puedo.

—¿Sabes que tienes una obsesión con ese no puedo? No puedes estar conmigo, no puedes darme una oportunidad, no puedes aceptar mi ayuda.

—¡Vale! ¿Quieres que diga que sí? —grité acercándome a él—. ¡Sí! Acepto tu ayuda, construye mi cabaña, pero no quiero que vengas dentro de dos semanas con quejas. No quiero escuchar como has perdido tu trabajo, como tu madre te echa de menos, como tú echas de menos salir a tomar algo con tus amigos, no quiero escucharlo, ¿entiendes, Trent?

—Trabajo cuando quiero y si quiero, mi madre me echará de menos, pero puede venir a verme y no echaré de menos a mis amigos. ¿Cómo voy a echar a alguien de menos cuando te tengo a ti?

Si ahora mismo estaría en mi oficina escuchando a una paciente contarme sobre su pareja, contando sobre estas mismas palabras, este sería el momento en el que pondría los ojos en blanco.

¿Cómo voy a echar a alguien de menos cuando te tengo a ti?

Romanticismo hasta el cielo y de vuelta. No le pegaba nada a Trent ser romántico, no lo hacía, pero al mismo tiempo sí lo hacía. O tal vez era mi corazón tonto que se moría por escucharlo declararse.

—En el caso de que no lo has entendido hasta ahora, Jane, déjame decirte que haría lo que sea por ti. Te construiré esa cabaña. Me quedaré a tu lado incluso cuando estés enfadada y no

me quieres ahí. Te demostraré que puedes confiar en mí. Conseguiré tu amor, aunque será lo último que hago.

—Vaya, has pasado de ser el hombre romántico a un potencial acosador. Cuidado, Trent, tal vez...

—Tal vez no, Jane —gruñó él, rodeando mi cintura con sus brazos y atrayéndome hacia su cuerpo—. He desperdiciado años de nuestras vidas con mi estupidez y quiero hacerlo bien esta vez. Sé que si me das una oportunidad podremos hacer que esto funcione y no dejaré tu miedo estropear esto para nosotros. Mientras sé que hay un poco de esperanza estaré a tu lado incluso cuando me digas que no me quieres. No es acoso, es una promesa. Prometo quedarme a tu lado, luchando por nosotros contra todos, contra tus miedos, contra ti misma si hace falta.

Me quedé sin palabras, mi mente se había vaciado y no tenía nada que decir, ni un solo pensamiento. Así que incliné la cabeza, puse mis manos en su nuca y bajé su cabeza hasta la mía, hasta que atrapé su boca en un beso.

No podía hablar, pero podía besar. Puse en ese beso todo lo que no podía expresar con palabras.

¿Sabes lo que es tener a alguien luchar por ti, por tu amor, perseguirte porque quiere estar contigo? Es algo indescriptible. Es algo que yo no tuve. A mí nadie me sedujo, nadie estuvo tan desesperado por estar conmigo como para llevarme flores todos los días, como para cocinar para mí.

Nadie.

Yo fui la que sedujo, la que intentó seducir y por primera vez estaba al otro lado. Se sentía más que bien, me sentía deseada, y no podía esperar a sentirlo todo, a vivirlo todo.

Trent profundizó el beso, una de sus manos en la parte de atrás de mi cabeza inclinándola como él quería, la otra mano subiéndolo por debajo de mi camisa, acariciando mi piel desnuda, subiéndolo hacia mi pecho.

Gemí pegando mi cuerpo al suyo, sintiendo su dureza, deseando llegar al siguiente nivel, ese en el que la ropa no era necesaria. Aunque, por la manera en la que las cosas evolucionaban estaba segura de que no íbamos a tardar mucho en llegar a ese momento.

Pero estaba equivocada ya que dos segundos más tarde Trent rompió el beso y dio un paso atrás. En algún momento el sol se había puesto y solo quedaba un poco de luz que me permitió ver la intensidad de la mirada de Trent.

—¿Trent?

—Necesitas mantenerte alejada de mí, Jane, solo entra y estaré allí en un momento.

—¿Por qué? No entiendo —dije dando un paso hacia él.

—Porque no es así como se supone que debe suceder, no cuando estoy sucio y no cuando puedo escuchar tu estómago gruñir.

—Tienes que estar bromeando —le espeté—. ¿Crees que me gusta algo de eso? Esa es una excusa estúpida y no la entiendo, de hecho, ni siquiera me importa. Haz lo que quieras, Trent, he terminado de rogar.

Di un paso a su alrededor planeando hacer exactamente lo que me pidió.irme. Pero no llegué demasiado lejos, me agarró del brazo y me giró hacia él, luego me empujó hasta que mi espalda chocó contra la única pared de la cabaña.

—No se trata de excusas, Jane. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida y quiero que todo sea perfecto.

—No quiero perfección —grité—. Lo que yo quiero es algo real.

—¿Quieres real? ¿Estás segura de eso, Jane? ¿Quieres que te tomé aquí, crees que serás

capaz de aguantarlo?

—Lo quiero ahora, aquí, de la manera en la que tú quieras.

—Real —gruñó Trent justo antes de inclinarse sobre mí y cerrar su boca sobre la mía.

El beso fue igual de bueno que antes, pero mil veces más fuerte, más duro, más salvaje. Sus manos parecían quemar mi piel ahí donde tocaban. Fue como si Trent hubiera perdido el control y me gustaba.

Todo, desde la dureza de su beso hasta la fuerza con la que su cuerpo me empujaba contra la pared. ¿Cómo no gustarme si me besaba como si nada más importaba en el mundo? Yo era su mundo entero, por eso cuando sus manos fueron hacia el botón de mis vaqueros gemí anticipando lo que iba a llegar.

Botón, cremallera. Abrió mi pantalón y luego sus manos agarraron los bordes de mi camisa y tiraron, los botones volando en todas partes. No lo vi, lo escuché y por un segundo rompí el beso para poder mirarlo.

Deseo, un deseo primitivo brillaba en sus ojos. Posesividad en el caso de que tenía alguna duda, ahí estaba reflejada en su mirada dejando claro que iba a tomarme e iba a ser para siempre.

No tenía ni un problema con ni una de esas dos cosas, solo con el hecho de que no me estaba tocando. Mi piel hormigueaba, mis pechos cubiertos con encaje pedían su toque, mi cuerpo entero temblaba con deseo.

Dos segundos después su boca bajó sobre la mía y mis manos fueron hacia su cremallera. Sentí la dureza de debajo, mis piernas temblaron y por un momento pensé que iba a caerme, pero sin saber cómo aguanté y me dejé llevar por lo que sentía.

El sabor de Trent, su hambre de mí.

Sus manos sobre mi trasero sintiéndose aún mejor que su lengua dentro de mi boca.

Incliné la cabeza hacia el otro lado, presioné mi cuerpo contra el de Trent y le devolví el beso mientras deslizaba mis manos debajo de su camiseta. No podía tener suficiente de él, de su beso, de su pecho, de su piel caliente y musculosa.

Tuve que romper el beso para poder respirar, momento que él aprovechó para bajar la cabeza y cerrar la boca sobre mi pezón cubierto por el encaje. El gemido que dejé salir me tomó por sorpresa, siempre fui muy silenciosa en la cama, tanto que más de uno tuvo que preguntarme si había disfrutado.

No podía seguir lo que él me estaba haciendo, su boca, sus manos moviéndose sobre mis costados, sobre mis vaqueros, bajándolos al mismo tiempo con mis bragas. Salí de ellos en cuanto cayeron alrededor de mis tobillos y en el instante en que lo hice Trent puso las manos sobre mi trasero y me levantó.

Rodeé su cintura con las piernas y solo tuve un momento antes de sentirlo. Duro. Preparado para tomarme que es lo que hizo. Entró.

—Trent —gemí.

Era demasiado. Demasiado nuevo, grande, bueno. Demasiadas sensaciones. Aun así, me agarré con fuerza a sus hombros, abriendo mi boca para su lengua, tomando sus embestidas. Lo besé hasta que me quedé sin aliento, hasta que supe que el orgasmo estaba cerca y que iba a venir fuerte.

Lo hizo, grité el nombre de Trent mientras las sensaciones atravesaban mi cuerpo con tanta fuerza que pensé que iba a destruirme. Él siguió empujando a través de mi orgasmo un instante, dos, tres hasta que con un último empujón se quedó dentro, gruñendo su placer.

Acaricié con mis labios su mandíbula, su cuello, tomando mi tiempo para saborearlo, probándolo, guardando en mi memoria su sabor, su tacto.

—¿Fue lo suficientemente real para ti? —preguntó Trent, una sonrisa brillando en su rostro.

Debería responder con alguna replica interesante, pero mi cerebro estaba frito, mi cuerpo satisfecho así que lo dejé pasar. Por ahora. ¿O no?

—No estoy segura, deberías mostrármelo una vez más —dije.

Me sonrió, una sonrisa que por primera vez llegó a sus ojos, una que compartimos en la oscuridad y el silencio de la noche. En ese momento lo supe sin dudas alguna que era él, que Trent era el hombre que llevaba buscando todos estos años.

Y no, no fue por el sexo o por la manera en la que nuestros cuerpos estaban conectados, fue por esa sonrisa. Su primera sonrisa verdadera dirigida a mí y, Dios, Trent era un hombre guapo, pero cuando me miraba de esa manera parecía un dios.

Tal vez cuando nos conocimos me convencí a mí misma que era odio lo que sentía sabiendo que no tendría la oportunidad de estar con él. Ahora sí tenía esa oportunidad y el sentimiento fue igual al de un rompecabezas, cuando todas las piezas encajan, fue como si Trent era la pieza que faltaba para completarme.

—Eso es lo que haré —dijo Trent, interrumpiendo mis pensamientos—. Pero lo haré después de una ducha.

—Y después de cenar —murmuré.

Las dos cosas eran necesarias, la ducha y la comida, pero lo que más me apetecía era seguir ahí con él, en sus brazos. Sin embargo, cuando Trent empezó a caminar protesté.

—¡Trent! ¿Qué estás haciendo?

—Es obvio, ¿no? —preguntó él y lo era, me estaba llevando en brazos hacia la casa. El problema era que iba desnuda de cintura para abajo, las copas de mi sujetador estaban debajo de mis pechos y la camisa cubría mis brazos y poco más.

Desnuda.

—Sabes que puede venir alguien en cualquier momento, ¿verdad? Y me verán, a mí, la nieta de Caroline, desnuda en brazos de un hombre. No solo mi reputación estará arruinada, la de la abuela también. Se hablará de esto durante años, seré la mujer que...

—Jane, nena —me interrumpió él—. Estamos alejados del centro del pueblo, la casa más cercana está a quince kilómetros y eso sin contar con el hecho de que está tan oscuro que no puedes ver más allá de un metro. Nadie vendrá. Nadie te verá. ¿Crees que haría algo para ponerte en una situación incómoda?

Mordí mis labios para no pronunciar una palabra que seguramente llevaría a una discusión. Lo había hecho, eso sí, fue antes, pero había pasado por suficientes situaciones más que incómodas por su culpa.

—No debería haber preguntado —continuó él entendiendo mi silencio—. No volverá a pasar y no solo conseguiré tu perdón por todas esas estupideces que hice y dije, también te haré olvidar.

—Suerte con eso —susurré.

¿Perdón? Claro, eso era fácil. Incluso podría decir que se lo perdoné todo en el instante en que me tomó en sus brazos y me besó.

¿Olvidar? Ni en mil años. No puedes olvidar las remarcas, los comentarios que critican tu cabello, tu ropa, tu comportamiento. Eso es algo que se queda contigo, influye en la manera en la que te vistes y te relacionas con las otras personas.

Te cambian a pesar de que no quieres, de que sabes que no es verdad y que solo son comentarios maliciosos. Cambias tú, tu manera de ver el mundo. Y aunque nunca le diré cuanto

daño me hizo tal vez le diré que me ayudó.

Sí, me ayudó. Nací y viví en un pueblo donde todos me conocían, donde mi mayor problema fue si jugar con las muñecas o salir a dar una vuelta en bicicleta. Cuando me fui a la universidad no estaba preparada para los chismes, las críticas, la envidia.

Las palabras de Trent dolían y dolían tanto que el resto me daba igual. Ni los cuchicheos a mis espaldas, ni los en mi cara, ni los rechazos. Nada pudo conmigo porque si podía sonreírle a Trent mientras sentía sus palabras como un cuchillo clavado en mi pecho podía aguantar cualquier cosa.

Excepto el golpe final, esas últimas palabras que me hicieron correr de vuelta al pueblo. Perdonar será fácil ya que sin eso no estaríamos ahora aquí, pero no olvidaré.

Llegamos a casa sin ser sorprendidos por ningún vecino, hecho poco probable si era sincera conmigo misma, pero el miedo a ser atrapada haciendo algo indecoroso e ilegal ya que el exhibicionismo es ilegal, nublaba mi cerebro y no le permitía razonar.

—¿Ducha o comida? —preguntó Trent.

Elegí la primera opción y él siguió el camino hacia arriba, hasta el cuarto de baño. Conmigo en sus brazos encendió la luz del cuarto, entró y abrió el grifo de la ducha. Estaba más que impresionada con su fuerza, las cabañas no estaban muy lejos de la casa principal, pero muy cerca tampoco.

Él no respiraba con dificultad ni su corazón latía más deprisa lo que me llevó a pensar que estaba acostumbrado a aguantar el peso de otra persona durante mucho tiempo. Y en ese momento esa enfermedad llamada celos hizo su aparición.

Me pregunté cuántas mujeres había llevado en brazos. Cuántas había tomado de pie apoyadas contra la pared. Cuántas habían sentido esos músculos debajo de sus manos.

Eran preguntas locas, sin razón, sin importancia. No importa, ¿por qué debería importarme cuántas mujeres había tenido en sus brazos y en su cama?

—¿Estás bien? —preguntó Trent y después de sacudir la cabeza para alejar las dudas de mi mente, vi que se había quitado la ropa.

Trent estaba desnudo en mi cuarto de baño y yo me había perdido el espectáculo. No lo vi cuando se quitó la camiseta o cuando se bajó los vaqueros. Quería saber qué tipo de ropa interior usaba, otra de mis curiosidades tontas.

—Sí —susurré mientras dejaba mis ojos recorrer su cuerpo desnudo.

Decir que estaba encantada era poco, estaba a punto de tener un infarto. Todo él era puro musculo y piel caliente. Dureza y suavidad al mismo tiempo. Grandeza también, lo había sentido, lo sabía, pero verlo era otra historia diferente.

Me alegré de haberlo hecho rápido y a oscuras porque si lo hubiera visto antes habría salido corriendo. Eso era demasiado grande, tanto que me pregunté cómo diablos consiguió estar dentro de mí.

—¿Vas a quitarte la ropa o quieres ducharte vestida?

—¿Qué ropa? —pregunté quitándome la camisa.

En dos movimientos estaba desnuda igual que él y me quedé quieta dejándolo hacer lo mismo que hice yo. Admirar. No sé si mi mirada le provocó lo mismo, pero la suya parecía quemarme por donde miraba.

Cuando nuestras miradas se encontraron algo destelló en la suya y ese algo me envolvió, me subió hasta el cielo y me dejó ahí. Ese algo era algo que nunca vi en los ojos de un hombre, por lo menos no cuando la mirada me estaba dirigida.

Admiración.

Pasión.

Un cúmulo de sentimientos centelleaban en sus ojos y en ese momento supe que sin importar que pasará con nosotros Trent Gallaway era el hombre de mi vida.

Punto.

Fin.

Esto era lo que había buscado y solo necesité poco tiempo con él para darme cuenta de lo que sentía. Quería decírselo, admitir que quería pasar el resto de mi vida con él, pero era demasiado pronto, demasiado nuevo.

Debería esperar al menos hasta que me acostumbraba a la idea, no a la idea de que lo amaba. No, necesitaba tiempo para acostumbrarme que todo era posible, todo lo malo era posible.

Podía romper mi corazón.

Podía tener un accidente y morir.

Podía vivir felizmente el resto de mi vida con él, pero, aunque eso no me asustaba tampoco me daba muchas esperanzas. Eso pasa cuando pierdes a tus padres tan pronto como lo hice yo, tienes miedo a perder a tus seres queridos.

—Déjalo ir —ordenó Trent, continuó segundos después cuando lo miré con el ceño fruncido, yo ya no tenía nada que dejar ir. Estaba desnuda—. Nena, tu rostro es como un libro abierto. Deja ir todos esos pensamientos, miedos y dudas. Déjalo ir y vive.

—Eso es más fácil de decir que de hacer, Trent.

—¿Sabes lo qué es fácil? Besarte —dijo un instante antes de hacer justo eso.

Besarme.

Lo hizo justo ahí, luego dentro de la ducha mientras sus manos jabonosas recorrían mi cuerpo. Un beso detrás de otro hasta que me deshice en sus brazos.

Salí del cuarto de baño dejando a Trent dentro de la ducha luchando con la suciedad y estaba pensando en que ponerme cuando tropecé con algo, ese algo era una bolsa de viaje. Mía no era, lo que significaba que era de Trent.

No sabía que pensar sobre el hecho de que había llevado sus cosas dentro sin discutirlo conmigo, pero decidí hacer lo que dijo él. Vivir, así que encogiéndome de hombros fui a ponerme un camisón.

Bajé a la cocina y todavía se podía escuchar el agua de la ducha, por lo visto Trent era de esos hombres que pasaban mucho tiempo en la ducha, más que yo. Tenía hambre y no quería esperar así que no lo hice, abrí la nevera pensando en hacerme un bocadillo.

Ni bocadillo ni nada. La nevera estaba llena de a rebosar, no cabía ni un alfiler. Recipientes y más recipientes.

—¿Qué diablos? —murmuré.

—Tus vecinos —dijo Trent y me di la vuelta para encontrármelo justo detrás vestido solo con unos vaqueros. Por un momento dejé de escuchar hipnotizada por su pecho desnudo—. Empezaron a llegar poco después de que te fuiste, según Will es para que no te vayas muriendo de hambre mientras cuidas a tu abuela.

—Quieres decir mientras cuido a mi abuela, a mis hijos que ni siquiera los he concebido y a mis nietos —dije sacando el primer recipiente.

Lo puse sobre la mesa, al abrirlo hice una mueca, y cuando quise volver a colocar la tapa Trent me detuvo.

—Tiene buena pinta, ¿qué pasa?

—Berenjenas rellenas de atún, mi comida menos favorita —expliqué y por la manera en

que él miraba el recipiente deduje que le gustaba—. Puedes comerlo si quieres, yo voy a encontrar algo en los otros cien recipientes.

Me di la vuelta hacia la nevera y la abrí.

—Veintisiete, no cien —dijo Trent.

—Ya, ya —murmuré sacando otro envase y volviendo a la mesa—. No todos tenemos tu memoria fotográfica. Estoy segura que recuerdas el nombre de cada persona que vino, la hora, la ropa que llevaba puesta. Incluso podrías decirme que secretos guardan.

Hablé mientras llenaba un plato con trozos de pollo y patatas asadas, lo ponía a calentar en el microondas. Tardé otro minuto en calentarlo un plato a Trent, volví a la mesa con cubiertos y no me di cuenta del silencio o de la manera en la que me miraba él.

Lo noté cuando me senté.

—¿Qué pasa? ¿Tú también quieres pollo?

Negó sacudiendo la cabeza.

—Es lindo —dijo él.

—¿El pollo? —pregunté, pensando que tal vez Trent habría inhalado más polvo de lo que se suponía y eso se le había afectado el cerebro.

—No estoy hablando de la comida. Me refiero a la manera en la que arrugas la nariz cuando intentas recordar donde has dejado tus llaves o el bolso, o cuando no recuerdas el nombre de la persona que tienes delante.

—Te odio, lo sabes, ¿verdad?

—Está bien, no me importa.

Decidí que era mejor comer y no empezar una discusión, porque me conocía y sabía que iba a llegar a eso. Que me encontrara linda estaba bien, pero eso no cambiaba el hecho de que él tenía la memoria de un elefante y yo la de un pez.

Después de unos momentos fue Trent el que rompió el silencio.

—Enviar a Trent a la mierda. Ignorar a Trent. Decirle a Trent que es un idiota —dijo él y lo miré boquiabierto—. Fue la primera Navidad que pasaste con nosotros y olvidaste tu agenda en la cocina.

—E hiciste lo que toda persona normal haría, leerla en lugar de devolvérmela —declaré.

—Sí, estaba pasando por un mal momento y ver mi nombre ahí, ver que te importaba tanto como para anotar todo lo que tenías que hacer me hizo sentir algo que llevaba mucho tiempo sin sentir. Te importaba, le importaba a alguien suficiente como para planear sus movimientos.

—Eso está muy jodido y lo sabes.

—Lo sé, pero fue lo que necesitaba para salir de ese pozo y con cada reacción tuya subía un peldaño más. Tus miradas que deseaban verme muerto, tu manera de mirarme como si no estuviera ahí. Vivía por eso, Jane, fuiste mi salvavidas.

Los años que estudié psicología, todas las noches que pasé leyendo, estudiando me estaban gritando y advirtiendo de lo que Trent me estaba diciendo estaba más allá de jodido. Una relación así nunca podría terminar bien y mucho menos durar más que unas semanas.

Pero luego estaba la otra parte, esa sensación que hizo latir mi corazón con fuerza al saber que él también estaba pensando en mí, que sin saberlo lo ayudé a sobrevivir. Y sí, estaba mal, los dos teníamos tantos problemas que tarde o temprano íbamos a dar contra una pared que sería imposible escalar o derribar.

¿Pero a quién le importa?

La felicidad hay que tomarla de la manera en la que llega, sin importar si son dos días,

dos años o una eternidad.

—Preguntaría lo que te llevó a ese pozo, pero sé que no me lo dirías.

—Te lo diría, Jane, pero eso significaría ver el miedo en tus ojos, la pena, la preocupación. No quiero eso, lo que yo quiero es verte feliz.

Suspiré imaginando, por lo menos lo que yo podía imaginarme, lo que había vivido en el ejército.

—Puedo entender eso, pero me gustaría saber por qué elegiste el ejército —dije.

—¿Aria te contó la historia de mis padres? —preguntó y sacudí la cabeza—. Mi padre desapareció cuando se enteró del embarazo de mi madre, ella se fue a vivir con los tíos y todo parecía que iba bien. Lo que nadie sabía era que mi padre volvió cuando tenía seis años y retomaron la relación de donde la dejaron como si nada hubiera pasado, como si yo no hubiera nacido. Mi madre es una buena mujer, una buena madre, pero tiene una debilidad y esa es mi padre. Sabía que los tíos no estarían de acuerdo con la relación y siguió con él a escondidas que tampoco era muy difícil ya que mi padre aparecía cada dos o tres meses. Mi madre me pidió guardar el secreto y por verla feliz durante esos momentos en los que estaba con él lo hice, mentí a mi familia, a mis tíos, a Aria.

—Eso fue mucho pedirle a un niño pequeño —murmuré.

—No lo entendía en ese momento, pero con los años empecé a notar cosas extrañas. Llamadas, sobres, paquetes que mi madre recibía y guardaba para él, hombres que llamaban a medianoche a la puerta buscando esos mismos paquetes. A los dieciséis pedí explicaciones y lo que recibí fue una bofetada de mi padre y un *a ti no te importa* de mi madre. La impotencia que sentí en ese momento fue enorme, pero aun así busqué la manera de averiguar qué estaba pasando. Empecé a seguirlo hasta que una noche me encontré en un almacén rodeado de hombres con armas y no muy buenas intenciones. Tuve suerte y alguien me rescató de ese lio, Jacob era su nombre. Un ex militar que trabajaba para una corporación privada, gracias a él entré en el ejército y fue lo mejor que hice en mi vida. Buscaba una manera de deshacerme de esa impotencia y de esas ganas de matar a mi padre por lo que estaba haciendo y la encontré. Estuve un año en el ejército y luego pasé a la corporación en la que trabajaba Jacob y ahí sigo.

—Entiendo que ya no quieres matar a tu padre.

—No, sigo queriendo verlo muerto, pero por lo menos ahora puedo controlarme y si de alguna manera no lo consigo tengo los conocimientos y los recursos necesarios para hacerlo sin que me atrapen —declaró Trent.

—Aja, es bueno saber que si quiero que alguien desaparezca tengo a la persona adecuada para hacerlo justo a mi lado —dije sonriendo, aunque en el fondo estaba algo preocupada.

Yo era una de esas mujeres que querían a su lado a un hombre que supiera defenderse, que supiera proteger a su familia y no me importaba que esa protección terminaba con alguien enterrado bajo tres metros. Si eso me convertía en mala persona no tenía un problema con ello.

—Entonces no tendrás un ataque de nervios si te digo que el hombre que te ha golpeado esa noche no volverá a hacer daño a una mujer —soltó Trent.

—¡Dios, Trent! El dueño del club ya se había encargado de él —me quejé.

—Ya, pero tú no eres su mujer, eres mía.

¡Vaya por Dios!

Ahí estaba esa posesividad que siempre consideré que era mala, que era lo peor que podías encontrar en tu novio, pero por alguna extraña razón ahora consideraba como algo bueno. Tal vez era verdad que el amor nublaba la vista, el cerebro, todo, dejando que el corazón viera a esa persona a través de unas gafas de color rosa.

—Entonces es bueno que sepas cómo esconder las pruebas de tus delitos —dije.

—Hay otro asunto del que tenemos que hablar —declaró Trent y suspiré al ver su expresión—. Tu abuela, ¿hablaste con ella?

—No y no lo haré. No quiero mentir ya que no me gusta cuando me mientan y no quiero hacerlo yo, sin contar de que tendré que apuntarme cada mentira que digo. Tarde o temprano me atraparé y no quiero.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó.

—No le daré otra opción excepto venir a vivir conmigo y antes de que me digas que no es el lugar adecuado para una persona convaleciente déjame decirte que por lo menos estará entretenida mirando por la ventana a las obras.

La mirada de Trent me dejó claro que no creía que eso fuera a funcionar, pues yo tampoco, pero era la única solución. Me quedaba otra excepto la mentira, me quedaba el chantaje emocional que me parecía menos mal que la mentira.

Al fin y al cabo, ella era mi única familia.

Recogimos los platos mientras Trent me ponía al tanto de la evolución de las obras que era nada más que destruir y romper cosas, paredes, tuberías y todo lo que ellos consideraban que no valía la pena guardar.

Era una pena no poder verlo con mis propios ojos, pero la abuela importaba más y tenía plena confianza en Trent. Seguimos hablando mientras subíamos al dormitorio, mientras me cepillaba los dientes.

Fue extraño tener a Trent sentado en la cama mirándome a través de la puerta abierta del cuarto de baño, contándome el proceso de construir una cabaña. Sinceramente, la construcción no me importaba mucho en ese momento. De repente me sentía rara, no sabía cómo comportarme y el hecho de que él parecía tranquilo me preocupaba más.

Para Trent prepararnos para dormir parecía algo normal, pero no lo era. Era la primera vez que pasaba, bueno, la segunda, pero la noche anterior no contaba ya que estaba demasiado cansada para preocuparme.

Y había mucho de qué preocuparme. Yo roncaba, no él, o por lo menos eso es lo que me dijo uno de mis novios. Dormía con la ventana abierta sin importar si era verano o invierno y acaparaba las mantas. Me movía mucho durante el sueño y cuando soñaba solía hablar. Mucho, hablaba mucho.

Eso era durante la noche, ni siquiera quería entrar en detalles sobre las mañanas. El malhumor, el aliento mañanero, el cabello de bruja.

De verdad me preguntaba por qué Trent u otro hombre se quedaría para aguantar todo eso.

Apuesto a que él ni siquiera roncaba. ¡Maldita injusticia! Tan guapo, tan en su elemento, nada le incomodaba, nada. Mientras que yo estaba hecha un manojo de nervios.

—¿Qué te he dicho? —preguntó Trent caminando hacia mí. Se detuvo detrás y me observó mientras hidrataba mi rostro.

—Algo sobre cimientos, pero tengo que confesar que me da igual una cosa u otra —dije.

—He dicho vive, Jane, vive y olvida los malditos miedos. Creo que ya sabes que soy un hombre con mucha paciencia, pero tú estás acabando con toda y recién comenzamos.

Con calma guardé la crema en el armario, aunque la fuerza con la que lo cerré me delató, calma era lo que menos sentía en ese momento. Así que me giré y lo enfrenté.

—Vivir, no puedo vivir sin preocuparme. No sé cómo hacerlo y menos cuando estoy tan cerca de conseguir lo que siempre he deseado. ¿Y sí mañana despiertas y te das cuenta de que

ronco y es algo que no puedes aguantar?

—¿Y si mañana mueres? Haz hoy todo lo que quieras hacer, como si no hubiera un mañana. Eso es lo que estoy haciendo yo y créeme, es mucho mejor que vivir asustado y preocupado.

—¡Jesús! Lo haré, pero no vengas a quejarte —espeté.

—Ya te prometí que no lo haría, así que tranquila. Ahora termina aquí y vámonos a dormir, mañana será un día muy largo.

Nos fuimos a la cama. Nos dimos un beso (varios) de buenas noches. Nos dormimos abrazados.

Fue la primera noche de muchas.

Capítulo 10

La mañana empezó como el día anterior, con ruido y con Trent medio vestido sentado en la cama, tratando de despertarme. Menos mal que primero fue a preparar el café y me subió una taza, de esa manera conseguí no arrancarle la cabeza por despertarme.

Le gruñí un poco cuando me preguntó qué planes tenía para el día, pero le pareció divertido y tomé eso como una buena señal. Tal vez no iba a salir corriendo o por lo menos no en el futuro inmediato.

Trent me dejó en la cama y bajó a hacer no sé qué, los dos sorbos de café que tomé despertaron a mi cerebro suficiente como para admirar sus músculos, para prestar atención a sus palabras necesitaba otras dos tazas.

Espabilé un poco después de tomarme el café y fui a ducharme. Hasta ahí todo bien, pero al abrir el cajón de la cómoda para coger ropa interior me llevé un susto. Sobre mis bragas de encaje había un conjunto de lencería y no era mío.

A mí me gustaban las prendas sencillas, de seda o encaje, blanco, negro y de vez en cuando algún estampado de flores. Y ese conjunto estaba lejos de lo que yo solía comprar. Rojo y negro, muy poca tela, muy transparente, muy poco práctico.

Era un conjunto para seducir, pero uno que no se atrevían muchas mujeres en ponerse. Yo no, de ninguna manera y si Trent lo había puesto ahí pensando que iba a probarlo estaba muy equivocado.

Cogí un conjunto blanco y cerré el cajón dejando el otro ahí. No había traído mucha ropa conmigo, no había puesto la lavadora con todo lo que había pasado estos días y Edwina no había enviado mis cosas. Todo eso me dejó con cero opciones y tuve que improvisar si no quería ir por ahí con la ropa sucia.

Me puse una falda que no me llegaba a las rodillas y cogí una camisa de la bolsa de Trent, la até en la cintura y no me veía muy mal, podría decir que iba aceptable y para una mujer que se ponía cada día vestidos o faldas con tacones para ir a trabajar no era suficiente.

Pero eso era algo a lo que debía decir adiós. El pueblo no era un lugar para mi ropa de oficina, los vestidos ajustados, las faldas tubo y las camisas de seda iban a quedarse en una caja.

—¿Es seguro decir buenos días? —preguntó Trent desde la puerta.

—Solo si me lo dices con un beso —dije, y fui yo la que caminó hasta él—. Haces buen café —susurré justo antes de ponerme de puntillas y besarlo.

Sabía a café y a pasta de dientes. Sabía a Trent. Sabía a esperanza.

Sus manos se deslizaron sobre mi cuerpo, una hacia arriba hasta mi nuca y la otra hacia abajo hasta mi trasero.

—Buenos días —murmuró él justo cuando se escuchó un golpe en la puerta.

Bajamos y después de comprobar quién estaba en la puerta, el día que parecía muy bueno se convirtió en muy malo.

—Sheriff, ¿qué ha pasado? —pregunté, mi mano buscando a Trent. Pensaba en la abuela, pero lo descarté inmediatamente, el sheriff estaba sonriendo y no sonreiría si venía a decirme que la abuela había fallecido.

Nate Howard era el sheriff del pueblo desde hace unos años. También era joven, alto, guapo y soltero. Sí, soltero, pero todo el mundo sabía que su corazón no estaba libre, que él seguía esperando a la mujer de su vida y por eso ni siquiera la abuela se atrevía a buscarle novia.

Nate Howard era el hombre de una sola mujer y con ese tipo de amor no se juega.

—He recibido varias quejas de los vecinos, hay demasiado ruido, señorita. Y parece que no tiene autorización para construir así que tendrá que parar las obras hasta tenerlo todo en regla.

¿Vecinos? ¿Qué vecinos si no había nadie bastante cerca para escucharlo?

—Nate, ¿has encontrado el gato de la señora Prescott? —preguntó Will caminando hacia nosotros.

Nate y Will eran primos así que no era de extrañar que Will dejará el trabajo para venir y charlar un momento.

—¡Jesús! No me lo recuerdas que estuve media noche buscando a ese maldito gato y al final lo encontró escondido en la cesta de la ropa sucia. Estoy muy cerca de renunciar y dejar a otro con la tarea de encontrar gatos que es lo único que tengo que hacer todo el maldito día —dijo Nate.

—Y recibir quejas —apunté.

—Pues sí, por lo visto has molestado a alguien. Hemos recibido cinco llamadas y sé que es un disparate así que lo único que puedo hacer es informarte de ello. Y en cuanto lo de la autorización ahí no hay mucho que puedo hacer, tienes que parar hasta conseguirla —declaró Nate.

—Pero sí que tenemos autorización, yo mismo fui a hacer los trámites. Tuve que aguantar media hora el cotilleo de Greta —intervino Will.

—Lo he verificado, Will, según los registros del ayuntamiento no la tienes —dijo Nate.

Suspiré y los tres hombres, Nate, Will y Trent que hasta ese momento había seguido la conversación en silencio, me miraron.

—¿Qué pasa? —me preguntó Trent.

—Greta es la madre de Peter, el de la cena, ¿recuerdas?

—Aja, eso lo explica todo —dijo Nate antes de tener la oportunidad de explicar porque era importante ese detalle —. Has rechazado a su precioso hijo y ahora está aprovechando su trabajo para joderse.

—¿Y qué vas a hacer sobre ello? —le preguntó Trent a Nate.

—Voy a tener una charla con Greta y luego con las otras personas que llamaron, les voy a explicar las consecuencias de una denuncia falsa.

Nate era un hombre correcto y ayudaba mucho que llevaba toda la vida viviendo en el pueblo, sabía cuándo y cómo hacer las cosas. No tenía dudas de que la autorización aparecería de la nada en lo que canta un gallo y que no habría otra queja sobre el ruido.

Eso era un problema menos, pero acababa de averiguar que tenía otro más grande.

Peter.

Había tenido razón en no confiar en él. Habrá cambiado físicamente, pero en el fondo seguía el mismo, el mismo hombre que me daba escalofríos. Tuve el descaro de rechazarlo más de una vez, lo eché de mi casa cuando me trajo la cena y eso para él y para su madre era la mayor ofensa.

Estaba jodida.

Normalmente me importa una mierda lo que la gente piensa de mí, si les gusto o no, pero en el pueblo no funcionaba así y menos ahora cuando pretendía abrir las cabañas. No necesitaba enemigos y mucho menos a Peter y a su madre.

En el pueblo todos los habitantes eran importantes, pero la mayoría tenía la costumbre de escuchar y dejarse influenciar por las opiniones de un pequeño grupo. Ese grupo estaba formado por los dueños de los negocios, el de la cafetería, de la tienda de ropa, de la ferretería, el del bar.

Ahí donde la gente iba a comprar o a tomar algo tenían lugar las discusiones más extrañas. Hablaban de todo desde la educación de los hijos hasta la ropa que vestíamos. Más de uno se divorció basándose en los cotilleos de esos sitios.

Y cuando dije que estaba jodida era verdad, Peter hablará mal de mi delante de todos sus clientes, Greta lo hará con los que iban por cualquier asunto al ayuntamiento y Tim, el hermano de Greta, en la cafetería.

—El sheriff parece que sabe lo que tiene que hacer —declaró Trent mientras miraba a Nate subir al coche.

—Lo sabe —murmuré.

—Entonces, ¿por qué te ves como si el mundo está a punto de acabar?

—Nate es un buen sheriff, pero no puede hacer nada contra los cotilleos y si Peter está decidido a hundirme lo conseguirá. No necesito mala publicidad para las cabañas y menos ahora cuando acabamos de empezar.

—Nena, ¿qué puede hacer? Tus clientes no serán los habitantes del pueblo, ¿qué más da?

Importaba y mucho, pero elegí callar porque la verdad es que prefería no pensar en lo que podía pasar. Sí pasaba, mejor dicho, cuando pasará ya veré lo que se puede hacer. Tal vez me veré obligada a pedirle a Trent que haga uso de sus conocimientos sobre cómo hacer desaparecer una persona.

—Vamos a desayunar, tengo que irme rápido —le dije a Trent.

Me miró y no me hacía ilusiones que había conseguido esconder la preocupación, lo vio en mi mirada y por eso tomó mi cara en sus manos. Me besó y eso me hizo olvidar por unos breves momentos las preocupaciones.

—Todo saldrá bien —susurró Trent, asentí y lo dejé llevarme dentro.

Desayunamos tostadas luego cada uno fue a hacer su trabajo, Trent a construir mi cabaña y supervisar las obras, yo a ver a la abuela. La encontré... ¿mejor?

Entré en su habitación y ella estaba sentada en una silla, sentada y vestida, preparada para irse. No sabía quién le había traído la ropa de casa, pero iba a averiguarlo.

—Estoy lista —dijo ella.

—Buenos días, abuela. ¿Cómo te sientes hoy? —pregunté ignorando sus palabras.

Me senté en la cama y esperé. Ella tenía en sus ojos la mirada que solía asustarme de pequeña, sabía que iba a castigarme, pero ahora ya era mayor, ya no podía regañarme y castigarme por comer demasiados dulces o por quedarme demasiado tarde con mis amigos.

¿O sí?

Un par de minutos de sostener su mirada y tenía que admitir que estaba sudando a punto de confesar todos mis secretos.

—Quiero irme a casa. Ya.

Capítulo 11

Antes de poder responder se abrió la puerta y entró Jett. Yo me veía mal, preocupada con las obras, con Peter y con la abuela. Ella también estaba mal viendo como acababa de tener un infarto, pero Jett se veía como si le hubiera pasado un camión por encima.

—Vaya por Dios, hijo, ¿qué te ha pasado? —preguntó la abuela.

—Soy padre, eso es lo que ha pasado —gruñó Jett y no pude evitar echarme a reír, él me miró mal, pero ni para eso tenía fuerza.

—La paternidad suena bien solo en teoría, Jett, la práctica es otra cosa muy diferente — dije.

—Y tú lo sabes porque tienes... ¿cuántos hijos? —preguntó la abuela.

Quizás la abuela estaba mejor de lo que pensaba si era capaz de bromear.

—No es solo la niña —dijo Jett sentándose en una silla—. Es April, no la reconozco, es otra persona. Sé que no debería decir esto, pero no me gusta esta nueva April, grita y llora, es irritable, nerviosa, no duerme, no come. No tengo ni idea de que hacer, excepto meterme una bala en la cabeza, pero incluso así me ganaría un par de gritos.

El hombre, el médico que parecía tenerlo todo bajo control parecía a punto de hacer justo lo que dijo, poner fin a su miseria con una bala.

—Si convences a la abuela a quedarse un día más en el hospital yo voy a hablar con April e intentaré apaciguar su furia, ¿qué dices? —pregunté a Jett.

—¿Necesitas que te lleve?

—¡No me quedo ni medio día! —gritó la abuela mientras salía por la puerta, pero yo sabía que iba a quedarse.

Al fin y al cabo, la abuela era una buena mujer. Si podría de alguna manera ayudar a April y a Jett se quedaría lo que hiciera falta. Había aparcado en el aparcamiento subterráneo porque estaba nublado y no me quería mojar, pero cuando las puertas del ascensor se abrieron en el sótano no pude reprimir un escalofrío.

Una de mis primeras pacientes fue una mujer que había sido violada en un aparcamiento y desde ese momento les tenía miedo, no era normal y lo sabía, por eso intentaba no aparcar dentro. Lo hice pensando que esta zona era tranquila, si vives seis meses aquí llegarás a conocer no solo a los del pueblo también a los de los alrededores.

Aquí no pasaba nada, incluso lo dijo Nate, así que me regañé por ser tan miedosa y caminé hasta el coche. Y lo que no pasaba nada era mentira.

Había una rosa en el parabrisas, una rosa roja atada con un lazo negro. No sé porque, pero eso me provocó más miedo que la oscuridad del aparcamiento y desbloqueé el coche rápidamente. En un instante estaba dentro y con las puertas bloqueadas.

Aunque miré atentamente a mi alrededor no vi nada fuera de lo normal. Coches y más coches. Y la rosa que seguía en mi parabrisas.

Conduje fuera de ahí tan rápido como me permitía hacerlo sin matarme o matar a alguien más, lo hice con el corazón acelerado y con mi mente buscando algún índice sobre lo que estaba pasando.

¿Quién podría ser?

Un admirador secreto, pero nadie sabía a qué hora vendría a visitar a la abuela. Podría ser Peter, pero él me dejaría algo más mortal que una rosa, tal vez una flor carnívora.

O podría ser un error, alguien se había equivocado de coche.

Ya.

Mi coche era uno de ciudad, nadie en su sano juicio se compraría ese modelo y menos con las nevadas que caían en invierno dejando a todos incomunicados. Así que no había error ahí, esa rosa era para mí, lo que significaba era un misterio, pero algo me decía que no era nada bueno.

Conduje pensando en qué o quién podría ser responsable de eso y mientras lo hacía mis ojos volvían una y otra vez a la rosa. Aproveché el color rojo del semáforo y el hecho de que estaba en el centro del pueblo y que había mucha gente en la calle para bajar a coger la maldita rosa.

La tiré en el asiento y limpié mis manos con el gel antibacterial que guardaba en el coche. Aceleré cuando el semáforo cambió de color y no paré de mirar hacia atrás hasta que llegué a casa de April y Jett.

Incluso ahí aparqué y esperé unos minutos en el coche antes de bajar, mirando a un lado y al otro, buscando ni yo misma sabía qué.

—Eso se llama paranoia —susurré bajando del coche.

La casa de April era una construcción nueva, en la zona norte del pueblo y una que no conocía muy bien. Habían empezado a construir hace años cuando yo ya me había ido del pueblo y nunca tuve la oportunidad de verla.

Por lo que podía ver era para gente joven, familias con niños y no estaba para nada mal. Las casas eran diferentes, no esas cosas que parecían clonadas. El patio de April era muy cuidado, sin hierbajos y con un montón de plantas de diferentes colores.

Quizá debería pedirle ayuda con la decoración, se notaba que tenía buen gusto.

Llamé a la puerta y esperé. Y esperé. Finalmente, después de unos cinco minutos April abrió la puerta y entendí porque Jett se veía tan mal. Ella se veía como un zombi.

Cabello sin peinar, ojeras, una camiseta de Jett la cubría hasta la mitad de los muslos. La dicha camiseta estaba arrugada y le faltaban un par de lavados, o tal vez un buen fuego.

—Hola, Jane, no es un buen momento —dijo ella.

—Por la forma en la que te ves nunca lo será.

Entré sin esperar una invitación que sabía que nunca iba a llegar y después de dos pasos me detuve.

Si April y Jett se veían mal, pues su casa estaba cien veces peor. Cada superficie del salón estaba cubierta con ropa o con envases de comida, con biberones y paquetes de pañales o de toallitas. Y por cada superficie quiero decir mesas, sofás y sillones, suelo e incluso lamparás.

Luego cometí el error de mirar hacia la izquierda, hacia la cocina y casi tuve un infarto. Para una persona que amaba, que necesitaba que todo estuviera ordenado y limpio eso era el infierno.

Podía escuchar a April respirar con dificultad detrás de mí, quería darme la vuelta para decirle que no pasa nada, pero el llanto del bebé se me adelantó. Miré a April acercarse a la mini cuna que estaba en el salón y cogió en brazos a su hija. La acuñó y por un breve momento la niña se calló solo para empezar a gritar con toda la fuerza de un bebé que llevaba solo días en este mundo.

—No para de llorar, no importa lo que haga, no para. La sostengo, la alimento, le cambio los pañales, nada funciona. No duerme, no come y estoy muy cansada. Estoy tan cansada, me duelen los brazos, me duelen los pezones, me duele la otra parte cuando orino. Y huelo mal, ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que me di una ducha. Esto es horrible, Jane ¿y quieres

saber la peor parte? No amo a mi hija, ese amor que dicen que sientes por tus hijos en cuanto los tienes en brazos yo no lo siento. Algo está mal conmigo —dijo April, sus ojos nadando en lágrimas.

—No hay nada malo contigo —le aseguré.

Me acerqué y alargué las manos para coger a la pequeña, April me la dejó en un instante.

—Ve arriba, toma una ducha. Yo me encargo de la pequeña —propuse.

—Jane, yo —protestó April, pero sacudí la cabeza.

—Vete, confía en mí.

April se fue y me tomé un momento para disfrutar de la pequeña criatura que se había quedado callada en mis brazos. Era tan pequeña, tan suave y olía de esa manera tan especial de los bebés.

April estaba equivocada, amaba a la pequeña, pero estaba desbordada con todo y lo peor era que eso le impedía disfrutar de los primeros momentos de la vida de su hija. Un par de momentos más tarde la niña se quedó dormida y la dejé en su cuna.

Me quedé parada al lado de la cuna debatiendo en arriesgarme a tener un ataque de ansiedad por todo el desorden o a ganarme el odio de April por meterme en donde no me corresponde.

—¡A la mierda! —murmuré.

Iba a limpiar, le gustara a April o no. Primero recogí los envases de comida, tiré a la basura una parte y otra la coloqué encima de los otros que ya llenaban el fregadero. Después ordené la ropa, con la sucia llené una cesta que encontré en la cocina y la limpia le dejé sobre el sofá para doblarla.

Con esas dos cosas la habitación se veía mucho mejor, casi podías decir que estaba limpia si ignorabas el polvo. Luego pasé a la cocina y ahí tampoco fue muy difícil despejar las superficies. Guardé los platos del lavaplatos y lo llené con otros sucios, llevé fuera la basura y poco más.

Miré el reloj y me di cuenta de que había tardado menos de veinte minutos. Aproveché que April no había bajado y preparé café, normal para mí y descafeinado para ella.

Bajó un cuarto de hora después y me encontró tomando café y doblando la ropa de la niña. Se quedó en la entrada del salón sin saber qué decir o hacer. Su cabello estaba húmedo y llevaba un vestido camisero.

—Siéntate y toma tu café antes de que se despierte la niña —ordené y ella obedeció.

—Has recogido mi casa —susurró ella.

—Sí, te pediría disculpas, pero entre mi obsesión con la limpieza y el hecho de que tienes un bebé recién nacido creo que no hace falta, ¿verdad? Las dos conseguimos lo que necesitamos así que mejor no seguir hablando de ello, ¿qué te parece?

—Tengo miedo, Jane —confesó ella en susurros.

Lo sabía, se le notaba en los ojos, en la manera en la que se había sentada en el sofá. Sonreí sabiendo que había algo más que podía hacer y no solo recoger un poco su casa.

—¿Miedo de qué, April?

—De todo, de la niña, de no saber cómo cuidarla y no sé hacerlo. Traté de darle el pecho, a mí me duele y ella llora y se queda con hambre. Traté de darle el biberón y lo odia, ni siquiera quiere abrir la boca. Y eso es solo la comida, pero todo lo demás es una lucha. Se duerme en mis brazos y cuando la pongo en la cuna se despierta o si se queda dormida es durante media hora. Siento como que estoy cayendo en un pozo y no puedo salir.

—¿Y si te digo que es normal te sentirás mejor? —pregunté.

—¿Normal?

—Es normal, April. Tu cuerpo ha pasado por el parto que es bastante traumático, tu mente también y tus hormonas están por las nubes. Lo que necesitas ahora es ayuda, ayuda para cuidar a la niña, ayuda para limpiar la casa, ayuda para darte una ducha tranquila.

—No, mi hermana tiene tres hijos y lo hace todo ella sola. La casa, el trabajo, los niños. Sus hijos son perfectos, su...

—Ok, déjame decirte que tu hermana miente. Nada es perfecto y mucho menos cuando se tiene tres hijos. Con los niños llega el caos, los juguetes tirados por toda la casa, las comidas que duran horas, llanto y quejas a todas horas. Y está bien, April, está bien. ¿Y qué si tienes la casa desordenada? ¿Y qué si hoy no has tenido tiempo de darte una ducha o si has pedido comida porque no tienes ganas o tiempo para cocinar?

—Vale, entonces está bien que mi casa es un desastre, pero ¿qué hago con mi vida, Jane?

—La vives —dije y puse los ojos en blanco al recordar que Trent me dijo lo mismo—. Lo primero que harás es pedir ayuda, a tu madre, a tu hermana, a tu vecina o contratas a alguien. Tú solo tienes que preocuparte de ti misma y de tu bebé, no hagas nada. Aliméntala, báñala y duerme con ella hasta que os hayas acostumbrado una con la otra.

Mientras hablaba la niña se despertó y April la cogió, se sentó de nuevo y la colocó a su pecho. La pequeña empezó a amamantar enseguida, pero April parecía ida.

—¿April?

—Tenía que ser fácil, ¿sabes? Eso es lo que dicen, ten un hijo, se crían solos dicen —murmuró.

—Es que si te dicen que es difícil no vas a tenerlos. Deberían decirlo así cuando decides traer un niño al mundo estarás preparado para lo que viene. Y, April, los primeros meses son los mejores, los más tranquilos cólicos o no, son los mejores.

—Me estás asustando —dijo ella.

—No, te estoy preparando. Ves tú, dentro de un tiempo todo volverá a la normalidad, aprenderás a cuidar a tu hija y la vida será bonita de nuevo, pero hay muchas cosas que nadie te cuenta y que te mantendrán despierta durante la noche. Lo que tienes que hacer ahora es muy básico, comida, higiene y amor, luego empezará a caminar y tendrás miedo a que se haga daño. Irá al colegio y tendrás miedo a que le hagan daño. Y luego están las madres, esas mujeres que deberían apoyarse una a la otra, pero no lo hacen. Esas mujeres criticarán cada cosa que haces tú y tu hija. Si la vistes de rosa mal, si le pones azul mal también. Si la dejas jugar con muñecas mal y con coches peor. Así pasará con cada cosa hasta que...

—Hasta que las envíe al infierno —me interrumpió April.

La miré preguntándome si de repente había hecho un milagro, pero ella estaba mirando a la niña, a la mano pequeña de la bebé que estaba colocada sobre el pecho de la madre.

—Gracias por venir, Jane —dijo ella—. Necesitaba esa media hora sola y te pido disculpas por mi crisis nerviosa.

—No fue una crisis si después de una ducha has vuelto a ser la de antes y yo pensando que podía hacer milagros —me quejé.

—Puedes, necesitaba escuchar que está bien en no hacer nada, en dejar la cocina sin recoger y la ropa sin lavar. Jenny, mi hermana, lo hace todo bien. Sus hijos duermen toda la noche, comen de todo, sacan buenas notas, no gritan, no golpean. Pensé que debería hacer lo mismo, que tenía que hacerlo todo a la perfección.

—Solo existe una perfección, April, y es cuando tú estás bien, tú y tu familia. Riendo, durmiendo, casa ordenada o no, lo que cuenta es si eres feliz.

—Todavía no estoy ahí, pero creo que llegaré pronto —declaró April.

—Entonces mi trabajo aquí está hecho, debería volver al hospital a ver si tu marido ha cumplido con la suya —dije poniéndome de pie.

—Jane, ¿por qué mentiría mi hermana?

Suspiré, buscando la manera de explicar cómo funcionaba la mente humana, algo que yo tampoco había conseguido entender completamente.

—Una paciente, que fue la que me habló de todos los secretos de la maternidad, me dijo que es como una competición para la mejor madre. Cualquier cosa que el hijo no consigue hacer, que no hace igual que sus amigos o compañeros se refleja sobre la madre y eso la hace ver como una mala madre.

—Eso es una estupidez, cada niño es diferente —exclamó April.

—Lo sé, por eso mi paciente luchaba por conseguir un examen antes de tener hijos. Suena extraño, pero tal vez no es tan mala idea.

—¿Un examen? —exclamó April—. Eso me parece demasiado extremo.

—No lo es porque ni te imaginas cuantas personas dicen que no si sería posible no tendría hijos, pero eso es imposible cuando ya los tienes. Aman a sus hijos, eso sí, pero nadie sabe cómo de difícil es, nadie te lo cuenta y un día te despiertas que hay una pequeña o un pequeño que depende de ti y que tú ya has dejado de ser una prioridad. Y ahora me voy antes de darte más información, suficiente para una depresión —dije.

April se echó a reír y fue bueno verla feliz, lo había conseguido.

—Sabía que mi vida va a cambiar, pero pensaba que iba a poder con todo y me tomó por sorpresa, eso es todo.

—Pues ya lo sabes y también sabes lo que hay que hacer. Pide ayuda, April. Llámame, día o noche, para pedir ayuda o para hablar, para quedarme con la nena mientras vas a dar un paseo. Lo que sea, llámame.

—Lo haré —prometió April y por su mirada supe que iba a mantener su promesa.

La maternidad no era tan rosa como lo pintaban, era lo más difícil del mundo. No bastaba con traer al mundo a un hijo, con darle de comer y enviarlo al colegio. No, tenías que enseñarlo, que moldearlo, tenías que prepararlo para el mundo real. Tenías que enseñarle respeto, empatía.

Era difícil y un número muy grande de padres no lo conseguía, algunos intentan educar y lo que consiguen es traumatizar a los hijos. La paciente, Kelly, que era la experta en maternidad y educación, me contó lo que les decía a los padres cuando llegaban la primera vez a su consulta.

Antes de hacerle o decirle algo al niño ponte en su lugar.

Por lo visto esa frase hace milagros, para padres e hijos y solo espero que un día podrá usarla. Quiero hijos y los quiero ahora cuando todavía me queda algo de energía y paciencia para criarlos y educarlos. En un mundo perfecto los tendría con Trent, pero habría que esperar y ver si pasaba.

Conseguí volver al hospital sin ningún otro incidente, pero por si acaso aparqué enfrente del hospital. Ni había dado dos pasos cuando me encontré con Jett, el pobre me estaba esperando ansioso.

—¿Qué pasó? ¿Cómo está April?

—Bien por ahora —le dije y después de sentarnos le di un par de consejos.

Era más o menos de lo mismo que le había dicho a April, pero me había guardado algo y se lo conté a Jett. La depresión postparto no era ni una broma y debería estar pendiente de las señales de alerta.

Luego subí y tuve que contarle a la abuela también. No estaba preocupada, tenía

confianza en Jett, había visto que la amaba e iba a cuidarla. Almorcé con la abuela y mientras ella se echaba la siesta respondí a algunos correos.

Echaba de menos la consulta, los pacientes y solo llevaba fuera unos días. Sabía que no iba a aguantar mucho ser la dueña de unas cabañas en las montañas, necesitaba ayudar, necesitaba ejercer mi profesión.

Podía dejar libre una de las cabañas y abrir un consultorio, tal vez alguien en el pueblo o en los alrededores necesitaba un psicólogo. O tal vez alguno de los huéspedes, incluso podía ofrecer algunas horas gratis con las reservas.

Ven a pasar una semana en la tranquilidad de la montaña y te regalamos una sesión de terapia.

Ya, el marketing no era lo mío.

—Vete a casa.

Miré a la abuela que debía estar dormida, pero en cambio me estaba observando. Ella se veía mucho mejor, había recuperado algo de color y ya no se veía tan cansada. Jett me había conseguido no una si no dos días así que estará mucho mejor en el momento de venir a casa conmigo.

—Estoy bien aquí, gracias —respondí.

—Estarás mejor allí con ese novio tuyo, además dentro de nada llegará Ruth y me pondrá al tanto con los cotilleos del pueblo. ¿Quieres estar aquí para eso?

Si tenía opción pues no, prefería mantener la mentira de que no me importaba lo que pasaba en la vida de los demás, aunque me moría de ganas de saber y aconsejar. Que sí, que mi trabajo consistía en escuchar a las personas hablar de su vida y darles consejos.

¡Dios! Como lo echaba de menos.

—Prefiero que no si estás segura —dije.

—¡Vete! —espetó la abuela.

Besé su mejilla y la abracé un poco más de lo normal, cuando me enderecé ella agarró mi mano.

—Estoy bien, cariño —me aseguró.

Asentí y me fui abriendo la puerta justo cuando Ruth se preparaba para entrar y no estaba sola, su hermana también estaba con ella. Le eché una última mirada a la abuela sabiendo que esas tres mujeres juntas iban a meterse en problemas.

Me fui suspirando, sabiendo que ni siquiera ese infarto había conseguido calmar a la abuela. Ayudar a los demás estaba en su sangre y me hubiera gustado saber quién era su próxima víctima. Seguramente era April, pronto tendría a medio pueblo pasando por su casa para ayudar lo que no era tan malo.

Llegué a casa temprano, eso era un torbellino de actividad. Hombres por todas partes, maquinarias llenando todo de polvo y ruido y por un momento pensé en dar media vuelta e irme a donde sea. Pero luego vi a Trent y no había nada en el mundo que me llevara lejos de este sitio.

¿Sabes esas fantasías que tenemos las mujeres con los trabajadores, carpinteros, fontaneros, lo que sea? Pues yo no las tenía y siempre pensé que eran una tontería, ¿por qué fantasear con un obrero cuando podías hacerlo con Thor o con Capitán América? Iron Man tampoco estaba mal, en fin, que lo mío eran los super héroes no los simples mortales.

Hasta ahora. Hasta que vi a Trent vestido con vaqueros un cinturón de herramientas en sus caderas. Hasta que vi a Trent con el torso desnudo. Todos esos músculos, pecho, espalda, brazos, todo eso brillando en la luz del sol.

—Deberías cerrar la boca o podrías atrapar una mosca —dijo Will.

No tenía idea de cuando había bajado del coche, solo sabía que estaba apoyada contra la puerta mirando a Trent. Tampoco tenía idea de cuánto tiempo llevaba ahí o cuándo y de dónde había aparecido Will.

Cerré la boca.

—Me gusta —continuó él.

—A mí también —confesé.

—Deberías quedarte con él, me vendría bien un hombre como él en el equipo —sugirió

Will.

—Esa es la idea, quedarme con él, pero no deberías contar con él para tu empresa.

Dudaba mucho que Trent quisiera quedarse a vivir aquí y trabajar como albañil o algo parecido. Un hombre como él necesitaba la adrenalina y eso no lo podía conseguir ni en el pueblo ni construyendo o arreglando cabañas.

¿Qué diablos estaba haciendo entonces?

Vivir.

Recordé sus palabras y borrando de mi mente las dudas me despedí de Will y me dirigí hacia donde estaba Trent.

—Hey, llegas temprano —saludó él.

—La abuela me echó para poder urdir Dios sabe qué plan maquiavélico junto a sus dos mejores amigas.

—¿Debería preocuparme? —preguntó.

—No creo, estará ocupada durante unos días con April y Jett. ¿Cómo diablos has construido esto en un día? —inquirí.

La cabaña que antes solo tenía una pared ahora tenía cuatro y un techo a medias.

—Medio día y no puedo desvelar mis secretos —dijo él.

Su media sonrisa me recordó que había pasado medio día desde que lo había besado, pero la idea de acercarme a él era peligrosa, muy peligrosa. Trent estaba medio desnudo y sabía que un solo segundo en sus brazos con su boca sobre la mía iba a hacerme perder la cabeza, el pudor, todo.

—Jane.

—¿Eh?

—Hay un par de cosas que necesitas decidir —dijo Trent.

—No es un buen momento —dije sin apartar la mirada de sus labios, labios que estaban cada vez más cerca—. ¿Qué estás haciendo? No te acerques, Trent, hablo en serio —espeté, pero fue en vano.

Se acercó y no solo eso, me arrinconó.

—Me pregunto por qué me quieres lejos, nena. Sé que me deseas, lo veo en tus ojos, te estás muriendo por un beso.

—¿Un beso? —chillé antes de darme cuenta de que alguien podría escucharnos, bajé el tono de voz antes de hablar de nuevo—. No habrá manera en el mundo de detenerme después de un beso, Trent. Quiero mucho más que eso.

—Entonces tómalo —gruñó bajando la cabeza.

—Lo haría, pero no estoy en eso, el exhibicionismo no es para mí y si lo es para ti tal vez deberíamos reconsiderar nuestra relación.

Sonrió y me di cuenta de que el maldito me estaba probando. ¡Vale! ¿Quería jugar? Eso es lo que le daría.

Puse las manos en su cabello y acerqué su cabeza, en un instante mi boca estaba sobre la

suya, mi lengua en su boca y le estaba dando el beso de su vida. No me detuve, lo di todo queriendo ganar, queriendo ver a Trent perder el control.

Lo conseguí más rápido de lo que pensaba, solo unos momentos después cuando empujé su pelvis contra el mío, cuando sus manos se deslizaron sobre mi trasero manteniéndome quieta. Gané y no había dudas de que si quería llevar el juego más allá podría hacerlo, pero como no quería rompí el beso.

—Sabes que dos pueden jugar, ¿verdad, Jane? —preguntó Trent.

Lo miré, mi respiración más alterada que la suya y supe que nunca había tenido una oportunidad de ganar.

—Claro, pero vamos a hacerlo dentro donde puedo concentrarme en ti y en lo que me haces y no en que nos pueden ver en cualquier momento —sugerí.

—Nena, si puedes pensar en otra cosa mientras te beso es que lo estamos haciendo mal.

Podría decirle que no era verdad, que mientras lo besaba mi mente se había vaciado y solo cuando sentí su dureza contra mí recordé cuál era mi propósito. Pero no lo hice y en ese instante que me tomé para decidir Trent eligió para mí.

Me besó.

Esta vez luché contra él sabiendo que si se empeñaba iba a perder el control y no solo que le dejaría tomarme ahí, yo sería la que imploraría por ello. Pero luchar contra él, contra sus labios era en vano. Sabía cómo y qué hacer para conseguir mi rendición y aunque luché fue durante unos breves momentos.

Me entregué a su beso saltando y rodeando su cintura con mis piernas, acercando mi centro a esa parte suya de la que me separaba un poco de tela, mis bragas y sus vaqueros. Un trozo ínfimo de seda y una cremallera, menos de un minuto para deshacerse de las dos.

No pasó.

Las caricias que deseaba no llegaron. La ropa se quedó dónde estaba, cubriendo nuestros cuerpos. Solo un beso. Un beso que me dejó temblando cuando Trent me puso de pie.

—Dentro —gruñó antes de tomar mi mano y salir de la cabaña.

Pasó dentro.

Dentro, una vez que cerramos la puerta de la entrada, una vez que Trent me quitó la ropa, que se bajó la cremallera de sus vaqueros. Dentro.



La noche fue una repetición de la anterior, cenamos algo de lo que me habían traído las vecinas, hablamos sobre nuestro día. Trent me habló sobre madera y medidas, yo le hablé del engaño de la maternidad, pero por alguna razón no le hablé de la rosa.

Yo fui la primera en subir ya que Trent se quedó abajo para cerrar puertas y ventanas. Cepillé mis dientes y todo lo que hacía antes de irme a la cama lo más rápido que pude, quería sorprender a Trent vistiendo ese conjunto que había dejado en mi cajón.

No importaba que no era mi estilo, para lo que iba a durar podía aguantar, pero el plan se fue a la mierda cuando abrí el cajón y encima de la ropa me esperaba otro regalo. Una mordaza bola con una correa de cuero negro.

Había hecho mis cosas durante los años en la universidad, había probado de todo por lo menos una vez, pero tenía un límite. Nunca me dejé subyugar por un hombre o mujer, siempre tuve la posibilidad de decir que sí o que no, de levantarme e irme.

Esa mordaza era la herramienta perfecta para quitarme esa posibilidad y no la quería. Cerré el cajón de golpe, me puse una camiseta vieja y me tumbé en la cama. Esta noche tenía dolor de cabeza.

Fue justo lo que le dije a Trent cuando se tumbó a mi lado, de hecho, no fue exactamente así. Murmuré algo sobre dormir, fingiendo que estaba medio dormida. Me besó suavemente, me abrazó y me dejó dormir.

No era una cobarde, no, era una mujer que elegía a vivir un sueño durante poco tiempo. Los pocos días que llevaba con Trent me habían llevado a darme cuenta de que era el hombre para mí, mis sentimientos crecían con cada momento y por ahora me negaba a creer que había una parte de él que no me gustaba.

No que no me gustaba, una que no compartía. Había cosas que con el tiempo podría probar, experiencias nuevas, pero no se acercaría a lo que a él le gustaba. Y tendría que decirle adiós, no hay posibilidades para una relación cuando uno quiere algo y el otro no es capaz de dárselo.

Ni todo el amor del mundo, ni si el mundo se iba a acabar mañana podría cambiar como sentía acerca de esas prácticas. No podía con la sumisión, con el dolor, con todos esos artilugios que me inspiraban miedo y no placer.

Por ahora iba a seguir fingiendo, disfrutando de los momentos con él y cuándo llegará el momento le diría adiós sabiendo que lo intenté, llevando conmigo los recuerdos.

Capítulo 12

Dos semanas, eso fue lo que duró mi sueño y fue el sueño más increíble de mi vida. Tuve a Trent en mi vida.

A Trent que construyó mi cabaña, que me hizo el amor de manera suave o salvaje, que me enseñó a vivir la vida.

A Trent, el hombre que podía hacerme gritar de placer y que por la mañana me llevaba el café o el desayuno a la cama.

A Trent que pasaba horas hablando con la abuela del tiempo, de la política, de todo, que jugaba con ella al póker y la dejaba ganar.

A Trent que nos acompañaba a las revisiones al hospital, que nos llevaba a cenar y a tomar helado los domingos por la tarde.

A Trent que le rompió la nariz a uno de los hombres de Will cuando lo escuchó hablar mal de mí, lo que dijo es un misterio, pero me lo puedo imaginar. Y no, no estaba enfadada, si era algo estaba encantada por tenerlo ahí para defenderme.

A Trent que fue a la ferretería para tener una charla con Peter cuando las habladurías del pueblo no cesaron y tampoco las llamadas a la oficina del sheriff. Nate estaba harto, pero tenía las manos atadas. Aunque podía asustar a los habitantes del pueblo con la cárcel por las llamadas falsas, no podía hacer nada sobre los cotilleos.

Y luego estaba el Trent que no me gustaba tanto, el que me dejaba regalos en mi cajón de ropa interior. Antifaces, fustas, látigos, esposas, más conjuntos de lencería. Cada día las encontraba en mi cajón, a veces dos veces al día y todas esas veces las ignoraba.

Cerraba el cajón, cerraba los ojos y mi corazón. Si no las veía no existían, era tan fácil engañarme, mentirme a mí misma. Y él nunca lo mencionó, ni una maldita vez, y yo simplemente no quería terminar lo que había entre nosotros y por eso no hablé de ello.

Con la abuela las cosas iban muy bien, ni siquiera tuve que mentir o chantajear para que viniera a vivir conmigo. El día antes de su alta me dio una lista con todo lo que necesitaba de su casa lo que era casi todo.

Tuve que traer su cama, sus libros, su caja de costura, su máquina de coser, sus ollas y sartenes. Hubiera sido mucho más fácil mudarme yo a su casa, pero quería ver los avances en la renovación de las cabañas.

Vacíé una de las habitaciones de abajo y la convertí en el dormitorio de la abuela, pero como no quería tirar nada de las pertenencias de mis padres guardé todo en cajas e iba a subirlo al ático que era lo que tenía planeado para hoy.

Trent estaba fuera dando los últimos toques a la cabaña. Sí, en dos semanas la había terminado y estaba tan bien que quería irme a vivir ahí. La abuela tenía cita con Jett y Ruth se ofreció a acompañarla.

No me negué ya que la abuela estaba mejor, fuera del peligro y como dijo ella misma necesitamos un poco de tiempo a solas. La última vez que vivimos juntas era una adolescente, ahora era mayor, pero seguía teniendo algunas de las costumbres que volvía loca a la abuela.

Así que estaba sola en casa, sola con once cajas para subir al ático, ese ático donde tenía prohibido subir cuando era pequeña. Abrí la puerta y la escalera se deslizó con una facilidad asombrosa. Ni un ruido espeluznante, ni telas de arañas, ni toneladas de polvo.

Eso era extraño, pero no le di importancia. Subí sosteniendo la caja con una mano y

después de dejarla en el suelo eché una mirada a ese espacio que durante años imaginé que ocultaba monstruos que comían a los niños que se portaban mal.

Había cajas que según lo que ponía en ellas contenían libros, adornos de Navidad, ropa de bebé, más libros, copas de vino, platos e incluso juguetes. Parecía que mi madre no había tirado nada en su vida.

Contenta de que no había nada escalofriante ahí arriba bajé para subir las otras cajas. Once idas y vueltas me dejaron con piernas y brazos temblando y con muy poco espacio donde colocar las cajas.

A la última, teniendo en cuenta que casi no podía sentir mis brazos, la puse encima de otra y dos segundos después cayeron al suelo.

—Perfecto, malditamente perfecto —murmuré agachándome para colocar las cosas dentro de las cajas.

Justo cuando iba a ponerme de pie vi que uno de los libros había conseguido romper la madera del suelo. Me acerqué para mirar bien sabiendo que iba a pedirle a Trent a subir para arreglarlo cuando me di cuenta de que no estaba roto.

Era un escondite, una tabla de madera que se había movido cuando cayeron las cajas. Estaba pensando en tesoros, joyas y oro, mientras metía la mano en el agujero, pero lo que encontré fue un diario.

Bueno, los secretos de los antiguos dueños también eran interesantes. Eso satisfacía mi ansia por trabajar ya que había empezado a sentir que me estaba sofocando sin hacer nada en el pueblo. La reforma de las cabañas, abuela, Trent y aunque este último sabía cómo entretenerme aun así me sentía inquieta.

Me senté encantada con la idea de leer alguna historia de hace más de cincuenta años, pero al abrir y ver el nombre en la primera página supe que eran aproximadamente treinta.

Diario de Josephine Klein.

Mi madre.

Ella odiaba escribir, odiaba los diarios y lo sé ya que le pedía uno cada día desde que aprendí a escribir. No estaba segura si era buena idea leerlo porque sabía sin dudas que en ese diario no había nada bueno, al fin y al cabo, estaba escondido.

Las cosas buenas no se esconden, pero malas o buenas quería saber, quería leer lo que había escrito mi madre. Los echaba tanto de menos. Así que empecé a leer.

Esto no me está pasando a mí, a mí, Josephine Klein, hija de Caroline y Tim, esposa de Gary y madre. No puede ser verdad, es una pesadilla y en cualquier momento despertaré.

Me estoy engañando, ha pasado dos veces y volverá a pasar. ¿Por qué? Porque lo amo y si es lo que él necesita lo haré sin importar que odio hacerlo.

Odio cada segundo del tiempo que pasamos ahí. Odio el aire que respiro desde que entramos en esa casa. Odio la luz y el olor. Odio a los hombres. Odio sus miradas. Odio saber que me estarán mirando.

—¿Qué diablos pasó, mamá? —susurré, pero ni el ático ni las cajas me dieron la respuesta que deseaba. Eso estaba en ese diario, pero tenía miedo, tanto miedo que tuve que tomarme una pausa y respirar profundamente para calmarme antes de volver a leer.

La primera vez que Gary me llevó para pasar el fin de semana los dos solos pensé que me llevaría a algún hotel o spa, incluso pensé que íbamos de acampada. Nuestra pequeña niña, solo tiene tres meses, se quedó en casa con mis padres y ni siquiera el parto fue tan difícil como el momento en el que me separé de ella.

Mi pequeña niña, tan pequeña e indefensa, llorando por su madre. Pero me dije que

antes de ser madre era mujer y esposa, que nos merecíamos pasar un fin de semana relajados en algún sitio romántico. Gary no había vuelto a tocarme desde que estaba en el séptimo mes de embarazo.

Era el momento de retomar nuestras relaciones, de volver a lo de antes. Eso pensaba mientras subía las escaleras de ese edificio que creía que era un hotel o algo parecido. Vaya sí era un hotel, nos acompañaron a una habitación lujosa, demasiado lujosa para nuestros bolsillos, pero cuando le pregunté a Gary me dijo que no debía preocuparme.

Lo creí, ¿por qué no lo haría? Era mi marido, lo amaba, confiaba en él. No sospeché de nada ni siquiera por la noche cuando salí de la ducha y encontré un conjunto de lencería sobre la cama. Me pidió ponérmelo y obedecí.

Bajamos a tomar una copa y algo en el ambiente no me gustó. Las miradas de los hombres y los susurros, la manera en la que se movían las camareras, su ropa. Ese no era un bar normal, pero en ese momento no sabía exactamente de qué tipo era.

Lo supe cuando las luces se apagaron y se abrió una cortina. Detrás de una ventana había una habitación y dentro una pareja, una mujer atada a una cruz y un hombre completamente vestido a pocos pasos de ella.

La mujer estaba desnuda, sus ojos cubiertos con un antifaz y en la boca tenía algo extraño, algún tipo de mordaza. Y él, él sostenía un látigo. En ese momento supe qué era ese lugar y miré a Gary, pero mi mirada asustada encontró la suya que era el contrario a la mía.

Recuerdo que mi corazón latió como nunca al darme cuenta de que significaba esa mirada. Tuve que escuchar a la mujer durante media hora, sus gritos, sus gemidos y sus imploraciones.

Ese no fue lo peor, eso llegó cuando se cerraron las cortinas y Gary se acercó y me susurró al oído: Es nuestro turno. Tomó mi mano y aunque no quería seguirlo lo hice pensando que tendría un momento para hablar a solas, para pedir explicaciones.

No tuve tiempo, Gary me habló constantemente diciendo que iba a ser lo más excitante de nuestras vidas, lo mejor y un montón de otras cosas que me distrajeron hasta que me encontré en esa misma habitación.

Desnuda.

Atada.

Grité. Imploré. Gemí, pero lo hice sabiendo que una vez lo hiciera eso se acabaría. No quería estar atada o tal vez sí, nunca lo pensé. No quería estar en esa habitación sabiendo que detrás del cristal había muchos hombres mirando. No quería estar ahí y punto.

Se lo dije a Gary cuando volvimos a la habitación y pude tener otra primera vez esa noche. Pude sentir la fuerza de una bofetada, el dolor, la impresión, la vergüenza. Pero me convenció, me abrazó diciéndome que yo era su mundo, su vida, que desde que había nacido la niña ya no lo amaba como antes, que si quería volver a ser felices eso era lo que debía hacer.

Un fin de semana al mes, dos noches en las que debía dejarle hacerme esas cosas pervertidas delante de extraños. Cedió, ¿por qué? Lo amaba, teníamos una buena vida juntos, una hija y era el mejor de los maridos el resto del tiempo.

Han pasado tres meses, tres fines de semana que presuntamente fuimos a disfrutar como pareja, a olvidar que éramos padres. Lo que pasaba ahí no era lo peor, fingir lo era. Volver a casa y mentirle a la cara a mi madre cuando me preguntó si lo había pasado bien.

Día tras días conseguía olvidar hasta que las tres semanas pasaban y llegaba ese último fin de semana. En el momento en que dejaba a mi hija y subía a ese coche junto a mi marido me convertía en otra persona. Era un robot, seguía las instrucciones recibidas y después cuando

todo terminaba volvía a la normalidad.

Había llegado a acostumbrarme a lo que pasaba, me decía que eso no me pasaba a mí, era otra mujer, pero esta mañana Gary me dijo que tiene una sorpresa para mí. Una sorpresa en la casa, sabía que iba a ser mala, pero no pensé que tanto.

Iba a entregarme a otro hombre.

Aguanté muchas cosas, cosas que nunca me imaginé o deseé, pero creo que eso iba a matarme. No sé quién leerá este diario, ni siquiera sé por qué lo estoy escribiendo, tal vez porque necesito desahogarme, sacar todo eso que llevo dentro y que no se lo puedo contar a nadie más.

Mi padre mataría a Gary. Mi madre también. Entonces mi hija se quedaría huérfana de padre y ella ama a su padre, solo él consigue dormirla por la noche, calmarla cuando tiene cólicos. La niña de papá.

Paré de leer cuando las lágrimas, las mías ya que se notaban otras sobre el blanco, mancharon la hoja del diario. Mi madre, mis padres perfectos, la familia perfecta, ese amor malditamente perfecto era una mentira.

Los fines de semana que eran la envidia de todas las amigas de mi madre eran una tortura y el verdugo no era nadie más que la persona que debía amarla y protegerla. No quería seguir leyendo, solo llevaba unas páginas, pero igual que antes sabía que el resto será peor.

Miré la última página esperando encontrar una buena noticia o tal vez unas palabras explicando que todo eso era un manuscrito, una novela que mi madre quería escribir.

No puedo aguantar ni un día más.

Ni una caricia, ni un beso.

Siento asco cada vez que me toca, siento vergüenza, siento miedo. ¿Cómo pude dejar las cosas llegar hasta aquí? Años y años fingiendo que todo estaba bien, que él me ama y yo le amo. ¡Maldito amor y maldita el día en que le conocí!

Aguanté tanto por nuestra familia, esperando que todo pasaría, que un día Gary ya no sentiría que no lo amo, que ya no haría falta volver a ese sitio. Pero no, su excitación aumenta con cada fin de semana, su deseo de experimentar es cada vez más grande y pervertido.

No puedo aguantar, simplemente no puedo más.

Mi hija, la luz de mis ojos, el otro día me dijo que ella quiere un amor como el que compartimos su padre y yo. Tuve que esconderme en el cuarto de baño y llorar, este amor no se lo deseo ni al peor de los hombres.

No es amor, es otra cosa enfermiza, que pide y pide, abusa.

Gary quería una demostración de mi amor, se la di durante años y no recibí nada a cambio. No escuchó mi llanto ni mis plegarias, él quería eso e iba a conseguirlo.

Ya no lo amo, lo ha matado.

Lo odio, lo odio tanto como lo amé con toda la fuerza de mi alma y ha llegado el momento de terminar de una vez por todas con esta situación. Así que está es mi confesión, si alguien llega a leerla algún día.

En dos horas nos iremos de fin de semana y no volveremos, lo juro por la vida de mi hija que ni yo ni Gary volveremos con vida.

Cerré el diario despacio e igual de despacio lo guardé donde lo había encontrado. Tal vez podía olvidar que lo había encontrado y leído. Tal vez podía olvidar que la vida de mi madre no fue tan feliz como yo pensaba, que fue un infierno. Tal vez podía olvidar que acababa de averiguar que mi padre había sido un monstruo.

¿Cómo podía decirme que me quiere? ¿Cómo podía contarme cuentos antes de dormir y

verificar debajo de la cama por si había monstruos? ¿Cómo pude engañarme? ¿Cómo pudo hacerle daño a mi madre, a esa mujer que proclamaba amar con toda su alma?

¿Cómo pudo?

Tuve cuidado al colocar las cajas sobre la tabla rota, no quería que alguien más encontrase el diario, aunque no había nadie que podía subir aquí. Bajé y me dirigí a mi habitación para darme una ducha, de repente sentía mi piel sucia. Por lo menos eso fue lo que me dije, la verdad era que necesitaba una excusa para justificar los ojos rojos de tanto llorar y el champú era el culpable perfecto.

Me lavé el cabello y dejé salir todas las lágrimas, las que derramé por mi madre, por mí, por los años vividos en una mentira. No había nada que deseara más que volver atrás en el tiempo y rescatarla, decirle a mi padre que se fuera al infierno, llevarme a mi madre lejos de él, ayudarla a curarse.

Pero eso era imposible porque mi madre había acabado con la vida de los dos y por primera vez en mi vida ni una de las lágrimas era para mi padre. Ni una sola para el torturador de mi madre. Se lo merecía.

Merecía morir.

No le hagas eso a la persona que amas, no te aprovechas del amor que siente por ti, simplemente no se hace. Sí, mi madre fue débil, no pidió ayuda y se quedó al lado de un maltratador, pero no todas las personas pueden ser fuertes y luchar.

Aunque, al final mi madre fue la que puso fin a la situación.

Lloré y me quedé en la ducha hasta que sentí que ya no me quedaban lágrimas, ganas sí. Lo primero que hice después de salir del cuarto de baño fue caminar hasta la cómoda para coger ropa interior.

El vibrador que encontré en el cajón fue la gota que llenó el vaso. Grité y cogiéndolo lo tiré hacia la pared con la mala suerte de que le di al espejo. Siete años de mala suerte, ¿y qué? Ignoré los destrozos, me vestí y cuando escuché la puerta de abajo cogí el vibrador y bajé.

—Nena, necesito tu ayuda con algo —dijo Trent que justo salía de la cocina, una lata de refresco en su mano.

Me detuve en el último peldaño de la escalera y lo miré con toda la rabia que burbujeara en mi interior.

—Y yo necesito que cojas tus cosas y que te vayas de mi casa y de mi vida —espeté.

Por un instante vi cómo intentaba entender lo que estaba pasando, pero mi expresión no le dijo mucho.

—Jane, ¿qué pasa? —preguntó.

Su voz era suave, su mirada preocupada, pero no me dejé engañar.

—No quiero esto —chillé tirándole el vibrador que lo golpeó en el pecho, pero que Trent no cogió. Lo dejó caer al suelo y no le echó más que una mirada corta.

—Vale —murmuró—. ¿Por qué no empezamos desde el principio?

—No, he terminado contigo. Puedes llevarte tus regalos y metértelos por el...

—¿Qué regalos? —me interrumpió y estaba tan furiosa que no me di cuenta de que el aire había cambiado, de que sus hombros se tensaron y que su expresión cambió.

—¡No quiero! No te quiero, no quiero pasar por lo que pasó mi madre, no seguiré sus pasos. ¡Vete!

—¡Jane! ¿Qué regalos? —repitió Trent.

—¡Jesús! Eres justo como mi padre, un impostor. Solo vete, no quiero volver a verte en mi vida —espeté.

Trent dio un paso hacia mí y en ese segundo intenté recordar todos los movimientos de defensa que aprendí en la universidad. Ojos, entrepierna, ¿qué más? No tenía miedo, la adrenalina me hacía sentirme invencible y por suerte no tuve que usar la fuerza.

Alguien llamó a la puerta y sin apartar la mirada de Trent caminé para abrirla. Nate fue mi salvador y sin importarme la razón por la que estaba ahí aproveché su presencia. Cogí las llaves de mi coche, el teléfono móvil del cuenco y dándole la espalda a Trent salí al porche.

—Nate, este hombre ya no es bienvenido en mi casa. ¿Puedes asegurarte de que se vaya?

Ignoré las cejas arqueadas de Nate. Ignoré la manera suave y dulce en la que Trent pronunció mi nombre. Caminé sin echar una última mirada, ¿para qué hacerlo?

La verdad era que yo era hija de mi madre, era débil. Sabía que no tardaría mucho en caer en el engaño de Trent, de creer en sus palabras dulces, en sus promesas de un futuro perfecto justo como mi madre.

Subí al coche y salí de ahí lo más rápido que pude, algo que se había convertido en normal en los últimos tiempos. Correr y rápido. Pisé el acelerador hasta el fondo y aunque no tenía un destino en mente de alguna manera me encontré de vuelta a la ciudad.

Necesitaba hablar y solo había una persona que podía escucharme, que sabía que iba a estar de mi lado, que iba a entenderme sin importar que Trent era parte de su familia.

Aria.

No paré ni para comprar algo de beber ni para ir al servicio, lo único que hice fue llamar a la abuela y decirle que se quedara con Ruth el resto del día. Bueno, paré una vez, pero no tuve elección ya que cuando el coche de policía te señala para parar pues paras.

Paras, sonríes a pesar de que tienes los ojos rojos y que las lágrimas siguen brillando en tus ojos, y mientes diciendo que no sabías a qué velocidad ibas. El policía te mira, te pregunta si estás bien, si necesitas ayuda y te deja ir sin ponerte una multa por ir al doble de la velocidad permitida.

La vida era un sinfín de injusticias, de sueños rotos, de luchas, de decepciones y prometí que había terminado con todo eso. Era lo que había querido cuando corrí de vuelta al pueblo, llevar el negocio de mis padres y vivir tranquila, envejecer, pasar el tiempo tejiendo en el porche en compañía de mis tres gatos.

¿Y qué si tenía alergia a los gatos? Un histamínico y asunto arreglado.

Aparqué enfrente de la casa de los padres de Aria sin darme cuenta de que ella no estará ahí, mi mente estaba ida. Llamé a la puerta y fue Francisca, su tía, la que me abrió.

—¡Jane! Cuanto tiempo sin verte, pasa —invitó.

—Necesito a Aria —murmuré entrando.

—Aria no está aquí, cielo. Está Dios sabe dónde con ese novio suyo, seguramente en la cama.

—La necesito, Francisca, tiene que ayudarme —dije.

—¿Quién es, Francisca? —preguntó la madre de Aria, Zoey, llegando desde la parte de atrás de la casa, secando sus manos con un trapo de cocina—. ¡Oh, Jane! Qué bueno verte.

La alegría en su rostro se esfumó en cuanto se acercó y notó mis ojos rojos.

—Necesito a Aria —repetí.

—Sigue diciendo eso —le informó Francisca—. Voy a llamarla —dijo antes de desaparecer por el pasillo.

—Ven al salón, Jane —dijo Zoey y me dejó llevar.

Me senté en el sofá, acepté el vaso de bebida que me sirvió y esperé. Ella intentó mantener una conversación, pero no tuvo con quien, yo no tenía ganas de hablar.

Pasó el tiempo, Francisca llegó y se sentó al otro lado del sofá, el padre de Aria nos acompañó en algún momento y creo que lo saludé, no lo recuerdo. Pero salté del sofá en cuanto escuché el sonido de los tacones de Aria, escuché su voz.

Entró y rápidamente me acerqué, cogí sus manos y apreté con fuerza.

—Ayúdame, tienes que ayudarme —imploré.

—Lo que necesites, Jane, haré lo que sea —dijo Jane, llevándome hasta el sofá donde nos sentamos sin soltar sus manos.

—No quiero ser ella, no quiero vivir lo mismo que vivió ella y tienes que ayudarme. No soy suficientemente fuerte como para resistirme y sé que a su lado me convertiré en un robot. Él puede hacerlo, lo sé.

—¿Quién, Jane? —preguntó Aria.

—Trent. Él me puede transformar en esa mujer que no es capaz de decir no, ya lo soy y sé que si seguiré viéndolo cederé. Lo sé.

—Ese maldito chico —espetó Francisca.

En ese momento noté a los demás, Francisca y la furia reflejada en su rostro, los padres de Aria sorprendidos por mis palabras y el novio de Aria parecía relajado, pero no lo estaba. Ese hombre era peligroso y su apariencia tranquila era justamente eso, apariencia.

—Francisca, no —advirtió Zoey.

Las miré sin entender que pasaba, sin encontrarle sentido a esas miradas que cambiaron.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

—Nada, no está pasando nada —dijo rápidamente Aria—. Cuéntame qué pasó con Trent.

—Quiere algo que yo no le puedo dar y sé que si sigo a su lado me convencerá. No puedo aceptar eso, Aria, y tú me conoces, sabes que tarde o temprano cederé.

—¿Qué es lo que quiere? —habló por primera vez el hombre de Aria, Javier.

—Cosas —susurré sin querer entrar en detalles, pero de alguna manera parecía que él sabía a lo que me refería.

—Jane, te conozco muy bien y conozco a Trent, esto no tiene sentido —dijo Aria.

—Pero que venga después de diez años y decirme que me quiere, que quiere estar conmigo lo tiene, ¿verdad? Mira, lo que necesito es que hables con él, que le digas que no quiero estar con él. A ti te escuchará.

—Vamos a ver que esto es un sinsentido, le dijiste a Trent que no querías estar con él y sigue insistiendo, ¿o qué?

—Pues le dije al sheriff que lo quería fuera de mi casa —confesé.

—¡Ah, Dios! —exclamó Francisca.

—¡Válgame, Dios! —imitó Zoey.

—Yo... —Empecé a decir, pero las palabras se quedaron atascadas en mi garganta en cuanto miré hacia la entrada al salón.

Trent.

Estaba ahí y su expresión no auguraba nada bueno. Tenía sangre en la camiseta y los nudillos rotos, las manos hinchadas y sangrando. Sí, nada bueno iba a salir de esta pequeña reunión, pero la verdad es que las separaciones nunca se me dieron muy bien.

Al final siempre lloraba alguien, en la mayoría de los casos yo. Bueno, en este caso tampoco iba a ser diferente y cuando vi la manera en la que todos miraban a Trent me di cuenta de que había cometido un error grave al venir aquí.

Ellos eran su familia, no la mía. No tenía derecho a hablar mal de él delante de ellos, de ponerlos en su contra porque eso era lo que pasaría. Era su familia, pero yo era una mujer, la

mejor amiga de Aria, y no había dudas de que estarían de mi lado.

Y sí, lo quería fuera de mi vida, pero eso no significaba que quería hacerle daño a Trent. Ya no había vuelta atrás, debía seguir, terminar de una vez por todas con esta relación. ¿Había sido una relación o fue solo un engaño?

—Trent, deberías irte —dijo Aria, pero él no se movió, no apartó su mirada de la mía.

No dijo nada, simplemente siguió mirándome fijamente y su mirada me hizo preguntarme qué demonios hice.

—Sabes, Jane, te prometí que haría cualquier cosa por ti, por nosotros, pero sigues huyendo. Una vez más, eliges correr en lugar de hablar conmigo y me pregunto por qué sigues haciéndolo. He observado año tras año, relación tras relación, como hacías todo lo necesario para que esa relación suceda, pero no conmigo. Nunca tuve una oportunidad, ¿verdad, Jane?

—No, eso no es lo que pasó —dije.

—¿No? Se ve exactamente así desde donde estoy parado. Pensé que sentías lo mismo, pero obviamente estaba equivocado. Realmente espero que algún día encuentres lo que buscas y no tienes que preocuparte por mí, me mantendré alejado de ti, fuera de tu vida.

Eso era lo que quería, ¿verdad? Entonces, ¿por qué sentía que mi mundo estaba llegando a su fin? Aria tomó mi mano, me conocía, sabía que estaba a punto de hacer exactamente lo que temía, estaba a punto de decirle a Trent que se detuviera, que se quedara.

Estaba a punto de decirle que lo amaba, pero antes de que tuviera la oportunidad de abrir la boca, se volvió y comenzó a alejarse. Se detuvo un segundo después y miró a Francisca.

—Dijiste que era un idiota siendo malo con ella cuando era obvio que la quería. Fui un idiota porque sabía que ella tenía el poder de destruirme y ¿sabes qué? Ella lo hizo.

Y con esas palabras se fue. Trent salió de la casa de sus tíos, salió de mi vida porque si sabía algo sobre él era que siempre mantenía su palabra.

Lo quisiera o no lo nuestro se había terminado para siempre.

Giré la cabeza y seguí mirando a Trent, estaba caminando con pasos grandes hacia su coche y cuando estuvo a punto de subir un todoterreno negro con lunas tintadas le bloqueó la salida.

La puerta se abrió y bajó una mujer. ¡Jesús! Eso no podía estar pasando, no ahora. Verás, lo que pasa cuando una relación termina es que te sientes miserable y quieres que él sienta lo mismo. Lo que no quieres es verlo con otra mujer.

Otra mujer alta, morena, guapa.

Otra mujer que baja del coche y se acerca a él sonriendo (y en ese momento deseas que un rayo la partiera en dos ya que incluso estando tan lejos esa sonrisa iluminó su rostro haciéndola verse como una maldita princesa de cuento de hadas).

Y él después de escucharla durante unos breves momentos le devuelve la sonrisa.

¡Maldito Trent!

Espera, no, no maldito Trent, es maldita mi suerte.

Él quiere algo que yo no puedo darle. Punto, no hay más que decir sobre eso, no importa ni el amor ni nada. Excepto si quiero pasar por lo que pasó mi madre, si quiero convertirme en la esclava de un hombre.

Lo haría, lo sé y por eso a pesar de las ganas que tenía de salir y sacarle los ojos a la morena agarré con fuerza la mano de Aria.

—No me sueltes —susurré.

—No lo haré, te lo prometo —dijo ella y las dos miramos en silencio el encuentro de Trent con su amiga.

Hablaban y ella se veía relajada, feliz, contenta de estar en medio de la acera a un paso de Trent, el mismo Trent que no se alejó cuando ella se acercó para susurrarle algo al oído.

¡Lo sé! No lo quiero en mi vida, pero eso no significa que no me duele verlo con otra, que no duele saber que nunca cumpliré mis sueños a su lado, que no duele que solo un minuto después de romper conmigo está sonriéndole a otra.

Y eso no era todo, él asintió a lo que sea que ella le contó y dos segundos después un hombre bajó del todoterreno y después de abrir la puerta para la mujer Trent subió en el asiento del piloto. Se fueron juntos mientras que el hombre se subió al coche de Trent y los siguió.

El fin.

—Está casada.

Me giré hacia Javier y lo miré con el ceño fruncido.

—La morena está felizmente casada —continuó él.

—¿Eso a quién importa? —espetó Aria—. Trent y Jane son historia, es el momento de mirar hacia el futuro, aunque primero necesito saber toda la historia. Qué pasó, cómo pasó, dónde pasó, ¿entendido, Jane?

—Yo no —dijo el padre de Aria poniéndose de pie y acercándose al sofá, se inclinó y besó mi frente—. Yo no quiero saber nada más, tengo suficiente con lo que sé y, Jane, sé que lo que sientes por Trent es amor, amor del de verdad y que él siente lo mismo por ti. Todo lo demás son tonterías, no eres débil, no necesitas a Aria para detenerte por hacer algo que crees que es un error, lo que necesitas hacer es hablar. La comunicación es lo más importante en una relación.

—Y el compromiso, no olvides eso —intervino Zoey.

—Ya, eso también. Jane, sé que esto no es lo que quieres oír ahora mismo, pero os he observado durante años, a ti, a Trent. Hacéis una buena pareja, no lo echéis a perder sin intentarlo todo. No quieres vivir el resto de tu vida arrepentida por lo que pudo haber sido. Y eso es todo lo que tengo que decir, Zoey, Francisca, Javier, vamos a tomar algo mientras las chicas hablan.

Los cuatro salieron del salón, sí, ni siquiera Javier tuvo el valor de protestar o tal vez quería estar lejos de la mujer histérica. Que lo era, histérica quiero decir. Un momento quería una cosa, al siguiente quería otra cosa. Tenía un lio en la cabeza que no había manera de aclarar.

Aria me escuchó, le conté todo lo que pasó desde el día que Trent apareció en el pueblo hasta esa mañana cuando lo eché de mi casa. Mientras hablaba podía ver su expresión cambiando y como se mordía los labios para no interrumpirme.

—Vamos a recapitular —dijo ella, asentí a pesar de que no veía el sentido de hacerlo—. Amas a Trent y él siente lo mismo por ti, aunque ni uno ni el otro lo ha dicho alto y claro.

—Correcto.

—Vale, y el único problema es que a Trent le gusta el sexo de una manera más agresiva. Pero eso no te lo ha dicho él, lo has averiguado después de semanas de encontrar regalos en tu cajón.

—Acabo de decirlo, Aria, ¿a dónde quieres llegar?

—Conozco a Trent, no sus gustos sexuales, pero conozco al hombre y tú también, Jane. Piénsalo —dijo Aria.

—¿Pensar en qué?

—Lleva años criticando cada parte tuya, tu cuerpo, tu carácter y ahora cuando tiene algo importante de decir te lo dice de esa manera tan extraña, ¿dejando regalos sin una nota, sin asegurarse de que sabías sus intenciones?

—Yo... ¡Oh, Dios! No fue Trent —susurré.

No fue él, pero antes estuve tan segura como de segura estaba ahora que no lo fue. Trent

no es de los que se esconden, él va de frente dejando claros sus deseos.

El diario de mi madre me nubló el cerebro y en vez de tomarme un tiempo para analizar lo que había averiguado hice lo peor que podía. Culpé a Trent por los pecados de mi padre. Me vi a mí misma en el lugar de mi madre y reaccioné sin pensar que es normal en situaciones así, normal y algo habitual en mi caso.

Tal vez no estaba todo perdido, tal vez todavía tenía una oportunidad. O no, vi cómo me miraba Trent antes de irse. Lo he decepcionado y no estoy segura si estará dispuesto a intentarlo una vez más. Yo tampoco en su lugar, pero como él mismo dijo, ahora estaba de verdad desesperada.

Quitando el tema de sus gustos sexuales que por lo visto no eran verdad Trent era perfecto para mí y tenía que hacer todo lo posible para ganarme su perdón.

—Trent te perdonará, no te preocupes por eso ahora —dijo Aria.

—¿No? ¿Y en qué debo preocuparme si no en encontrar al hombre de mi vida, pedir disculpas y vivir feliz el resto de mi vida?

—Creo que Aria quiere decir que es más importante averiguar quién te dejó esos regalos si no fue Trent —intervino Javier.

—¡Javier! No me digas que has estado escuchando —espetó Aria.

—Vale, pero ya sabes que lo estaba haciendo sin querer —declaró Javier y le creí, pero Aria no.

Ella puso los ojos en blanco y aceptó la taza de café que le estaba ofreciendo, yo hice lo mismo, acepté la taza, pero él no la soltó. Incliné la cabeza y esperé.

—No debería involucrarme, pero he visto a Trent esa noche en mi club y esa mirada era la de un hombre dispuesto a todo para conseguir a la mujer que desea. Créeme cuando te digo que sin importar como de oscuros son sus deseos o pensamientos si tú no estás al bordo él no te obligará.

—No ha sido él —dijo Aria.

—Mejor entonces. Llámalo y vamos a seguir con nuestro plan —propuso Javier.

—¿En serio, Javier? Jane es mi amiga, no la he visto desde hace mucho tiempo, está pasando por un momento difícil y ¿en todo lo que puedes pensar es sexo? —espetó Aria.

Javier se encogió de hombros, se sentó al lado de Aria y cogió la taza que acababa de entregarle hace solo un minuto. Ella lo miró, sus ojos echando chispas hasta que él atrapó su barbilla con sus dedos y la mantuvo quieta mientras bajaba su cabeza y la besaba.

¡Dios!

Estaba feliz por ella y miserable para mí. Yo también había tenido un hombre que me cuidaba, me besaba y me hacía poner los ojos en blanco, pero reaccioné exageradamente y lo perdí todo.

Suspiré, me puse de pie y salí por las puertas francesas al jardín. Había anochecido y el aire fresco me recordó que llegaba el otoño. Tenía planes, muchos de ellos que incluían a Trent y tenía que ser valiente para arreglar lo que había estropeado.

Marqué el número de Trent y esperé.

Rechazó la llamada así que probé de nuevo. Segundo rechazo, tercer intento y así hasta que ya ni me pasaba la llamada. Trent había apagado su móvil.

No pasa nada, era una mujer desesperada y el hecho de que no me quería contestar no era un problema importante. Había pasado por peor que eso.

—Está dolido, dale un par de días.

Me volví hacia dónde venía la voz de Aria y lo hice sin limpiar mis lágrimas, las primeras

que dejaba caer por un hombre. Desesperada por encontrar a ese hombre perfecto, sí lo estaba, hice de todo, también, pero lo que nunca hice fue llorar por ellos.

Ni una lágrima derramé por los hombres que pasaron por mi vida, al parecer estaba esperando al hombre justo.

—Un par de días, ¿qué haré yo un par de días? Encerrarme en casa llorando y esperando una llamada, preguntándome, buscando las respuestas a como llegamos a esta situación.

—Seguirás con tu vida, Jane, eso es lo que harás y de vez en cuando, vamos a decir cada hora vas a llamarlo para que sepa que estás pensando en él. Cada hora de día o de noche, llamadas y mensajes.

—Ya.

—¿Ya? —chilló Aria, puso las manos sobre mis hombros y me sacudió—. No ya, mi Jane no renuncia. Si en dos días no te ha contestado pasas al siguiente paso, regalos, visitas a su casa, a su trabajo. Ya sabes eso, por Dios, si alguien sabe cómo acosar a un hombre eres tú así que deja de sentir pena por ti misma y ponte las pillas. Tienes a un hombre que conquistar.

—Vale, vale, eso haré —exclamé.

—Vale, pues manos a la obra —ordenó Aria y poniendo los ojos en blanco marqué de nuevo el número de Trent. Le dejé un mensaje de voz: *Lo siento. Llámame, por favor.*

Y esperé.

Capítulo 13

—Una sola palabra y no respondo de mis actos —susurré entre dientes.

—Bueno —dijo Aria acercándose—. Tomando en cuenta el hecho de que estás detrás de las barras de una celda puedo decir lo que sea sin tener miedo a lo que podrías hacer, ¿verdad, señorita Lee?

Sí, estaba en una celda y llevaba ahí desde anoche cuando entré en la casa de Trent. No fue allanamiento de morada ya que tenía una llave, Francisca me la dio, pero olvidó mencionar el sistema de alarma que sonó en cuanto di dos pasos dentro.

No solo eso, en treinta segundos estuve rodeada de policías que me llevaron a comisaría, me encerraron en una celda y se olvidaron de mí hasta hace una hora cuando por fin me dejaron hacer una llamada.

Debería haber llamado a Francisca o a Javier, Aria fue una mala decisión. Ella iba tan arreglada con su vestido negro entallado y por encima de las rodillas, con su cabello brillante y maquillaje perfecto.

Anoche yo también me veía de esa manera, vestido ajustado, aunque no tan corto traía más escote que el de Aria, cabello suelto como le gustaba a Trent y solo una pizca de maquillaje, de nuevo como le gustaba a él.

Eso fue antes de pasar una noche en una celda que olía de una manera que ni quería nombrar, aunque estaba segura que ese olor iba a perseguirme por el resto de mi vida. Mi vestido estaba sucio, yo estaba sucia y seguramente olía igual que la celda.

—Ahora no, pero la venganza se sirve fría, ¿no, Aria?

Ella se echó a reír, sabía que estaba mintiendo, ella y yo, las dos sabíamos qué hará todas las bromas posibles sobre mi noche pasada en el calabazo y no habrá ningún tipo de consecuencias.

Aria era mi mejor amiga, llevaba semanas ayudándome a conseguir el perdón de Trent y luego estaba el hecho de que me gustaba Javier. Era un buen hombre, un buen amigo, pero no lo deseaba como enemigo.

—Fría, con toneladas de hielo, Jane —dijo ella agarrando las barras—. Primo o no, te juro que Trent lo pagará, no hoy, no mañana, pero el día que menos lo espera lo pagará.

—Tal vez no deberías amenazar a alguien delante de un policía —susurré, pero el policía sonrió en lugar de hacer algo más intimidante como meterla en la celda conmigo.

—Ella es libre de irse.

Esas palabras acababan de convertirse en mis favoritas, tanto que pensaba en enmarcarlas y colgarlas en mi dormitorio para verlas cada noche antes de irme a dormir, cada mañana cuando despertaba. Para no olvidar.

Caminé al lado de Aria con mis tacones que hacían un ruido penetrante atrayendo la atención de varios policías que estaban trabajando en sus escritorios. Atención que no quería ya que vi la del primer hombre que nos notó, me echó un vistazo rápido antes de quedarse pasmado con Aria.

—Eso es tan injusto —me quejé.

—Esto es justo como tener a Javier conmigo, él también se queja cuando otros hombres me miran.

No le contesté ya que no hacía falta, entendía a Javier, los celos eran algo poderoso y

muy peligroso. Y cinco segundos después cuando Aria se detuvo para cambiar unas palabras con un hombre, abogado si podía adivinar por cómo iba vestido, recordé el peligro de los celos.

Él estaba ahí, Trent. Y no estaba solo, la morena lo acompañaba. Mi cerebro no registró la presencia de los otros tres hombres, dos vestidos de negro igual que Trent y un policía. Solo lo vi a él al lado de ella, tan cerca que sus hombros se tocaban.

¡Dios! Ella era tan alta, tan perfecta a su lado.

Y yo, yo estaba sucia, no había cerrado los ojos en toda la noche, no había dudas sobre quién prefería Trent.

—Señor Gallaway no presentará cargos mientras ella prometa que no volverá a molestarlo. Sin llamadas telefónicas, sin mensajes, sin regalos, sin visitas a domicilio o en su lugar de trabajo —decía el abogado, pero mi mente estaba concentrada en Trent y en la mujer, aunque sí que escuché la última parte—. Pena de prisión de seis meses a dos años.

Prisión, me estaba amenazando con denunciarme. ¿Me lo merecía? Tal vez, ya que hice todas esas cosas.

Lo llamé cada hora.

Le dejé un mensaje de voz cada hora.

Le envié videos y fotos de las cabañas.

Le envié flores, libros, bombones, camisas y un montón de otras cosas que él devolvió sin abrir.

Fui a verlo a la oficina, conseguir la dirección fue lo más difícil de mi vida. Francisca habló con la madre de Trent, pero ni ella sabía dónde trabajaba su hijo. Al final fue Javier el que encontró la dirección y cuando preguntamos como lo ha conseguido nos contestó que no queríamos saber.

Luego me di cuenta de que conseguir la dirección había sido la parte fácil, entrar en el edificio fue misión imposible. Ni fingiendo que trabajaba para la empresa de la luz y que venía a verificar el funcionamiento eléctrico. Ni cuando me hice pasar por chica de los recados que tenía que entregar un ramo de flores en la quinta planta.

Fue en vano, no conseguí ni siquiera pasar del mostrador en recepción. Por eso pasé al siguiente paso, su casa. El plan era entrar, prepararle la cena y esperar, pero no llegué ni hasta la puerta de la cocina.

¡Dios! Las bolsas de la comida se quedaron en la entrada de su casa, el pescado seguramente se habrá estropeado.

Sonreí pensando que tal vez, solo tal vez, ese pescado estaba podrido y durante semanas no iba a poder deshacerse del olor. La venganza era dulce, muy dulce.

Y volviendo al presente, Trent ni siquiera se dio cuenta de que estaba a dos metros de mí, no se giró, no dio ni una maldita señal de que estaba al tanto de mi presencia. Pero tenía que saberlo, ¿no?

Lo sabía y no le importaba. Me había dejado en esa celda durante una noche, noche que él seguramente habrá pasado con la morena. Ahora estaba justo ahí, charlando tranquilamente con sus amigos como si nada hubiera pasado.

Nada.

Ni las semanas que llevo haciendo lo imposible por contactar con él. Ni los cientos de mensajes en los que pedía perdón. Ni uno de los gestos que hice para demostrarle que quería una nueva oportunidad.

Nada.

Durante semanas fui de nuevo esa mujer desesperada, la acosadora que acabó en la

cárcel. ¿Y todo para qué? Para que él esté ahí como si nada.

¿De verdad quería estar con este hombre?

¿De verdad este era el hombre perfecto para mí?

¡No! ¡Malditamente no!

En este momento Trent era un miserable cobarde que durante semanas no fue capaz de dar la cara y de escucharme. Eso era todo lo que tenía que hacer. Escucharme. Pero lo hará ahora, quiera o no, me escuchará.

En el instante en que tomé la decisión mis piernas se pusieron en movimiento y en pocos segundos estaba justo donde él. Los cinco formaban un círculo y cuando me detuve detrás de uno de los hombres los ojos de Trent se fijaron en mí.

No me importó que un hombre estaba entre nosotros, que miraba a Trent por encima de los hombros de ese hombre. Tenía un momento para decirle lo que quería y me importaba una mierda si alguien más escuchaba.

—Eres un cobarde, lo único que tenías que hacer era decirme a la cara que ya no me quieres. Dime, Trent, dímelo a la cara.

El hombre que nos separaba dio un paso a un lado dejando el camino libre entre nosotros, Aria suspiró detrás de mí y no sabía en qué momento se había acercado. La morena ni siquiera intentó ocultar la sonrisa que iluminó su rostro.

Pudo ver la manera en la que reaccionaron los que estaban alrededor porque tenía tiempo. Sí, tenía tiempo ya que Trent no lo hizo de ninguna manera.

No me miró enfadado.

No me miró divertido.

No me miró irritado.

No me miró cariñoso.

Eso era la respuesta que andaba buscando, aunque no era la que deseaba. Se había terminado y no necesitaba escuchar las palabras, ya tenía la confirmación.

No sé cómo lo conseguí, pero no derramé ni una lágrima delante de él y de su nueva mujer, fui fuerte y mantuve su mirada.

—Di las palabras, Trent. Quiero recordar que fuiste tú, que fue tu culpa, que a pesar de todo lo que hice no fuiste capaz de perdonarme. Di las palabras y prometo que nunca más me verás de nuevo.

—Aquí no hay nada para ti, Jane —dijo Trent.

Su voz era tan inexpresiva como su mirada, estaba buscando una señal de que tal vez su voz decía una cosa cuando en realidad quería decir otra muy diferente. Pero no, no estaba tenso, ni furioso, ni aburrido. Simplemente pasaba de todo.

¿Sabes cuánto duele que pasen de ti?

Muchísimo, hasta el cielo y de vuelta, como un cuchillo clavado en el corazón y retorcido mil veces. Nunca tuve la mala suerte de ser apuñalada, pero creo que se sentiría así.

Durante las últimas semanas esperé que cualquiera de esos días Trent iba a devolverme la llamada, que iba a aparecer, que iba a perdonarme. Semanas de esperanzas que por lo visto eran solo una manera de alargar mi sufrimiento.

Ni siquiera podía culparlo, ¿verdad? Él lo dijo ese día en casa de sus tíos.

Se acabó.

Fue mi culpa, yo insistí e insistí cuando era obvio que él ya había pasado página. Miré a la mujer, a la que yo creía que era la nueva mujer en la vida de Trent y cuando encontré su mirada vi algo ahí que no tenía sentido.

Decepción.

¿Qué diablos pasaba con eso?

Decidí que no era mi problema, ya no, y me di la vuelta sin mirar a Trent. Ya no era mi problema, mi hombre, ahora era nada al menos hasta que conseguía olvidarlo. Eso no iba a ser fácil, ni un hombre me había hecho sentir tanto en tan corto tiempo, ni uno se había acercado tanto al hombre de mis sueños.

Tal vez eso era en lo que debía concentrarme para olvidarlo más rápido, él no era el hombre de mis sueños. Ese hombre me habría perdonado en un instante, no me hubiera dejado arrastrarme para conseguir su perdón, no me hubiera dejado llegar a estos extremos.

Sí, definitivamente era algo que debía tomar en consideración. Había vuelto a comportarme como una mujer desesperada y no debería haber pasado. Ni por él, ni por otro. La desesperación era para otros asuntos de verdad graves e importantes.

¿Hombres?

¿Amor?

¿Un futuro con una pareja cariñosa?

¿Hijos?

Nada. Podría vivir bien sin tener esas cosas en mi vida y por lo menos ese último podía hacerlo sola. Podía ser madre sin un hombre en mi vida. Podía tener a alguien solo mío, carne de mi carne, sangre de mi sangre.

¡Jesús!

Estaba perdiendo la cabeza, ni había terminado bien con Trent y ya estaba poniendo un nuevo plan en marcha, estaba buscando mi felicidad en otra persona. Un hijo para amarlo y amarme.

Definitivamente estaba perdiendo la cabeza y lo mejor que podía hacer era volver a casa, a mi casa ahí donde la abuela me esperaba. No hizo preguntas, simplemente me dijo: *ve a por tu hombre* y como es que sabía que algo había pasado era un misterio.

Yo no se lo dije, esa noche volví a casa y la encontré en la casa preparando la cena para dos. Sabía que Nate no se lo había dicho porque él odia los cotilleos, pero tal vez fue uno de los obreros que en el tiempo que pasé ahí con ellos averigüé que cotillear no solo era asunto de las mujeres.

Así que la abuela se quedó en mi casa con Ruth que vino a ayudar, fue idea de la abuela no mía, pero las cosas iban bien en casa. La salud de la abuela mejoraba con cada día, sus ganas de discutir por todo disminuían con rapidez y el nivel de involucramiento en la vida de los demás había aumentado considerablemente.

Al menos una parte de mi vida iba bien y una vez más prometí, juré que había terminado con los hombres. Solo me traían dolor, dolor de corazón y de cabeza y ya había tenido suficiente de las dos en mi vida.

Era el tiempo de decir adiós a ese sueño que fue basado en una mentira y vivir. Vivir sola y feliz, podía hacerlo, lo sabía. Trent podía quedarse con su morena, a mí ya no me importaba.

Que no, que eso era lo que me decía a mí misma mientras caminaba hacia la salida de la comisaría, que no me importaba, pero en el fondo esperaba escucharlo llamar mi nombre.

¿Crees que lo hizo?

No, lo único que escuché detrás fue el sonido de los zapatos de Aria.

Una vez fuera pude respirar tranquila, pude dejar caer las lágrimas que no tenía ni idea como había podido aguantar tanto sin derramarlas. Aria rodeó mis hombros con su brazo y juntas nos dirigimos hacia una limusina aparcada al otro lado de la calle.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Sentada en la parte de atrás de la limusina, con las mejillas mojadas y mirando hacia la entrada de la comisaria donde Trent estaba parado con la morena sacudí la cabeza.

—No, estoy llorando y no solo porque pasé la noche en una celda o porque el hombre que pensaba que era el amor de mi vida acaba de confirmarme lo que llevaba semanas sospechando. Es todo eso y mil toneladas de vergüenza. ¿Cómo dejé que esto sucediera de nuevo, Aria? ¿Cómo si hace poco tomé la decisión de renunciar a los hombres? Y caí, Dios, caí en el instante en que me miró, en que me besó. Me permití creer, esperar, soñar, ¿y qué conseguí? Un corazón roto, sueños perdidos y antecedentes penales.

—Trent es un idiota —declaró Aria girando la cabeza para mirar la pareja—. Y ella no me gusta, si se atreve a traerla a las comidas del domingo voy a ser la prima más borde del mundo.

Sonreí y por un momento me sentí bien, aunque sabía que tarde o temprano Aria iba a acabar por perdonar a Trent. Yo también, tal vez un día volveremos a lo que teníamos antes, odio y críticas. Algún día, pero no hoy, mañana tampoco.

—Es un idiota —repitió Aria y la miré horrorizada cuando se echó a llorar.

—Aria, ¿qué pasa? —pregunté, pero en lugar de abrazarme ella enterró su rostro en las manos y siguió sollozando de una manera que heló mi sangre. Parecía que el mundo se acababa, que había recibido la peor noticia del mundo y con cada segundo que pasaba mi corazón se volvía más y más pequeño.

—Solo quiero que todo el mundo sea feliz, ¿es mucho pedir, Jane? Si no todo el mundo por lo menos mi familia. Pero no, Trent tiene que hacerse el duro y de esta manera tengo a dos de mis personas favoritas sufriendo. Y quiero que sean felices, que seas feliz, Jane, quiero ser feliz y en cambio lo que siento es culpa por sentirme feliz.

—Aria, no tiene mucho sentido lo que me estás diciendo —dije, pensando que entre las manos que cubrían su rostro y su llanto me había perdido alguna parte importante.

—Estoy feliz con Javier y quiero seguir siéndolo, no quiero sentirme culpable por sonreír y besar a mi marido delante de ti. Sé que es egoísmo, pero no puedo ser feliz si tú no lo estás.

—Lo seré, pronto. Pero, Aria, tú también has pasado por muchas cosas hasta llegar a este momento y nada de lo que pasa, ni conmigo ni con nadie más, debe impedirte ser feliz. Te lo has ganado, disfruta.

—Pero tú —dijo ella bajando las manos y dejándome ver sus ojos rojos—. No es justo.

—La vida nunca lo es y no te preocupes por mí, volveré a casa con la abuela y dentro de unos meses cumpliré uno de mis sueños, pero esta vez lo haré sola —confesé.

—¿Qué harás?

No sabía si decirlo en voz alta, tenía la impresión que algo podría salir mal. Sí, por lo visto me había vuelto supersticiosa sin darme cuenta. Era Aria, mi mejor amiga, la mujer que estuvo a mi lado mientras acosaba a su primo, incluso me dio algunas ideas.

—Un bebé, voy a tener un bebé —dije y los ojos de ella bajaron en un instante hacia mi abdomen.

—¿Estás embarazada y no se lo has dicho a Trent? ¿Estás loca, Jane?

Fruncí el ceño dándome cuenta que todavía no me había bajado la regla, pero lo descarté enseguida. Nunca fui muy regular, además Trent estaba un poco obsesionado con el tema. Nunca olvidaba el preservativo ni siquiera cuando las cosas se ponían intensas muy rápidamente, ni siquiera cuando perdida en el placer lo imploraba.

Con o sin retraso no estaba embarazada.

—Ni loca ni embarazada, voy a acudir a una clínica y voy a tener un bebé mío y de nadie más.

—¡Aja!

—¿Cómo qué aja? —pregunté.

—No lo sé, me parece un poco extraño que pienses en esto justo ahora —dijo Aria.

—Lo es y por eso lo haré dentro de unos meses cuando haya tenido tiempo de olvidar lo que pasó con Trent. Y tengo que hacerlo antes de que aparezca otro hombre en mi vida que me haga perder la mente, con un bebé seré menos desesperada.

O al menos eso era lo que esperaba. Un bebé te necesitaba todo el día, toda la noche y un poco más, te quitaba toda la energía y era muy poco probable dejarte engatusar por algún hombre que lo único que quería era destruir tu vida.

Quería un bebé para criarlo en el pueblo, vivir ahí los dos felices y tranquilos. Era perfecto. No necesitaba a un hombre en mi vida para cumplir mis sueños.

Aria se ofreció a llevarme a casa y acepté. De vuelta a mi apartamento que todavía no había conseguido vender me senté en el centro del salón y miré las cajas llenas. Poco a poco en los momentos en que esperaba una señal de Trent había estado empacando mis cosas.

Toda mi vida estaba en esas cajas, recuerdos y remordimientos, logros y fracasos. Todo lo bueno que había conseguido en mi vida profesional y lo malo de mi vida sentimental.

Tres de las cajas contenían objetos que de alguna manera me recordaban a mis ex novios, libros, fotos, joyas que me habían regalado en cumpleaños o aniversarios. El plan era llevar esas cajas de vuelta al pueblo, pero ahora ya no estaba tan segura de querer los recuerdos de esa parte de mi vida.

Fruncí el ceño al darme cuenta de que Trent no había dejado nada, ni un regalo, ni una foto juntos, solo los recuerdos del tiempo que pasamos juntos. Poco, demasiado poco, aunque tal vez era lo mejor así.

Me levanté despacio y fui a tomar una ducha, había terminado con las lágrimas y la pena, mi vida continuaba.

Unas horas después la empresa de mudanza había vaciado el apartamento de cajas y lo único que quedaba era cerrar la puerta y decir adiós. No fue tan difícil después del día y noche que había tenido.

Cerré la puerta, bajé en ascensor hasta el aparcamiento y minutos después conducía mi coche fuera del edificio y fuera de la ciudad. Justo cuando faltaba poco por salir un cartel llamó mi atención, un concesionario de coches.

Una hora después salía de ahí en mi nuevo coche, otro Lexus ya que estaba enamorada de la marca y aunque era caro estaba de humor para darme un capricho. Esta vez había elegido un SUV, un todoterreno que era perfecto para el pueblo.

Y para un niño.

La idea del hijo iba cobrando fuerza con cada minuto que pasaba, pero había prometido que no iba a apresurarme. Eso no significaba que no podía adelantar un poco las cosas.

Dije unos meses, pero si empezaba en ese momento con todos los trámites y chequeos iba a tardar más de seis meses en quedarme embarazada y yo no quería esperar tanto. Así que mientras conducía llamé a una amiga que trabajaba en una clínica de fertilidad.

Hoy fue un mal día, pero no iba a terminar de la misma manera. Paula me dio cita para dentro de dos días con uno de los mejores médicos de la ciudad. Ser madre era ahora mismo solo cuestión de tiempo.

Para cuando llegué al pueblo mi excitación había bajado, el sentido común había entrado

en acción y me forzaba a tomar las cosas con calma que era justo que le había prometido a Aria.

Era de noche cuando aparqué mi nuevo coche y al bajar tuve que parar y respirar profundamente. La zona estaba irreconocible, no tenía nada que ver con la vista que tuve cuando llegué hace meses.

Entonces era un lugar abandonado y ahora estaba vivo, brillando e invitando a sentarte y a disfrutar. Las cabañas recién pintadas de gris no de colores como estaban antes y como quería, pero Will y la abuela había decidido que así era mejor.

No me opuse y menos cuando recordé que fue mi padre él que tuvo la idea de pintarlas de diferentes colores. Si hubiera sido posible le habría pedido a Will una excavadora para destruirlo todo, para no dejar ni rastro de la herencia de mi padre, pero había metido todos mis ahorros en este lugar y no era algo que podía permitirme.

Cada cabaña estaba iluminada, una luz en el porche, luego entre ellas había un camino de farolas que lo convertía en un lugar de cuento. Will había hecho un buen trabajo, ahora solo quedaba el interior y decorar las cabañas me vendría bien para quitarme de la mente a Trent.

Me dirigí hacia la casa e hice una mueca al verla, ahí no hubo reforma, ni siquiera una mano de pintura. Tendría que encontrar el dinero para arreglarla antes de empezar a recibir huéspedes.

¡Genial! Más trabajo para mí.

Capítulo 14

—¡No! De ninguna maldita manera —exclamé.

—Jane, hija —dijo la abuela con esa voz suave que en ese momento era lo peor que podía hacer, hablarme como a una niña pequeña.

Sí, mi reacción fue la de una niña malcriada, pero lo que la abuela quería era una estupidez.

¡Salir a cenar con Nate!

Nate, que sí, que era el sheriff y como la mayoría de las mujeres yo también sentía una debilidad por los hombres en uniforme, que era guapo, inteligente y que tenía una sonrisa bonita.

¡Que no!

Nate estaba enamorado de otra mujer y todos lo sabíamos, no iba a empezar algo con un hombre que amaba a otra mujer y menos cuando yo amaba a otro.

—¿No entiendes que es perfecto? —continuó la abuela, agarrando mi mano viendo que iba a levantarme de la silla—. Esa chica nunca volverá, Trent tampoco y ¿por qué tener un hijo con un desconocido cuando puedes tenerlo con Nate? Tiene una gran familia, buena familia que os echará una mano con el bebé.

—Abuela, no y no quiero hablar más, ni siquiera quiero esta idea en mi cabeza —espeté.

La abuela no estaba de acuerdo con mi idea de ser madre soltera y aunque en la última semana no dijo nada esta mañana vino con la brillante idea de casarme con Nate. Dijo boda, lo hizo y no lo podía creer.

La misma mujer que colocó cajas de pañuelos por toda la casa sabiendo que en cualquier momento iba a echarme a llorar al recordar a Trent. Esa mujer que si no hubiera sido por Ruth habría cogido el coche para buscar a Trent y traerlo de vuelta.

—No me importa, si quieres un hijo tienes que pensar en todo, Jane, y déjame decirte que criar a un niño sola no será fácil. Sé que no quieres pensar en ello, yo tampoco quiero, pero hay que ser honestas. Estarás sola, estás sola, Jane, no hay nadie más excepto yo y no es lo que yo quiero para ti. O para mí, quiero morir en paz sabiendo que tienes a tu lado un hombre fuerte y seguro, que te cuidará.

—Yo también quería eso, pero ahora me doy cuenta de que puedo sola. Los hombres solo traen problemas o al menos ese es mi caso. Sé que no será fácil y por eso me quedaré en el pueblo, aquí siempre hay alguien dispuesto a echar una mano si es necesario. Y tengo a Aria.

—No lo conseguiré, ¿verdad? —dijo ella resignada.

—No, pero ya verás que dentro de unos meses cuando vayas a sostener a tu bisnieto en brazos me darás la razón.

—Que sea bisnieta y lo reconsideraré.

Así de fácil zanjamos el asunto y me hubiera gustado ser igual de fácil olvidar a Trent. Han pasado siete días desde ese día en la comisaría y en vez de mejorar con el paso de los días las cosas empeoraban.

Como por ejemplo ahora, después de recoger la cocina dejé a la abuela viendo la televisión y subí a dormir. Las cabañas, aunque a primera vista estaban terminadas todavía necesitaban un montón de cosas.

Una limpieza a fondo, colocar los muebles, restaurar muebles, comprar muebles, comprar cojines y otras cosas decorativas. Había tantas cosas por hacer, tantas decisiones por tomar y yo

tenía muy mal gusto.

Justo ayer entré en una tienda para comprar cortinas y cuando vi la mirada que me echó la dependienta cuando pregunté el precio de unas cortinas de color rosa decidí que era el momento de pedir ayuda.

Por eso mañana tenía una cita con April, yo iba a cuidar a su bebé y ella iba a salir de compras con mi tarjeta de crédito. Le tenía más miedo a April con la tarjeta que a quedarme con un bebé.

Necesitaba descansar para poder afrontar lo que sea que iba a traerme una mañana con una bebé y después de una ducha corta me tumbé esperando dormir rápidamente. Pero no, como llevaba pasando desde que eché a Trent de mi casa y vida los recuerdos volvieron en cuanto cerré los ojos.

—*Lasaña* —dije.

—*¿En serio, Jane? Lasaña es lo más fácil del mundo, pídemme otra cosa más complicada.*

Era una mañana de domingo y estábamos los dos en la cama, desnudos y saciados, pero hambrientos. Ni uno quería abandonar la cama para preparar el desayuno y dije que iba a ir yo, pero él tenía que preparar la comida. Y tenía que ser algo bastante bueno como para impresionarme.

—*Lasaña es complicada* —espeté y Trent sacudió la cabeza.

—*Vale, si eso quieres eso tendrás* —aceptó.

—*¿A qué no fue tan difícil?* —pregunté sonriendo.

Trent era a veces difícil, pero difícil con las cosas pequeñas como aceptar mi ayuda y justo anoche tuvimos una pequeña discusión cuando le ofrecí ayuda para terminar de pintar la cabaña.

Lo hice con todo el egoísmo del mundo, lo quería para mí, dos días enteros para mí sin necesidad de abandonar la cama. Pero él no lo vio de esa manera, tampoco sé muy bien qué se le pasó por la cabeza cuando rechazó mi oferta en un instante.

—*Difícil no es aceptar ayuda, es pedirla y esperar* —dijo él.

—*¿Cómo?*

—*Desde que tengo memoria siempre hemos vivido con la ayuda de mis tíos, que si dinero para llegar a fin de mes, que si tenía que recogerme del cole porque mi madre estaba trabajando. Desde siempre, no sé cómo o cuando pasó, pero entendí que si quería algo era mejor obtenerlo yo mismo.*

—*Teniendo en cuenta lo que me has contado sobre la relación con tu padre seguramente tiene algo que ver con él.*

—*Tal vez, pero ten en cuenta que no me gusta pedir ni ayuda, ni favores, ni nada. Si no puedo hacerlo yo mismo entonces no vale la pena* —explicó Trent.

—*¿Sabes? Me gustaría quedarme aquí y profundizar en tus traumas, pero tengo hambre.*

Era verdad, tenía hambre y también era verdad que no quería saber lo malo que lo había pasado Trent en su infancia y adolescencia.

—*A mí me gustaría algo más que comida* —dijo él e inclinándose susurró en mi oído lo que le gustaría.

Como era también algo que me gustaba asentí y me levanté para sentarme a horcajadas sobre él. Lo guie dentro de mi deslizándose con una facilidad asombrosa mientras su boca atrapaba uno de mis pechos.

—*Despacio, nena, despacio* —gruño Trent cuando solo momentos después aumenté el ritmo.

—Podrás tener el tuyo más despacio —dije a punto de alcanzar el orgasmo—. El mío lo quiero rápido y fuerte.

Abrí los ojos intentando echar de mi cabeza ese recuerdo, lo conseguí hasta que otro llegó y no me quedó más remedio que recordar.

—Vamos, Jane, no puede ser tan malo —dijo Trent.

Por malo quiso decir que el agua no podía estar tan fría, pero, aunque estábamos en verano de noche el agua del río no era fría, estaba congelada. Lo sabía, había intentado bañarme aquí cuando era una niña y pillé una neumonía.

—Confía en mí, es peor que malo —respondí acurrucándome en la chaqueta de Trent, mi jersey no abrigaba suficiente y él se la había quitado para vestirme con ella.

—¿Y si prometo calentarte? —preguntó empezando a desabrochar los botones de su camisa.

Lo miré mientras uno a uno terminaba con los botones, como pasaba a la cremallera de los vaqueros y lo dejé, disfruté del espectáculo porque si lo estaba ofreciendo no iba a girar la cabeza.

Sonreí mientras lo veía caminar hasta el agua y fruncí el ceño cuando lo vi entrar sin ningún problema, ni un gesto. Y sabía que estaba fría, lo sabía, pero de alguna manera él había entrado como si eso era el agua de su bañera.

—No le tienes miedo a un poco de agua fría, ¿no, Jane? —insistió Trent.

Durante dos segundos no, podía hacerlo, y por eso me quité la ropa mucho más rápido que él. Cuando entré en el agua mordí mis labios para no gritar. ¡Eso estaba más allá de frío! Pero conseguí caminar hasta donde estaba Trent, el agua llegando un poco por encima de mis rodillas.

—No está tan mal —dije sonriendo, aunque por la sonrisa de él supe que lo mío era de todo menos una sonrisa.

Pero era justo lo que necesitaba, distraerlo para poner mis manos sobre su pecho y empujarlo. Lo tomé por sorpresa y por eso tuve un segundo de gloria al verlo caer en el agua. Solo un momento antes de empezar a correr hacia la orilla, llegué y pensé que me había librado de la venganza de él.

Pero no.

—¿A dónde vas tan rápido, nena? —preguntó Trent justo en el momento en que mi pie derecho pisaba la orilla.

Chillé por el susto y por los brazos que me rodeaban, brazos fríos, tan fríos que pensé que me iba a congelar en ese momento.

Trent me dio la vuelta y atrapó mi boca en un beso frío, duro, salvaje. En unos momentos olvidé el frío, la venganza y que estábamos en el bosque a medianoche. Lo dejé tomarme justo ahí en el suelo frío y duro con nuestra ropa como colchón.

Mi mente estaba ahí, en ese recuerdo, mi cuerpo también. Casi podía sentir las manos de Trent acariciando, sus besos, sus gruñidos. Había olvidado cómo me sentía cuando estaba con él, segura, protegida, amada.

Mis ojos se abrieron en cuanto escuché un ruido, el suelo del pasillo tenía más años que yo y crujía cada vez que alguien lo pisaba. Me quedé quieta en la cama esperando escuchar más crujidos, pero nunca llegaron.

La abuela subía, aunque lo hacía muy pocas veces. Estaba bien, pero las escaleras eran una tortura para sus rodillas y prefería no subir.

Ahí estaba otra vez el ruido, aunque menos ruidoso, como si alguien pisaba con cuidado.

¿Quién diablos estaba en mi casa?

Eso era importante, pero decidir qué hacer era mucho más. No sabía si era un ladrón, si debía correr y cerrar la puerta de mi habitación. El cerrojo no iba a aguantar y la madera tampoco.

Avisar a la policía, eso debía hacer, pero mi teléfono estaba sobre la cómoda donde lo había puesto a cargar.

¡La pistola! ¿Dónde diablos había dejado mi pistola? Intenté recordar donde la había guardado, estaba en mi caja fuerte en el apartamento y la cogí el último día que fui allí. La tuve en el bolso cuando llegué aquí, ¿dónde está?

Mientras yo estaba buscando una solución, el intruso llegó a la puerta de mi habitación, con los ojos entrecerrados vi como la abría despacio y sin hacer ruido. Demasiado tarde para hacer algo decidí fingir que estaba durmiendo, tal vez era un ladrón que iba a rebuscar un poco en los cajones y una vez que se dará cuenta de que no hay mucho que robar se irá igual como ha venido.

Lo vi entrar, un hombre alto y fornido, pero la oscuridad me impidió ver muy bien su rostro. Lo seguí con la mirada mientras se acercaba a mi cómoda, abría el primer cajón y no sacó nada de ahí.

Colocó algo dentro.

Ese era mi cajón con ropa interior, ahí donde había encontrado todos esos malditos regalos.

¡Era él!

¿Pero quién diablos era él y qué quería?

Me quedé un poco más tranquila sabiendo que no haré nada más que dejarme su pervertido regalo. Seguí quieta mientras él cerraba el cajón y se daba la vuelta, se acercó la cama y mi corazón empezó a latir con fuerza.

No sabía si cerrar los ojos para no ver qué pasaba a continuación, los tenía entrecerrados y era imposible para él darse cuenta de que no estaba durmiendo. Se quedó ahí mirándome mucho tiempo, tanto que empecé a sudar, mis músculos hormigueaban, mi cerebro me instaba a correr, correr lejos del peligro.

Estaba a punto de saltar de la cama y golpearlo con mis puños cuando se giró y se encaminó hacia la puerta. Se fue dejando la puerta entreabierta justo como la había encontrado.

Esperé escuchar los crujidos, pero no llegaron tan rápido como yo pensaba, como yo quería. Parecía que el intruso no tenía prisa en abandonar mi casa.

¡En el cajón en el cuarto de baño!

Ahí estaba mi pistola, el recuerdo llegó demasiado tarde, ¿o no? Los minutos pasaron muy despacio, pero finalmente escuché al intruso bajar las escaleras y di las gracias a mi situación económica que no me permitió renovar la casa. Si no hubiera sido por los ruidos no habría tenido manera de saber si seguía dentro de la casa o no.

Por lo menos sabía que estaba abajo. ¡Dios, la abuela! Ella estaba ahí, aunque con la cantidad de pastillas que tomaba seguramente estaba durmiendo profundamente. Despacio eché a un lado las sábanas y me senté sacando las piernas de la cama.

Eché a correr hacia el cuarto de baño parando un segundo para agarrar el teléfono móvil y cerré la puerta maldiciendo con cada ruido que hacían las bisagras de la puerta. Que sí, que era pobre, pero podía permitirme comprar un poco de aceite para las malditas puertas.

Eché el cerrojo y me apresuré hacia el armario, saqué la pistola. Ahora podía volver el cabrón, estaba preparada. Me senté en la bañera y esperé hasta que me di cuenta de que lo estaba

haciendo mal.

Debería pedir ayuda, no sabía si seguía ahí, si la abuela estaba a salvo. Debería llamar a alguien y lo hice, marqué el primer número que me vino a la cabeza.

El número de Trent, pero no me di cuenta hasta que contestó y escuché su voz.

—Jane —dijo él, pero antes de dejarme llevar por el miedo colgué.

¡Jesús! Solo con escuchar su voz pronunciar mi nombre me sentí feliz, estaba perdiendo la cabeza, definitivamente la estaba perdiendo.

Mis manos temblaban cuando marqué el número de la policía. Nate fue el que contestó y en cuanto escuchó que problema tenía gruñó órdenes.

—¡Quédate ahí y no salgas hasta que yo llegue!

Tampoco tenía planes para salir, en el fondo sabía que la abuela estaba bien. Ese hombre había entrado para dejarme otro de sus regalos y era toda mi culpa. Mi única preocupación en las últimas semanas fue volver con Trent y luego curar mi corazón roto.

El hecho de que alguien haya tenido acceso a mi casa y que tenía una obsesión conmigo se me olvidó completamente. ¿Cómo pude dejarlo pasar?

Trent, así es como pude.

Y si no hubiera sido Trent habría sido otro, siempre puse al hombre delante de todos mis necesidades y deseos. Inconscientemente o no, incluso ahora cuando estaba en peligro pensé en él.

Nate llegará dentro de poco y estaba segura de que iba a averiguar quién era el intruso, que el peligro iba a desaparecer y podré volver a mi vida normal.

Ya, como que no me lo creía, lo esperaba, pero no me lo creía.

Prueba de eso fue que cuando mi teléfono vibró con una llamada entrante el nombre de Trent estaba en la pantalla.

—Jane, dime qué está pasando —exigió Trent cuando respondí a la llamada.

—Marqué por error, lo siento —susurré.

—¡Jane!

—¡Jane!

Al mismo tiempo que Trent gruñía mi nombre la abuela me estaba llamando de detrás de la puerta del cuarto de baño. Me puse de pie y salí de la bañera, acerqué la oreja a la puerta y no escuché nada más que la voz de la abuela preguntando si estaba en el baño.

Ignoré la orden de Nate, la voz de Trent que se escuchaba bastante fuerte en mi teléfono que dejé sobre el lavabo y abrí la puerta. Era la abuela, tal vez ella también se había dado cuenta de que alguien había entrado y estaba asustada.

—¿Abuela?

—¡No, Jane! —espetó ella y luego chilló de dolor.

Mis ojos tardaron un momento en acostumbrarse a la oscuridad, mi cerebro unos pocos más en entender la situación y mi corazón menos en dar un sobresalto al ver a la abuela.

El hombre no se había ido, estaba en mi dormitorio amenazando a la abuela con un cuchillo en la garganta. Unas gotas de sangre manchaban su camisón blanco y la vista se me nubló. Ella no había sobrevivido a un infarto para ser asesinada por un pervertido en mi propia casa.

—¡Déjala ir! —dije apuntando la cabeza del hombre con la pistola.

—Vaya, vaya, que sorpresa, Jane.

¡Conocía esa voz! Y como si se hubiera dado cuenta de que cometió un error con una mano se quitó el pasamontaña que le cubría la cabeza y el rostro.

—¡Peter! —chillé y aun con la oscuridad vi sus dientes blancos cuando sonrió.

Y es que lo supe, ¿verdad? Sentí que algo no estaba bien con él, ¿pero hice algo? No, claro que no. Me líe con Trent y él se convirtió en todo mi mundo olvidando que había un peligro ahí fuera.

Esa sonrisa perfecta y algo torcida, que antes no lo era, me puso los pelos de punta. Ya había hecho sangrar a la abuela y ella sabía quién era él, así que cualquiera que fuera su plan no era bueno para nosotras.

—Sí, Peter, ahora suelta el arma, excepto si quieres verme rajarle el cuello a tu querida abuela —dijo él—. ¿Sabes qué? Mejor no lo hagas, prefiero matarla. Nunca me ha gustado con esa actitud de mujer buena y perfecta, la santa del pueblo. Y no lo es, su hija fue una puta y tiene sentido solo si la madre es puta también.

—¿De qué estás hablando, chico? —preguntó la abuela.

—Ah, no lo sabes —dijo dulcemente Peter y sabía que estaba a punto de contarle algo sobre esos fines de semana de mis padres, pero justo en ese momento se escuchó la sirena de la policía—. Bueno, lo dejaremos para otro momento. Suelta el arma o muere ahora mismo —ordenó Peter.

Aflojé los dedos y dejé caer el arma, pero lo hice despacio intentando ganar algo de tiempo, pero todavía no sabía que era en vano.

Peter empujó a la abuela hacia el otro lado de la habitación y se escuchó un ruido horrible cuando ella golpeó el suelo. Corrí hacia ella, pero Peter me agarró y empuñando el cuchillo me empujó hacia el pasillo.

—Muévete y no hagas nada estúpido si no quieres morir —gritó Peter.

Bueno, no quería morir y tenía plena confianza en Nate. Sabía que estaba justo ahí, al otro lado de la puerta de la entrada, podía ver las luces, y que no había otra salida de la casa. Así que mis probabilidades de sobrevivir eran grandes.

Ya.

Pero lo que yo no sabía era que Peter tenía otro plan, me llevó hacia la puerta del sótano y al bajar las escaleras empecé a perder las esperanzas. Empecé a luchar, pero sentí la punta del cuchillo clavarse en mi abdomen y renuncié.

—La policía está justo aquí, Peter, no hay manera de salir de esta —dije.

—Cállate y camina —gruñó.

—¿Dónde? No hay donde ir de aquí —espeté.

No le tenía miedo a la muerte, pero prefería no hacerlo en el sótano a manos de un loco. Y de nuevo Peter me sorprendió llevándome hacia el fondo del sótano, ahí donde solo había una estantería con libros.

Estantería que no sé cómo, se abrió dejando ver que detrás había un pasillo. Peter me empujó dentro del pasillo iluminado por pequeñas bombillas y pude ver como accionaba una manilla para cerrar la puerta.

Estaba muerta, no había dudas.

¿Y por qué?

No lo sabía, pero quería averiguarlo. Obsesión o no, Peter también sabía el secreto de mi madre y quería averiguar qué y cómo. No había ninguna razón en el mundo para que la memoria de mi madre fuera manchada por los pecados de mi padre.

Ni una maldita razón.

Capítulo 15

El pasillo que era más un túnel que pasillo, era justo para mí y demasiado pequeño para Peter, él iba caminando agachado y más de una vez deseé verlo levantar la cabeza solo para golpear el techo. Y si se golpeaba fuerte como para quedar inconsciente sería mucho mejor.

Pero no era mi día de suerte, seguimos caminando y si tenía que adivinar diría que estábamos ya más allá del centro del pueblo.

—A la izquierda —ordenó él y giré la cabeza echándole una mirada furiosa.

—Puedo hacer muchas cosas, Peter, pero traspasar paredes no es una de las que puedo hacer —dije sin saber de dónde venía el valor de contestarle al hombre que tenía un cuchillo y por lo visto no tenía miedo a usar.

—¡Muévete!

Seguí caminando hasta que llegamos a un cruce, giré hacia la izquierda sin esperar más indicaciones. Aquí el techo estaba más alto y las luces mejores dejando ver que las paredes eran de cemento y no de tierra como antes.

Tenía curiosidad por saber cómo es que existía ese túnel, pero no creía que Peter tuviera ganas de conversar. Después de un rato me hizo parar y me giró, mi corazón latiendo con fuerza al imaginar que aquí es donde iba a encontrar mi muerte, donde nadie iba a encontrar mi cadáver.

Al final no pasó eso, Peter abrió otra puerta y salimos en otro sótano, por el olor y la cantidad de cajas me imaginé que estábamos abajo en la biblioteca. Tenía razón, caminamos a través del edificio hasta salir en un callejón donde estaba aparcada una ambulancia.

Estábamos en el centro del pueblo que era mejor que debajo de tierra y recordé que en este callejón vivía el viejo Jim, un anciano que había perdido a su familia en un incendio y nunca se había recuperado. Vivía en una tienda de campaña, comía en la cafetería y si no lo supieras Jim parecía un hombre cualquiera no un sintecho.

Y en ese momento podía ser mi salvación.

—¡Socorro! —grité una vez, dos veces y antes de la tercera un puño en la cara me hizo gritar, pero de dolor.

Peter me arrastró hasta la ambulancia, me subió y ató mis manos con unas bridas. Luego arrancó y mientras salía del callejón vi un bulto tirado en el suelo. Jim, en una posición extraña y entendí que no había salvación de su parte. Jim ya estaba con su familia.

Miré a Peter que conducía tranquilo incluso cuando en el otro lado de la carretera pasaron tres coches de policía. Lo bueno era que iban a ayudar a la abuela, lo malo es que yo iba en el lado contrario y después de ver al pobre Jim muerto ya no tenía esperanzas de seguir con vida.

Sin embargo, si iba a morir quería saber la razón. Lo que sabía hasta ahora es que Peter tenía un tornillo suelto o varios y que no se tomó muy bien mi rechazo. Luego estaba el asunto de mi madre y de esos regalos que tenía la impresión que estaban relacionados.

—¿A dónde me llevas? —pregunté.

Pasó tanto tiempo que pensé que Peter no iba a contestar.

—Ahí donde todo empezó, donde mereces estar.

—¿Te importa ser un poco más específico? —insistí.

—La casa de los secretos y pecados, ese lugar favorito de tu madre y de mi padre. Tenemos tiempo si quieres escuchar la historia —dijo Peter y sentí la bilis subir hasta mi garganta, no quería y quería al mismo tiempo, pero él tomó mi silencio como un sí—. Ella tenía

que ser de mi padre, ¿sabes? La amó desde el primer día de colegio, pero tu madre creía que él era demasiado poco para ella y no le dio ni siquiera una oportunidad. Se casó con tu padre y poco después el mío tuvo el placer de encontrarse con ellos en la casa, esa casa donde cada deseo se cumple. La tomó, con o sin tu padre delante, fue suya como debía ser desde el primer momento y tú deberías ser mía. Tu padre y el mío hicieron un trato, tú fuiste mía desde el principio, pero los dos murieron antes de poder llevarlo a cabo.

Esto estaba demasiado, más de lo que podría haber imaginado. Mi padre que hace poco averigüé que era el peor de los maridos, pero un buen padre, resulta que era igual de malo. ¿Qué tipo de monstruo me había concebido?

Peter continuó hablando sobre los fines de semana cuando su padre decía que iba a pescar, pero de hecho iba a esa casa. Su padre era igual que el mío, pero con alguna enfermedad mental que empeoró la situación. Por lo visto poco después del accidente de mis padres le diagnosticaron un cáncer y pasó tres meses en la cama en la compañía de su hijo rememorando los buenos tiempos.

Su padre le contó todo lo que pasaba ahí, sobre mi madre, sobre como la suya no quiso saber nada de los que prefería su marido en la cama y amenazó con dejarlo si volvía a tocarla.

Una larga cadena de dramas, peleas, desgracias que nos llevaron a este momento en el que los hijos pagaban por los pecados de los padres. Peter estaba loco, de eso no había duda, pero tal vez si no hubiera sabido toda la historia de su padre con mi madre esto nunca hubiera ocurrido.

Tal vez.

—Y ahora vamos a cerrar el círculo, vamos a la casa. Tú y yo, tendremos la oportunidad de usar todos los regalos que te dejé. Lo pasaremos muy bien —dijo Peter.

Claro que sí, tal vez en su mente enferma porque no había manera en este mundo de que iba a dejarlo tocarme. No, ni muerta, pero ¿qué diablos podía hacer? Tenía las manos atadas e íbamos a gran velocidad por la carretera.

No podía pedir ayuda y sabía que una vez llegados a nuestro destino iba a ser imposible recibir algún tipo de socorro.

La lluvia había empezado a caer y mientras miraba como mojaba las lunas del coche una idea se formaba en mi cabeza. Una locura, un gesto que si me atrevía a llevar a cabo iba a librarme del sufrimiento que pretendía infligirme Peter.

—Lo dudo mucho —murmuré.

—¿Qué has dicho? —preguntó Peter sin apartar la mirada del camino.

—Que si fui capaz de romper con el hombre que amo porque pensaba que a él le gustaba ese tipo de cosas estoy bastante segura de que no voy a pasarlo bien contigo.

Peter frenó en cuanto terminé de pronunciar la última palabra y en un instante lo tenía sobre mí, sus manos rodeando mi cuello, apretando, impidiéndome respirar.

—Eres una puta, justo como tu madre —siseó él, su rostro cerca del mío—. Lo supe desde que te vi con ese, vi como lo dejabas besarte, tocarte ahí donde todos podían verte. Sin embargo, entendí que eras perfecta cuando te tomó en el bosque, ahí fui cien por cien seguro que eres la mujer para mí.

¡Oh, Dios!

Nos espío, Peter nos vio haciendo el amor. Lo sabía, sabía que dejarme llevar por la pasión era malo y aquí tenía la prueba.

—Pero —continuó él, aflojando un poco el agarré cuando vio que me costaba respirar—. No quiero escucharte hablar ni de él ni de otros de los hombres que disfrutaron de tu cuerpo.

Asiente si me entiendes, Jane.

Asentí.

—Buena chica —dijo y con su mirada en la mía acercó su boca.

¡No, por Dios, no!

Rezar no dio resultados, Peter me besó. Presionó sus labios sobre los míos y cuando no quise abrir la boca apretó mi cuello, tuve que hacerlo. Sentir su lengua dentro de mi boca fue horrible.

No podía decir que no, no podía gritar, no podía luchar. Lo odiaba.

Me quedé quieta esperando el momento en que Peter iba a soltarme y llegó. Separó su boca de la mía, quitó las manos de mi cuello y volvió a su asiento sonriendo.

No había esperanza para mí, ahora estaba segura de ello, pero hasta que llegara el momento de hacer algo todavía quedaba un buen camino y había algo que quería saber.

—Llamé la policía antes y la abuela les dirá que me has secuestrado.

—Eso no es un problema. Después de tres días en la casa vas a decir y hacer todo lo que yo quiera, volveremos y le dirás al sheriff que fue un juego. Luego nos casaremos y viviremos felices como debe ser.

Ya.

Ni Nate era idiota ni yo muy buena actriz, ese plan era una mierda, aunque no quería pasar tres días en compañía de Peter, sufriendo todo tipo de abusos. Seguiría adelante con mi idea, era lo mejor.

De todos modos, ¿qué tenía que perder?

La abuela vivirá unos años más, no muchos. Marido no tenía, hijos tampoco. Aria tenía a Javier y aunque sabía que iba a sufrir no iba a tardar mucho en olvidarme. Sinceramente, mi vida no tenía sentido.

¿Para qué vivir?

Para quedarme sola dentro de unos años, para ser madre soltera y criar a un niño sin abuelos, sin primos.

No, no había mucho sentido y mucho menos por lo que luchar, por lo que sufrir a manos de Peter si no había nada que valía la pena al otro lado.

Si hubiera tenido a Trent las cosas hubieran sido diferentes, tal vez habría aceptado lo que pretendía Peter haciéndome sabiendo que Trent me estaba buscando, que iba a rescatarme.

Nate iba a buscarme, pero dudaba de que fuera tan bueno como para encontrarme. ¿Quién diablos sabría de la relación del padre de Peter con los míos, de esa casa de los horrores? Tal vez había algo en el diario de mi madre, pero nunca llegué a leer todo y, además, estaba escondido en el ático.

Sin esperanza, en eso estaba yo, en una situación sin esperanza y sin salida.

Nos acercábamos al lugar que siempre había odiado, el lugar donde mis padres habían perdido la vida y donde esperaba perder la mía también. Y hablando de coincidencias locas estaba lloviendo justo como en la noche que murieron ellos.

Llovía, no había ni un coche a la vista y Peter no disminuyó la velocidad lo que era perfecto. Con cada metro mi corazón latía con más fuerza y recé por conseguirlo, aunque estaba mal. Lo sabía, pero esperaba que Dios iba a perdonarme.

Peter no me estaba prestando atención y esperé el momento justo para abalanzarme sobre el volante y girar hacia la izquierda, hacia el barranco más peligroso de la zona.

Él gritó, intentó empujarme, pero me agarré con fuerza al volante sabiendo que mi vida dependía de eso.

—¡Nos vamos a morir! —repetía Peter y quise decirle que esa era la idea, aunque en ese momento me di cuenta de que no había pensado en todas las implicaciones de mi acto.

La idea era escapar del sufrimiento que me esperaba y prefería la muerte, pero olvidé que al mismo tiempo Peter también iba a morir. Eso era asesinato, pero era demasiado tarde para hacer algo.

El coché se fue hacia abajo y lo hizo rápido. Tuve el tiempo justo para pensar que tal vez debería haberme puesto el cinturón y fue extraño porque el plan era morirme, no sobrevivir.

Volcamos o al menos eso creo que pasó, era difícil saber qué pasaba y con los gritos de Peter aún más. No quería que la última cosa que escuchaba antes de morir fuera la voz del hombre que era culpable, en parte, de mi muerte.

Quería escuchar la voz de la abuela o la de Aria.

¡Vamos, Jane, se honesta!

Quería a Trent, su voz, sus brazos a mi alrededor, sus ojos. Lo quería así que cerré los ojos y recordé cómo me sentí la primera vez que desperté en sus brazos.

Protegida, amada, como si nada malo pudiera pasarme.

Mi cabeza golpeó el parabrisas, sentí la sangre caliente mojar mi rostro y me dejé llevar.

Trent estaba ahí conmigo, el calor que sentía sobre mi rostro no era sangre, eran sus besos sobre mis mejillas, ojos y labios.

Volé por el aire y hasta que me envolvió el agua fría del río, me golpeé tantas veces que ni terminaba de gritar por un golpe antes de recibir otro. El frío me envolvió, la fuerza del agua me tiraba hacia abajo y ni siquiera intenté luchar.

No lo intenté, en mi mente estaba una sola cosa: Trent, su sonrisa, sus ojos, su voz llamándome.

—¡Jane!

Su voz era dulce y tal vez un poco diferente con un rastro de miedo y preocupación que no tenía sentido. En esos momentos necesitaba dulzura, cariño, solo cosas buenas. Definitivamente no necesitaba el dolor que sentía en todas partes, cabeza, brazos y mucho menos lo que sea que estaba apretando alrededor de mi pecho con una fuerza que me quitaba la poca vida que me quedaba.

—¡Jane, aguanta!

¡Sí! La voz de Trent volvió aún más fuerte y sonreí dejándome abrazar. Su cuerpo estaba caliente y olía tan bien.

—La ayuda está de camino, nena, aguanta un poco más.

¡Dios! Ni siquiera el Trent imaginario me hacía caso, era tan mandón como en realidad y como esto pasaba en mi cabeza me acurruqué mejor en sus brazos.

—¡Jesús, Jane, no me dejes solo! Quédate conmigo, amor, quédate conmigo.

¿Qué diablos?

Mi cerebro intentaba encontrarles sentido a las palabras, pero una neblina me estaba acaparando y no luché.

Se había terminado, lo sabía, lo sentía en mi corazón, en mis huesos, sentía como la vida se iba de mi cuerpo y no luché contra ello, me dejé llevar mientras susurraba las palabras que nunca había tenido la oportunidad de decir.

—Te quiero, Trent.

—¡Está vivo! —gritó el policía—. Necesitamos una ambulancia.

Nate maldijo, se dio la vuelta y maldijo una vez más. Era su culpa y de nadie más, tenía a un loco, un loco acosador en su pueblo y no lo había sabido. Ahora alguien inocente iba a pagar el precio y todo porque él no había sido capaz de hacer su maldito trabajo.

—¿Habéis encontrado a Jane? —le preguntó a uno de sus ayudantes.

—No, señor, seguimos buscando.

Deberían haber encontrado a Jane en lugar de Peter, a ese cabrón nadie iba a echarle de menos, aunque tal vez no era tan malo que estaba vivo. Nate necesitaba respuestas y aunque era muy claro que Peter había asesinado a su madre él quería saber la razón.

Toda la maldita situación no tenía sentido para él, excepto la obvia que Peter estaba loco y por eso hizo lo que hizo. Sin embargo, después de ver la escena del crimen y eso que no era un experto tenía dudas sobre la locura de Peter.

Era muy organizado, todo estaba en su sitio. Había apuñalado a su madre muchas veces, el número no lo sabrá hasta recibir el informe del médico legista, pero por la cantidad de sangre Nate pensaba que la mujer había recibido más de veinte.

Nate seguía sin entender cómo funcionaba el cerebro humano, que era lo que convertía en una persona normal en un asesino e incluso después de tantos años trabajando como policía pasaban cosas que le sorprendían.

Tenía vigilado a Peter, claro que lo tenía después de la paliza que le había dado Trent Gallaway y por la que Nate no había tomado ninguna medida. Trent tenía derecho a enfadarse con Peter, el hombre había entrado en casa de Jane y le había ido dejando regalos.

No tenían pruebas de eso, pero Trent estaba bastante seguro de que Peter era el culpable. Ese día que Jane le pidió asegurarse de que Trent abandonaba su casa Nate fue arriba a acompañar al hombre a recoger sus cosas.

Le gustaba Trent, pero no sabía qué había pasado entre los dos y prefería tenerlo vigilado. Es así como averiguaron, los dos, de los malditos regalos. Nate sabía que algo no estaba muy bien con Peter, pero sin pruebas ya que nadie lo había visto entrar en la casa de Jane y en los objetos no había huellas, no pudo hacer nada, excepto mirar para el otro lado cuando Trent fue a buscarlo a la ferretería y le dio una paliza.

Nate nunca dijo que era perfecto o que si era el sheriff del pueblo tenía que seguir la ley a punto y letra, a veces la justicia estaba ciega y había que echarle una mano. Peter pasó días enteros en el hospital y según sus informes debería seguir ahí, pero algo había fallado.

Aunque tenían ordenes muy directas de avisar a Nate antes de darle el alta a Peter el hospital olvidó llamar. También olvidaron llamar para denunciar el robo de una de sus ambulancias y Nate estaba más allá de enfadado. En cuanto arreglaba esta situación iba a tener una discusión con el gerente del hospital.

Ahora tenía que encontrar a Jane, le había prometido a su abuela que iba a traerla a casa sana y salva, tal vez era una promesa que no debería haber hecho. Tal vez, pero Nate tenía fe y más que eso, tenía confianza en Trent. Creía en ese hombre, en lo que vio en sus ojos cuando vieron la ambulancia caer en el barranco.

Ese amor no podía acabar de manera tan trágica.

—¡Necesito ayuda! —gritó alguien y ese alguien Nate reconoció como Trent, justo la persona en la que pensaba.

Iba subiéndolo con Jane en brazos, por la manera en la que se movía la cabeza de ella Nate supo que estaba inconsciente, no quería pensar que estaba muerta.

Dos médicos se apresuraron hacia la pareja, uno gritando ordenes, el otro verificando a

Jane. En un minuto la tenían sobre una camilla y la llevaban arriba hasta donde estaba la ambulancia.

Por un minuto mientras pasaban por delante de él se encontró con la mirada de Trent.

—Está viva —dijo Trent y Nate supo que más que avisarlo a él lo que Trent intentaba hacer era convencerse a sí mismo.

—Jane es fuerte, sobrevivirá.

La ambulancia con Peter hace mucho que se había ido, la de Jane también con Trent a su lado, aunque el personal médico había dicho que no era posible.

—Voy con ella y si intentas impedírmelo voy a sacar el arma y dispararte —amenazó Trent al médico.

El hombre no volvió a abrir la boca, simplemente asintió y subió en la ambulancia. Nate sacudió la cabeza pensando que la vida en el pueblo iba a ser mucho más interesante con Jane y Trent ahí, mucho más entretenida.

Nate creía en el amor a pesar de que a él le había traído solo dolor, pero en el fondo sabía que si Jane había sobrevivido a ese accidente de aquí adelante solo habrá cosas buenas. Nate tenía fe, por Jane, por Trent.

Capítulo 16

¡Jesús!

Quise abrir los ojos, lo intenté y me arrepentí en el instante que vislumbré un poco de luz ya que eso me provocó más dolor. Ahora entendía porque todo el mundo, bueno, la mayoría de las personas, le tenía miedo a la muerte.

El dolor era insoportable, tanto que pensaba que estaba sumergida en una de esas calderas en el infierno. Tenía sentido ya que me había quitado la vida y al mismo tiempo había matado a Peter.

Lo que no tenía sentido era la luz, ¿no debía estar oscuro allí abajo? El olor estéril tampoco cuadraba con mi idea del infierno.

¡Jesús!

No estoy muerta.

Eso sí que tenía sentido, el olor era de hospital, e intenté abrir los ojos una vez más. El techo blanco, las paredes indicaban que eso era un hospital, pero al mirar por la ventana me di cuenta de que estaba en casa.

En mi casa, en lo que había sido mi habitación desde que había vuelto, aunque ahora estaba pintada de blanco y los muebles habían desaparecido. Pude ver una nueva cómoda de color negro, un tocador del mismo color con un gran espejo y una silla muy mona enfrente.

Al lado de la cama una mesita de noche y un sillón amarillo. ¿Amarillo? Alguien se había vuelto loco al decorar la habitación. Giré un poco más la cabeza, despacio ya que el dolor era atroz y vi una puerta que antes no estaba.

Tal vez no era mi casa, pero al mirar de nuevo hacia la ventana vi las cabañas, el techo de la primera cabaña, la que construyó Trent, justo detrás la otra y otra. Estaba en casa, pero algo no estaba bien.

¡Peter!

Lo había conseguido, el maldito consiguió llevarme a la casa y ahora era su prisionera. Claro, el dolor que sentía debía ser por su culpa, por algo que me hizo y no lo recordaba porque ahora en serio, ¿quién querrá recordar algo así?

Tenía que salir de ahí y tenía que hacerlo ya.

Intenté sentarme, pero mis miembros, mis músculos, ni uno quería cooperar. A la quinta vez conseguí sentarme en la cama y ya perdí la cuenta de las veces que intenté ponerme de pie. Tuve que agarrarme al cabecero de la cama y a la mesilla para hacerlo, fue una verdadera tortura y lo que conseguí fue dar dos pasos antes de caerme en el sillón.

—Vamos, Jane —dije, pero incluso eso me costó horrores, cómo pretendía escapar de ahí era un misterio.

Respiré profundamente reuniendo toda la fuerza que podía conseguir cuando escuché unos pasos, no el crujido de la madera del pasillo, solo el sonido de unas botas sobre el suelo. Me quedé sentada ahí maldiciendo mi debilidad y rezando por un milagro.

Y alguien estaba definitivamente escuchando ya que la persona que entró no era Peter, era Trent. Se quedó parado en la puerta, sorprendido, durante un segundo antes de apresurarse a mi lado.

En ese segundo tuve tiempo para notar que seguía el hombre más guapo del mundo, que se había dejado el cabello crecer, que tenía ojeras y que se había dejado barba.

¡Aja! No le sentaba nada mal, pero la verdad era que yo prefería ver su rostro. Tampoco es que podía pedirle algo, de hecho, lo único que podía pedir era ayuda.

—¡Jane! —gruñó él agachándose delante de mí.

—Tienes que ayudarme, no puedo quedarme aquí —dije rápidamente y Trent me miró con el ceño fruncido.

—Estás en casa, Jane, estás a salvo.

—¡No! Él puede volver en cualquier momento, tienes que sacarme de aquí —imploré agarrando sus manos.

—¿Quién, Jane? —preguntó.

—Peter, vendrá a llevarme a la casa y no quiero —susurré, mi voz apagándose con cada palabra.

—¡Oh, Dios! Se ha despertado —gritó una mujer.

Miré hacia el lugar donde estaba la mujer, en la puerta de lo que parecía ser un nuevo cuarto de baño. Era de mediana edad, vestida con un uniforme de enfermera y llevaba una cesta con unas toallas.

—Sí, y lo hizo sola, Hilda. Me puedes explicar por qué pasó de esa manera, ¿verdad? —preguntó Trent y su tono causó una reacción extraña en la mujer.

Bajó la cabeza murmurando un montón de excusas y luego se acercó con pasos inseguros.

—Voy a tener que verificar... —dijo ella, pero Trent que por lo visto tenía otro nivel en sus miradas homicidas y en ese momento la miró como si ella era una mujer condenada a la muerte y él era el verdugo que sostenía la espada levantada y preparada para cortarle la cabeza.

—Lo que tienes que hacer es llamar a su médico y decirle que venga —ordenó Trent, e insistió cuando la mujer no se movió—. ¡Ahora!

Ella salió casi corriendo, pero antes de hacerlo se atrevió a mirarme y a sonreírme tímidamente.

—Ella parecía agradable —dije.

Trent sacudió la cabeza y poco a poco esbozó una sonrisa, pequeña, casi igual de tímida que la de la mujer que corrió de la habitación momentos antes. Levanté la mano y tracé el contorno de su labio inferior con mis dedos. Tan suave como recordaba.

—Lo siento —murmuré mientras él ponía su mano sobre la mía y la mantenía sobre su boca. Sentí su beso sobre mis dedos, uno, dos, tres besos, mientras me miraba de una manera que no podía entender. Muchas emociones, sentimientos mezclados que no tenían sentido.

Como siempre Trent no me lo aclaró, se puso de pie y me tomó en sus brazos, pero en lugar de llevarme hacia la puerta y fuera de la casa, él me llevó a la cama. En cuanto me dejó sobre la cama me giré hacia el otro lado con la intención de salir de ahí yo sola.

—Jane, nena, quédate quieta —dijo él, atrapándome y enseguida me encontré en la misma posición de antes, pero esta vez con los brazos de Trent a mi alrededor impidiéndome moverme.

—¿No lo entiendes? Tengo que irme, Peter vendrá en cualquier momento —murmuré.

—No lo hará, Jane, confía en mí.

Sus palabras debían tranquilizarme, pero tuvieron el efecto contrario. Recordé los últimos momentos, esos cuando forcé la ambulancia hacia el barranco.

—Lo maté —susurré.

—No, tú no hiciste nada.

—Pero...

—Jane, vamos a esperar al médico, ¿vale? Llevas mucho tiempo enferma.

—¿Mucho? Trent, no quiero esperar, solo dime lo que ha pasado —dije.

—Vale, pero primero necesito saber qué es lo que recuerdas.

—Peter, el secuestro, la ambulancia cayendo en el barranco.

—Él sobrevivió al accidente, de hecho, solo estuvo ingresado un par de días antes de ser trasladado a la cárcel. Lo acusaron de homicidio y secuestro, mató a su madre antes de venir a por ti y cuando dije que nunca vendrá es porque Peter está muerto, lo mataron en la cárcel.

No sabía si sentirme triste, culpable o aliviada. Peter estaba muerto y con él los secretos de mis padres.

— Y tú, Jane, tú no tuviste tanta suerte en el accidente. Huesos rotos, traumatismos, daños neurológicos y una larga lista que según los médicos significaba que nunca ibas a despertarte del coma. Llevas siete meses en coma, Jane.

—Siete meses —repetí.

—Sí. Caroline estaba destrozada, pero no perdió la esperanza en ningún momento. Fue su idea abrir las cabañas y lo hicimos, pero el trabajo era demasiado para ella entre llevar el negocio e ir a visitarte al hospital sin hablar de su salud. Tardé un cuarto de hora en convencerla de que era mejor si me dejaba ayudar. Renové la casa, te trajimos aquí y contratamos una enfermera para cuidarte. Llevas cinco meses en casa y en ningún momento nos has dado una señal de que ibas a volver a nosotros. Los médicos nos dijeron que con cada día que pasa las posibilidades de que vayas a despertar bajan, pero se equivocaron.

Lo hicieron.

Estaba despierta y a salvo.

—¿Por qué? —pregunté.

—¿Por qué hizo Peter esas cosas? Porque estaba loco.

—No, ¿por qué estás aquí, por qué ayudaste a la abuela, por qué renovaste mi casa y por qué estás en mi cama abrazándome cuando me dejaste muy claro que no me querías en tu vida?

—Jane, nena —dijo Trent, su expresión suavizándose—. Ahora no es el momento.

—Sí lo es y te diré por qué, no fue un accidente. Yo fui la que llevó esa ambulancia hacia el barranco y no fui solo porque no quería dejarme en manos de Peter sabiendo lo que iba a hacerme, lo hice porque no tenía a nadie en mi vida, no te tenía a ti. Así que es el momento de decirme que diablitos buscas aquí.

—Te quiero, pero eso ya lo sabes. Lo siento por ser tan cabrón, por no perdonarte, pero dolió, Jane, dolió que no confiaste en mí. Una parte de mí quería verte luchar por nosotros.

—¡Lo hice! Lo único que me faltó fue arrodillarme y pedirte perdón —espeté.

—Lo sé, sabía que había llevado las cosas demasiado lejos cuando dejé a la policía arrestarte, pero justo cuando quise ponerle fin algo pasó, algo relacionado con el trabajo y lo único que puedo decir es que si hubieras seguido a mi lado habría sido peligroso.

—¡Oh, vamos, Trent! ¿En serio quieres que me crea esta historia? Semanas y semanas de llamadas y regalos, mensajes e intentos de verte en persona, y tú me dices que estaba en peligro. No soy tonta, ¿sabes?

—Tú no, pero él sí —dijo una mujer.

Giré la cabeza hacia la puerta donde no había una mujer sino dos. Una morena que había visto más de una vez en compañía de Trent y otra mujer con los ojos morados, las dos jóvenes, guapas y sonrientes.

La de los ojos morados se acercó a la cama y puso un maletín sobre la cama, cuando empezó a sacar cosas de ahí me di cuenta de que era la doctora que había llamado la enfermera.

Ella le echó una mirada a Trent y aunque no la escuché pronunciar una palabra él me soltó y bajó de la cama.

—Hola, Jane, yo soy Isabella, tu doctora y no sabes que feliz estoy de verte despierta — dijo la mujer que no paró de hablar mientras me consultaba.

Que la morena era Ava, su cuñada y empleada, jefa de Trent, de hecho, los dos trabajaban para Isabella. En fin, habló mucho y la conclusión fue que Trent había hecho algunos trabajos hace tiempo que por lo visto no se habían quedado en el pasado como debía ser. Me contó una historia sobre un hombre que quería vengarse de Trent y que planeaba matarme para hacerlo sufrir.

Me quedé callada durante todo eso tiempo dándome cuenta de que nada había cambiado. No confiaba en Trent.

Las dos mujeres se fueron una vez acabada su misión, aunque mi despertar era una sorpresa la doctora dijo que estaba bien. También la segunda parte, la que se refería a la razón por la que Trent no me había perdonado.

Se fueron y le dije a Trent que estaba cansada y que quería dormir, aunque no era verdad. Solamente no quería mirarlo a los ojos.

La abuela vino cinco minutos después y se tumbó a mi lado. Nos miramos mientras intentábamos decirnos con las miradas todo lo que llevábamos dentro de nuestro corazón.

—Si tú no te casas con él lo haré yo —dijo la abuela.

—¿No es un poco joven para ti? —pregunté sonriendo.

—Me contó lo que pasó, cariño...

De esa manera empezó la siguiente revelación del día. La abuela sabía que el matrimonio de mis padres no era tan rosa como lo pintaban, aunque no supo cuál era el problema hasta hace unas semanas cuando Trent descubrió el diario en el ático.

Me contó que el accidente de mis padres no fue un accidente, pero que eso decidieron contarme. Me habló sobre los momentos en los que la abuela veía a mi madre quedarse mirando hacia la nada, en los que podía vislumbrar el sufrimiento en sus ojos. Pero no pudo hacer nada, mi madre siempre declaraba que todo estaba bien.

En algún momento me quedé dormida con las mejillas mojadas y con el corazón menos pesado, ya no tenía que guardar el secreto de mi madre por lo menos no de la abuela.

Sin importar que pasé los últimos meses en coma dormí y me desperté cuando fuera todavía era de noche, pero dentro había una lampara encendida y en el sillón dormía Trent.

¿Qué diablos estaba haciendo? Él no, yo, ¿qué estaba haciendo con mi vida? Que sí, que acababa de despertar de una coma, que perdí siete meses de mi vida, y que este no era el momento de tomar decisiones importantes.

Aunque, ¿era importante? Yo pensaba que sí y era el momento de admitir que por lo menos con Trent lo había hecho mal, él y yo. Lo nuestro no fue una relación como debía ser, lo empezamos, pero yo no confiaba en él.

Quería estar con él, pero seguía esperando el momento en que iba a dejarme. Tal vez por eso tomé todas las decisiones equivocadas. Fui débil, en mi cabeza lo confundí todo, mi vida con la de mi madre, a Trent con mi padre, y al final pagué por ello.

Por una tontería.

Claro que las tonterías eran algo normal para nosotros dos, Trent también tuvo su dosis de culpa. ¡Dios! Que quería verme luchar por él, tontería sin pies y cabeza. Y luego la historia con el hombre ese que quería vengarse de él, aunque había dudado de su palabra no pasó lo mismo con Isabella.

De alguna manera confié en ella desde el primer momento, hecho que no le pasó desapercibido a Trent. No dijo nada, simplemente aguantó mi mirada sin enfadarse y por lo que me contó la abuela solo pasaba conmigo.

Por lo visto medio pueblo echa a correr cuando lo ve venir, su malhumor es temido por todos y muy pocos se atreven a dirigirle la palabra. Y es por mí, eso dijo la abuela, que Trent me encontró en el río, me rescató y sostuvo mi mano mientras la ambulancia me llevaba al hospital.

Se quedó días y noches a mi lado y solo me dejó cuando decidieron traerme a casa y tuvo que encargarse de las obras. Tenían algo bueno ahí, la abuela y él, llevando el negocio que por lo visto iba bien, la mayoría del tiempo tenían más de la mitad de las cabañas alquiladas.

Era bueno, era lo que quería, pero me faltaba algo.

Me senté en la cama y hasta ahí llegué, Trent abrió los ojos.

—Hey, ¿qué necesitas? —preguntó.

—A ti. Perdí siete meses de mi vida, perdí semanas antes de eso con mi falta de confianza y ya no quiero perder ni un minuto más —declaré, y Trent no reaccionó, no habló, no se levantó para venir a mi lado—. Sé que todavía quedan cosas por discutir, pero...

—No, no queda nada —dijo él poniéndose de pie y mi corazón dejó de latir por un momento pensando que se había terminado, que había tenido suficiente drama en su vida y que iba a salir por la puerta para nunca volver. Pero solo durante un momento en lo que me di cuenta de la mirada de sus ojos, me di cuenta de que él no se iba a ningún lado, excepto a mi lado—. Estás viva y eso es lo que importa, te amo y tú me amas, el pasado, nuestros errores o las de tus padres se quedarán justo ahí, en el pasado. Te amo y en cuanto te sientas mejor voy a arrodillarme y te pediré matrimonio. ¿Entendido, Jane?

Abrí la boca no para asentir, pero sí para añadir algo más a su lista.

—Sí o no, Jane —gruñó Trent y suspirando asentí.

Dos segundos después estaba en los brazos de Trent recibiendo el beso más deseado y dulce del mundo.

Epílogo

—¿Por qué no estás nerviosa? —preguntó Aria.

Ella estaba de pie al lado de la ventana, su largo vestido negro flotando a su alrededor, mirando fuera para ver si todo estaba preparado. Yo sabía que sí lo estaba, me había encargado de ello y de todos modos la abuela estaba ahí abajo y nada se atrevería a ir mal.

Este era el día de mi boda e iba a salir todo perfecto.

—¿Por qué debería estarlo? Me voy a casar con el hombre de mi vida —respondí.

—Yo también lo hice, pero eso no significa que no estaba temblando como una hoja.

—Yo soy más fuerte —dije y Aria resopló.

Tal vez no había sido fuerte todo el tiempo, pero con Trent a mi lado sentía que podía con todo. Los últimos dos meses han sido los mejores de mi vida.

Vivimos juntos en mi casa, los tres, a pesar de las protestas de la abuela. Según ella las parejas jóvenes o no, necesitan privacidad. Trent la llevó arriba y le mostró el grosor de las paredes demostrando que privacidad teníamos suficiente.

Había perdido mucho tiempo, tiempo que se iba acortando con cada día y no quería pasarlo sin la abuela. Trent lo entendió y la abuela se salía con la suya también, cada pocos días venía con una excusa nueva para dormir fuera de casa. Que si una amiga estaba en el hospital, que si otra necesitaba compañía.

Mi vida era perfecta y no me gustaría cambiar nada, bueno, iba a cambiar mi apellido. Jane Gallaway.

Cinco minutos después caminé hacia el gazebo que construyó Trent para mí, ahí donde me esperaba él y el sacerdote que nos iba a casar. Caminé vestida con mi vestido blanco de novia estilo princesa, con mi ramo de rosas sujetado por mis temblorosas manos, con las perlas de la abuela alrededor de mi cuello y con tanta felicidad en mi corazón que pensaba que iba a explotar.

No lo hizo, había suficiente espacio para más, para ese sentimiento increíble que llenó mi alma cuando Trent deslizó la alianza en mi dedo.

—Eres mi único amor. Prometo quererte, protegerte, amarte hasta que la muerte nos separe —declaró Trent y no pude hacer nada más excepto mirarlo en silencio, asombrada, feliz de que por fin había encontrado el amor de mi vida.

∞∞∞∞

—Pensé que no iba a ser diferente —murmuré.

—¿Diferente? —preguntó Trent, sus dedos deslizándose arriba hacia mi cuello y luego abajo en una caricia lenta.

—Hacer el amor, pensaba que después de la boda algo iba a cambiar, pero es mejor y no sé si es normal.

—¡Jesús! Solo tú podías quejarte de que nuestra vida sexual es mejor.

—¡Oye! —protesté levantando mi torso y apoyando el codo en la almohada al lado de su cabeza—. Es mi trabajo analizar y estudiar la relación...

—No, tu trabajo es ser feliz, disfrutar de lo que tenemos ya que pronto las cosas van a cambiar —dijo Trent.

Sabía a qué se refería y para demostrar que no iba a ceder me levanté de la cama tan

rápido que no le dio tiempo a detenerme o no quiso hacerlo. La abuela empezó a preguntar sobre niños el día que volvimos de la luna de miel y eso fue hace dos semanas. Yo no estaba preparada para tener hijos, para compartir a Trent.

—No, es demasiado pronto y lo sabes, ya hemos hablado de eso —espeté.

—Tú también sabes que no es el momento lo que te preocupa —me devolvió él.

Amaba a Trent, lo amaba con toda mi alma, pero había algo de él que me sacaba de quicio y eso era que me conocía mejor que nadie, a veces me entendía incluso cuando yo no lo hacía. Y ahora los dos sabíamos que quería un bebé, pero tenía miedo, miedo a que de alguna manera la historia iba a repetirse.

La historia de mi madre.

—Me conoces, Jane, lo haces mejor que nadie y sabes que nunca haré nada para herirte, que antes de hacerte daño me cortarían las manos.

En silencio volví a la cama, a sus brazos e incliné la cabeza necesitando un beso. Suave. Dulce. Lleno de amor y promesas.

Cedí, aunque en ese momento no sabía que la decisión ya estaba tomada y no había vuelta atrás. Tres semanas después la prueba de embarazo dio positivo.

Lo que me quedaba por hacer era esperar, confiar en Trent, en nuestro amor, y hasta que ocurriera ese desenlace horrible que temía viviría mi vida, disfrutaría de la felicidad y del amor.

Lo tenía todo y si algún día todo llegara a su fin por lo menos había sido feliz.

Fin

Lista libros

Serie Encontrar la felicidad

1. Felices para siempre

2. Mia

3. Sueño de felicidad

4. Ayala

5. El cuento de Evie

6. Simplemente Eva

Serie El Pacto

1. El hombre perfecto

2. El hombre inesperado

- 3.El hombre soñado
- 4.El hombre ideal
- 5.El hombre insuperable

Sin serie

1.Cumplir un sueño

2.Espérame

Serie Novias

1.Perdida

2.Desesperada

Desesperada